Gabriela Ponce

SANGUÍNEA

CANDAYA

SANGUÍNEA

GABRIELA PONCE

GABRIELA PONCE PADILLA

Gabriela Ponce (Quito, 1977) es escritora, directora de teatro y profesora de artes escénicas en la Universidad San Francisco de Quito.

Ha publicado el libro de cuentos Antropofaguitas (2015, Premio del Ministerio de Cultura de Ecuador), el monólogo “Cama”, dentro de la antología teatral Penumbra (2016) y la obra de teatro Lugar (2017, Premio Gallegos Lara). Sus cuentos han aparecido en varias antologías nacionales e internacionales. Forma parte del consejo editorial de la revista digital Sycorax, dedicada a la reflexión y a la crítica cultural.

Es parte del colectivo Mitómana/Artes Escénicas y cofundadora de Casa Mitómana, invernadero cultural. Como escritora, directora y productora, ha llevado a escena las siguientes obras teatrales: Tazas Rosas de Té (2016, Premio Dramaturgia Inédita de la Fundación Teatro Nacional Sucre y Premio Francisco Tobar García del Municipio de Quito); Esas Putas Asesinas, adaptación para la escena del cuento de Roberto Bolaño (2015); Caída, Hemisferio Cero (2014). Su obra de teatro Entrada en Pérdida (2013) ganó el premio internacional Escritura de las Diferencias y fue escenificada en Cuba y publicada en Francia.

Candaya Narrativa, 66
SANGUÍNEA

© Gabriela Ponce
Primera edición: mayo de 2020

© Editorial Candaya S.L.
Camí de l'Arboçar, 4 - Les Gunyoles
08793 Avinyonet del Penedès (Barcelona)
www.candaya.com
facebook.com/edcandaya

Diseño de la colección:
Francesc Fernández

Imagen de la cubierta:
Braulio Armenta

BIC: FA
ISBN:978-84-15934-97-4

Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura y Deporte

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin la previa autorización del editor.

Cada amor es inextricable de lo que arrastra.
No es descifrable el sentido de ningún amor sobre la tierra
El cuerpo se prepara para no se sabe qué que no llega jamás

Pascal Quignard, *Vida secreta*

Odio y amo. Quizás te preguntes por qué lo hago.
No lo sé, pero siento que es así y me torturo

Catulo, *Carmen*, epigrama 85

1

Llegamos a ese galpón con la noche colándose por las faldas y las mangas, salpicando babas que brillaban en medio de un entusiasmo incontenible. Las manos con olor a mentol y los ojos vibrando por una plenitud espesa. Sin sacarnos los patines, entramos y empezamos a bailar de modo frenético, queriendo abrazar eso que no se podía tocar ni nombrar, pero que derramaba nuestra intimidad entre la multitud y el ruido: un embellecimiento agudo de todas las cosas. Nos sentíamos como un solo cuerpo -hueso, sangre y carne- que se desmembraba por instantes, para volver a unirse por la irremediable necesidad del tacto. Nos agarrábamos las manos y las cinturas y el pelo largo que era rubio, negro, dorado, rojo. Nuestros ritmos estaban acompasados y, de vez en cuando, nos tocábamos los labios, nos rozábamos las tetas. En uno de esos impulsos de huida que me asaltaban en los momentos de mayor goce y que se me atravesó helado en el coxis, patiné hacia la barra, pedí un wiski y agarré las manos que tenía a mi lado, unas manos que me eran familiares y unos ojos que sentí cómplices a pesar de haberlos visto pocas veces. Me resbalé en el sudor de ese cuerpo, lo olí y lo jaloneé hacia fuera, otra vez hacia la calle, para volver a patinar en la intemperie y sentir que el aire de la noche es voluta negra que atrae a los cuerpos inestables que están a su alcance, ensañándose severa, con los que piden auxilio. Afuera es la noche, fue la frase que resonó en mi interior, y patiné.

Tomada de esa mano, di un par de vueltas que me marearon, agarré un taxi, tomé el wiski, patiné por una calle estampada de caca de perro, subí trozos de vereda y llegué a la puerta de una casa pequeña al fondo de una cuchara. Pasaje H -halcón, hueco, horror-. Entonces, recién observé con calma sus ojos. Unos ojos que no esquivaban nada, ni siquiera aquello que no les interesaba o que no les parecía en lo más mínimo útil. Iban sus ojos sobre cada cosa. Y mientras cabalgaba esa mirada sin temor hacia el desorden del mundo, expulsaba chispazos que preñaban el aire y las cosas de una ternura algo cínica. Entre la pared y la puerta estaba yo, tiritando, con los brazos torcidos, muerta de frío. Empezó a desnudarme mientras abría la puerta del garaje, luego la puerta de metal, luego la puerta de madera y fue empujándome hacia un interior húmedo y caliente en el

que yo resbalaba plácida, apenas algo preocupada por estar aún sangrando. Cuando entramos, tenía ya el pantalón y el calzón a la altura de las pantorrillas. Él no prendió la luz, solo me besó los pezones y me besó los muslos y saboreó la vagina sangrante y con esa sangre volvió a mi boca y me siguió besando con una suavidad que yo no había conocido antes -puta ternura que a sorbitos va tragándose lo que queda de mí: vergüenza por los huesos y las piernas flácidas-. Yo esperaba la penetración, pero seguimos besándonos en la oscuridad, con la cola de algo que parecía ser un gato, afelpada y hedionda, cruzándonos las piernas. Se quitó la ropa y con unos fósforos que sacó del bolsillo de su chompa prendió un par de velas mientras yo observaba su cuerpo, sus nalgas ovaladas alejarse por un pasillo inmenso. Me quedé parada, semidesnuda, en patines, sintiendo el aire helado atravesarlo otra vez todo. El desamparo como un vaho blanco entrando por mi ano y los efectos del éxtasis que, como olas, regresaban a mi pecho pidiendo, otra vez, por favor, dónde está el resto del cuerpo -hueso, carne y sangre-. Intenté seguirle, pero me resbalé. Entonces me saqué los patines y al plantarme descalza sentí el suelo húmedo, como arcilla mojada entre mis dedos. Hundí suavemente los pies imaginando lodo, mis dedos repujando la tierra y dejando una huella deliciosa, pintada por la carne del talón lastimado. El flujo, otra vez, lo sentí bajar. Caminé despacio, siguiendo la débil luz y esparciendo con mis manos la sangre en los muslos y lo encontré a él, a su pelo largo enredado. Él, desnudo en medio de un colchón inmenso que ocupaba todo el cuarto. Me acosté a su lado y sentí su verga tiesa y empezó a besarme otra vez y el deseo por su penetración se hizo agua que asomó tibia por la entrepierna, sobre el rojo seco. Él siguió con toda su atención en mi boca, besándola con una delicadeza anormal. Esa noche no hicimos el amor. Esa noche su verga apuntó mi vagina, se apretó entre mis muslos, rozó varias veces mis nalgas, pero no me penetró. Yo caí dormida con la vagina sudando rojo y con el éxtasis regresando a mí, ya no como olas, sino como hormigueos suaves que, haciéndose enjambre, volaban sin que yo pudiera retener nada.

A la mañana siguiente desperté y sentí su verga otra vez dura. Esta vez sí hubo penetración. Pero fueron otras las cosas que ocuparon mi atención. La pared con trozos de musgo verde creciéndole, la humedad brotando por las paredes, la densidad del aire y su lengua doblándose en mi boca. Siguió penetrándome mientras, alrededor nuestro, el musgo y los insectos entraban y salían por los poros abiertos, diminutos, que agujereaban esas paredes mientras yo sentía el escalofrío de la tripofobia: imaginaba huecos como poros abriéndose también en toda su espalda y tomándose su cuerpo. La morbosidad creciendo hasta interrumpirse por un escándalo que

ocurría en algún lugar de la casa y que lo hizo parar y levantarse. Son los gatos, dijo, llegó uno nuevo. Yo me levanté tras él, despacio, y, al seguirlo, descubrí un pasillo atravesado por rayitos de sol que entraban por una claraboya circular. En el piso, amontonados, instrumentos musicales y libros. Pilas de libros. Flautas. Tambores. Partituras. Objetos, collares y máscaras. Cofres. Todo sobre el suelo terroso. Al final del pasillo, un montoncito de ropa y mis patines. Fui hacia allá y mientras caminaba sobre el polvo apareció un gato inmenso y tras él dos más pequeños. Se dispararon por una ventana abierta por la que entraban helechos. Caminé hacia mi ropa y me vestí dándome cuenta de que en el salón había un mueble rojo sin utilidad alguna, puro adorno, y un sillón de cuero que parecía salido de alguna oficina. En una esquina, el parlante pequeño, y sobre él, una computadora que no había parado de sonar, aunque ahora mismo no puedo recordar ninguna de las canciones que tocó. Toda la noche música.

Esto es una cueva o una caverna o una rampa o un pozo, pensé, sintiendo que todo era tan real como absurdo. El hombre salió de lo que supuse era la cocina y me ofreció una chirimoya. La partió en dos. Dos corazones blancos de una textura peluda y pulcra. Se quedó con uno de los corazones en la mano y me ofreció una cuchara con la que yo lo destripé hasta dejar el orificio lleno de pepas. Luego, me pasó el otro extendiendo su mano pálida y esa imagen fue de una hermosura que me hizo pensar que estaba sucediendo algo extraordinario -la gravedad de ese instante previo a que sucediera lo irreversible-. Quedaron las dos cáscaras de chirimoya que él apiló y que acercó a su pene para mear un chorrito dentro de ellas. Luego se rio ofreciéndomelo para tomar. Yo dudé. Él volvió a reír y empezó a caminar hacia su cuarto, mientras decía que tenía que salir. Es domingo, hay cosas familiares ineludibles, eso creí escuchar, pero pudo haber dicho también imperdibles o, quizá, indecibles. Dijo, además, que podía esperarlo, de eso sí estoy segura. Pero yo ya me había puesto los patines sintiendo que en mi estómago se formaba lenta una ráfaga fría que subió y me golpeó la garganta. Empecé a llorar. Inmenso el hueco que tenía que atravesar para irme. El hombre no entendió nada. Se acercó y me abrazó y yo le quise decir aquí me quiero quedar a vivir. Por favor. Y de la vergüenza -por el sentimiento y por el pensamiento y por las lágrimas- salí casi sin despedirme, patinando torpemente, y de modo aún más torpe abrí las puertas y agarré pista. Llegué hasta la carretera y tomé un bus. Al llegar a mi casa con el chuchaqui mortal, con la angustia rajándome la garganta, con el sol lastimándome la piel, con la vagina ya seca, apenas un leve goteo rojo, y el éxtasis como el agujero obsceno en el centro del cuerpo por el que huye todo, pelé y rallé una manzana arenosa que

era lo único que podía desayunar. Observar el modo en el que la miel caía en un chorro perfecto, desde la cuchara sostenida por mis manos temblorosas, sobre los flecos de la manzana, me devolvió cierta calma y pude dormir.

La María llegó a visitarme esa tarde y yo, ya en medio de la borrachera, después de habernos tomado dos botellas de vino blanco para atravesar el dolor del domingo, mientras comentábamos la fiesta, riéndome a carcajadas le dije lo cierto es que ahora me he vuelto a enamorar. Sosteniendo su copa, con sus deditos flacos, y lanzando como era su costumbre una de sus frasecitas irónicas, ella respondió pero si tú eres una mujer casada; a lo que yo, a su vez, de manera también cínica, otra vez muerta de la risa, con un gesto en el que alzaba la copa para luego asentir con la cara y con todo el cuerpo dije sí, soy una mujer casada.

2

Innumerables veces volví a la cueva. Me preguntaba en mi auto, en plena carretera, por qué regreso. Qué hago en esa cueva. Cada jueves. O cada viernes. Volví a la cueva y el lugar era cada vez más agreste, le crecían cuerpos y crestas de tierra que se hacían polvo. Tantos días regresé, que una mañana amanecí vestida de trozos de musgo; en realidad amanecí con el torso pálido y desnudo, mis tetas pronunciándose como colinitas suaves se habían hecho más pequeñas, como si alguien que no era él, sino un animal, las hubiese chupado. Las tetillas rosadas, algo lastimadas y paradas, la línea del torso bien marcada, cubiertos mis brazos por las mangas que quedaban de alguna chompa, mangas moradas con líneas blancas. Una sábana agarrada con un cordón a la cintura, falda marrón por la que también salía musgo, los pies largos, el pelo ensortijado con pedazos de hierba armando ondulaciones con él. Parada, sosteniendo la manija de una puerta tras la cual se abría otra puerta y otra puerta y otra puerta, a mis pies un gato negro al que apenas le quedaba algo de pelo, pero al que parecía que le habían crecido alas. No era un sueño. Tampoco el éxtasis. Era el día de mi cumpleaños y era yo, en lo que me había transformado, esa mañana, en esa cueva.

De todo ese lugar solo conocía partes: el cuarto con el colchón enorme, un baño al que no llegaba la luz y presentía un jardín o un bosque cuyas ramas se agitaban en las noches. La cocina sí la conocía bien. Esa mañana, hecha selva, me dije hay que conocer esta gruta completa, pero entonces vinieron una serie de pensamientos que me llenaron de pavor, entre ellos la multiplicación de esas puertas y mi incapacidad de decidir cuál cruzar. Creo que él lo notó porque puso una música que me abstrajo de los pensamientos negativos en los que me hallaba perdida. En esa cueva la música no dejaba de sonar, ahora la recuerdo como sonidos aislados y agudos, a veces esos sonidos me hacían llorar, otras, podían hacerse tierra o agua como todo lo demás; algunas veces, como esa mañana, me enseñaban el camino a seguir. Vi una foto y pregunté por la extrañeza de los colores en la imagen y él me dijo nací en Rusia, viví en Yugoslavia, y los dos nos reímos porque todo cobró, de pronto, y para ambos, sentido. Ya eran meses en los que los mensajes llegaban el miércoles o el jueves. ¿Vienes hoy? Y yo

me abalanzaba al teclado. ¿Quieres que vaya? Claro que voy. Yo siempre con el cuerpo endurecido porque en mi cuarto la oscuridad daba vueltas queriendo asfixiarme y nada quería tener yo que ver con ese paisaje desolado de las seis de la tarde, con ese último trozo de sol. Agarrar el carro, agarrar la carretera, llegar, cruzar el portón eléctrico, cruzar la mecánica, abrazarle y que los besos llegaran a ocupar el cuerpo vacío. Mi cuarto está tan lejos, por suerte. Que los brazos se mantengan rozando la piel, que no toquen, que, en un momento dado, cuando mi vagina ya esté latiendo de tanto andarse por las ramas, yo diga quiero que me agarres, penétrame, por favor. Resbalando por los agujeros de las babas cualquier palabrita frágil y cursi. Y cruzándose, claro, cómo no, la imagen o la voz o la figura de mi esposo al que, en medio de esa materia o de esas formas que se hacían entre los cuerpos, yo imaginaba. La traición o el cinismo o la satisfacción de la venganza me hacían reír o me hacían sentir más suaves las caricias o, a veces, también, como la música, me hacían llorar. De pronto, empezaban las lágrimas a salir y el hombre de la cueva sacaba suave su pene, iba soltando la vagina de a poco y, sin decir nada, me abrazaba o se levantaba y, agarrando con los brazos largos la botella del piso, me ofrecía un trago. Un par de veces lloró conmigo. Recordando ese par de veces, y recordando la tripofobia, satisfacción morbosa que incrementaba el placer al imaginar que, como las paredes, su espalda estaba plagada de poros abriéndose por los que yo metía mis manos hasta tocar la materia acuosa de su interior, recuerdo también las visiones que constantemente tenía. En una de ellas me veía parada frente a todas esas puertas. En otra, cuerpos se formaban y atravesaban la tierra y las paredes. Recuerdo cómo me vestía, cómo iba desvistiéndome, cómo podían ser días de vestirse y desvestirse, momentos en los que yo veía cómo los cuerpos iban abriéndose espacio, iban atravesando las paredes y entraban al cuarto piernas y muslos mientras hacíamos el amor y yo me excitaba hasta la locura por esa multiplicación. La materia que formábamos entre los dos era trozos y volúmenes de cuerpos que ese rato se formaban, eran materia del amor (qué cursilería maldita otra vez). El camino a seguir, que me enseñó esa música, tenía que ver con esa carne, con esa materia desparramada que pujaba por entrar a ese cuarto esas noches, que caía en silencio y también tenía que ver con el musgo que me brotaba del cuerpo y, obvio, con la imagen de mi esposo, por ahí, como un fantasma: un retraimiento de la voz y de la palabra para que se abriera o se desplomara o se estrellara todo lo que yo era, todo el odio hacia mí misma, todo el silencio del cielo por caerse, un presagio el día en el que cumplía 38 años.

3

Un sábado amanecí en el colchón inmenso y él no estaba en el cuarto, entonces seguí su olor con algo de miedo, caminé por el oscuro zaguán y fui a dar a la puerta trasera de la cocina que estaba, como nunca, abierta. Y ahí, el jardín, que era una salvaje superposición de matas y troncos y árboles frutales alrededor de los cuales crecían edificios altos: en la sombra que dibuja alguno de esos árboles estoy yo, me reconozco pequeña frente a un orden de cosas que me empuja a entrar en él. El jardín tiene un limonero, varios árboles de tomate, los tomates cuelgan como cuelgan los testículos de este hombre, con cierta dejadez, esperando que una mano los exprima con cuidado. Agarro un tomate, lo arranco y luego lo muerdo y el ácido lastima la herida de mi labio. Hay largos tallos. De los tallos se sostienen flores secas que también aprieto. Una piedra de moler. Sobre esa piedra grande una serie de piedras de distintas formas y tamaños. Fundas negras conteniendo plantas que parecen aromáticas. Quiero olerlas, pero me contengo. Un montículo retorcido del cual emergen raíces que, como gusanos largos o serpientes, llegan hasta la tierra y dentro del cual se empoza agua. Me agacho. Las raíces forman la cara de una niña, tiene la niña un peinado que se parte por la mitad, la raya partiendo el cráneo. Mi abuela me peinaba cada día sentándome sobre la tapa del escusado: separaba perfectamente mi pelo en dos hebras, trazaba con la peinilla una línea recta que me cruzaba la cabeza, metía el peine en agua, lo asentaba luego con fuerza sobre el pelo para estirar, agarraba las dos colas con binchas y las apretaba con un rigor solo parecido a la ternura contenida en su corazón. Ella peinándome. Yo, imaginando personas, carros, ratitas y familiares transitando por la perfecta línea que partía mi cabeza. Gusanos o hierbas brotando con hermosura de los orificios de la cara de esa niña dibujada entre los rizomas y la tierra. De su nariz y su boca. El rostro estirado por una bondad también contenida. A un lado del raizal, el revoloteo de una planta con flores fucsias, al otro lado, más tallos desahuciados y un tronco que, como mano abierta, sostiene una maceta con una plantita de la que brota una única hoja, delineada con la fuerza de un rojo que se vuelve más tenue en su interior. Otra vulva. También quiero arrancarla. Rodeando la planta una serie de flores blancas, cartuchos

con tallos amarillos poblados por mariquitas que se aparean mientras una que otra abeja las visita. Observo a las mariquitas treparse unas a otras en ese órgano floral erecto y me atrevo a jalonear un tallo. Las mariquitas caen y yo agarro esta vez sin contención alguna el órgano carnoso y lo desgrano, sintiendo en ese desmenuzar algo de maldad, mientras me pregunto cómo sobrevive la fragilidad. Observo mis pies con el picadillo amarillo y me sacudo. También asoma un diminuto rosal, un penco, chilcas sin utilidad, los famosos aretes de color morado y, escalando la pared, buganvillas. En el suelo, toctes que el hombre va a romper y a ofrecer como ofrece todo lo que es suyo, abriendo los ojos en un gesto que dice algo así como ahora esto es tuyo, punto, te haces responsable, es tu problema, si lo comes, si lo botas, es tuyo, ya verás lo que haces tú. Un gesto que también podía ser advertencia de lo que se estaba inaugurando entre nosotros. Pero el tocte aún no me lo da. Primero tengo que cruzar ese jardín, que no es poca cosa, es inmenso y hay árboles que tapan el sol. Y tengo que encontrarme antes, además, una planta peluda ahí colgando como un pedazo de carne o un trozo de hígado o de corazón, debajo de la cual reposa una tortuga de piedra, tuerta. Con un solo ojo que engendra la paciencia. El otro es un hueco oscuro del que imagino sale agua. Me acerco, pero me asusta la mirada de ese único ojo. Sigo el camino, segura de que en medio de ese bosquecito salvaje hay algo más y encuentro en medio de unas matas, justo en lo que calculo será el centro del jardín, un objeto que me llena de nostalgia y que de golpe trae otra vez al pasado y a los muertos y a la infancia obturada en mi cuerpo. Un tablero exactamente igual a esos que encontrábamos en el parque para jugar tiro al blanco, con unas largas ametralladoras de balines rojos. Un tablero con objetos de la más diversa índole pero que son, en su mayoría, cajas de chicles, chupetines, cromos, muñequitos de plástico, y en el centro, rodeado por una cartulina roja, el premio gordo, en este caso, una muñeca de plástico con vestido rosado tejido y un sombrerito igualmente rosa. Cuando me acerco, las golosinas efectivamente son pequeñas cajas de chicles adams, son frunas de limón y naranja como las de antes, son chocolatines jet y chupetes bom bom bum, y la muñeca también parece de otro tiempo. Es posible regresar a la infancia muerta, a las formas de su belleza. Siento las pisadas del hombre que se me acerca, pero yo ya he tomado la ametralladora que estaba junto al tablero y he apuntado a la muñeca, pero he fallado. Mi disparo da en un papelito que está ubicado entre dos cajas de chicles y que dice éxito, es propicia la perseverancia. Entonces regreso a ver al hombre que tiene un tocte en la mano y después de partirlo me lo da como diciéndome ahora es tuyo, tú verás si lo comes o no, tú verás lo que haces con él, ahora te haces responsable. El tocte me lo como. Pero los huecos que deja el tocte me

dan escalofríos y los mastico sintiendo que tasco el vacío. Patrones de huecos. Huequitos. No lo soporto. Y con ese pensamiento, o queriendo detener las imágenes que me aterran, estoy a punto de preguntar por la existencia de ese tablero o de ese jardín, pero el hombre dice déjame ver tu calzón. Yo le digo no me he puesto calzón, y me acuesto en la hierba, debajo de alguna sombra, y me levanto la falda completamente, cubriéndome el torso y la cara con esa tela liviana, y siento que el hombre da unos pasos y luego se sienta y coloca algo en mi vagina, algo que yo imagino que es un trébol. Siento el tallo largo, fino, algo peludito entrar perfecto entre mis labios, rozar apenas el clítoris. Así me quedo, con el calor de unos rayos de sol que cruzan y se extienden al mismo tiempo calmos y agitados sobre mis piernas. Y con un trébol erecto, cruzando los labios de mi sexo.

4

Me abre la puerta. Veo al gato negro cruzar. Huele otra vez a orines y tierra. Estoy ahora acostumbrada a que no hable. Me mira y en su mirada se pasean las preguntas que quiere hacer, pero no hará. A mí, en cambio, nada me perturba y lo abrazo. Me agarro de su pelo largo y lo jalo un poco mientras abro los botones de su camisa y asoma la palidez de su pecho, cruzado por dos pezones que parecen pasas que lamo. No he succionado nunca un pezón masculino con este amor. Lo succiono imaginando que brotará leche negra y me siento enterrada hasta el cuello en ese pecho. Luego me besa y empuja suave sobre el colchón y, cuando finalmente me penetra, yo estoy al filo de la locura, con la lengua afuera y la vagina abierta, la siento espumar. Frota la parte más ancha de su pene con mi clítoris y al momento de venirme, en la viga que cruza el cuarto, asoma un murciélago. Un murciélago que se ha extraviado y al que no se le escucha en medio de los violines que el hombre ha puesto a sonar a todo volumen en la computadora. Un murciélago que apenas se eleva y se acerca para olisquear. Yo siento un miedo intenso en el pecho, pero la mirada ciega del murciélago, su mirada helada, su ver torpe, me provocan una enorme ternura, y el hombre que no se da cuenta se viene, y al venirse, su último movimiento, que es un movimiento torpe, asusta al animal que parecía se iba a posar en su espalda. Entonces sale de vuelta por las ventanas abiertas hacia la noche y yo me quedo observando la oscuridad tenue y, con ella, la mueca de placer, esa mueca discreta con la que este hombre lanza su semen. Este hombre no me toca. No. Se hunde de placer y en cada penetración su verga se hincha y exuda, pero él no me toca. No me agarra el culo. No se mete con mis tetas. A veces me aprieta con sus dedos, con una suavidad insólita, la cadera. A veces, solo a veces, me olisquea el cuello, como me olería un hijo, buscando mi pezón, dándole un suave mordisco y luego yendo otra vez a mi boca para besarla o embarrarla de baba con suavidad y luego retirarse. Todo ese no tocar hace que sienta la penetración de una manera pura. Esto que digo es sin duda impreciso, pero qué más da. Vuelvo a intentar: él no agarra, no se apropia de nada, solo está ofreciendo su pene para rozar y en ese roce se logra sentir el extraño vínculo de la penetración y el resto es tener revelaciones u orgasmos,

uno tras otro. Otra vez me pierdo o me gana la cursilería. Otra vez, aquí voy: siendo su pene lo único que toca, siendo ese frote el único, el de su órgano erecto contra el mío erecto, sin nada más, de la diferencia o de la fusión sucede un pequeño colapso entre lo material y lo informe, entre las carnes frágiles y suaves de nuestros órganos y algo más allá de ellas. El mundo así, entrando y saliendo por mi hueco. Y un murciélago que, a punto de tocar su cuerpo, sale disparado de vuelta a la noche. Una idea vaga de mi esposo, dónde carajo estará ahora mismo; él que todo lo hace suyo, lo agarra con la ansiedad siempre sudándole en las manos.

5

Pensar en mi marido me seguía dando arcadas, dulces, suaves, conatos de vómito. Yo las dominaba con cáscaras de limón o arrancándome la piel de los labios. Nos tomó tiempo, almitas huérfanas que éramos los dos, dejarnos. Y la decisión fueron días y árboles que en mi pecho se deshojaban cada vez, arrancaba las hojas mientras decía algo, pero era balbucear lodo. Una noche ya no esperé con la nariz pegada al vidrio, no me tomé el xanax, no revisé el teléfono, solo me dormí y en el sueño aparecieron mis ojos contra un revólver, y cuando iba a disparar, me levanté y dije he podido dormir, esto se acabó. Pero no se había acabado, había entrado en el reposo de un cuerpo encogido a golpes. La decisión tardaría tanto y se haría de a poco. Fuimos arrancando lento el pedazo, despacio fuimos jalando el trozo de carne para que la sangre se disparara como pepitas, como susurros o como petardos. Así era más fácil el dolor. Al principio él no llegaba, luego yo me ausentaba. A veces venía a recoger un libro y se quedaba. O venían amigos en común y hacíamos una pequeña excepción. O se quedaba el fin de semana para regar las plantas porque yo me largaba. O cualquier cosa. Mi marido no se iba todavía, seguía siendo mi marido, y su ropa ahí, en el clóset, sus camisas eran, la una al lado de la otra, las espaldas de un cadáver. Y aunque la soledad podía enloquecerme a veces, yo me entretenía con las actividades más simples, ahí estaba el secreto. No tenía, para entonces, hijos. Ahora tampoco los tengo. Eso no es del todo cierto. Pero tenía amigas y la amistad redime, salva, levanta. Además, escribía cartas. He nombrado hasta aquí a dos hombres, con un tercero mantenía una correspondencia amorosa regular que amenazaba con desaparecer en cualquier momento, pero que no desaparecía. Cada vez se volvía más íntima, más densa y real, correspondencia rara para ese tiempo porque era material: hoja, puño y letra, nada de *e-mails*. A veces, solo a veces, una postal o un libro que acompañaba el paquete y que llegaba a mi oficina. Claro que todo el asunto del matrimonio se había acabado hace rato y vuelvo sobre eso porque era una de esas obsesiones que nutrían las nimias actividades con las que me mantenía en los bordes de la cordura. El matrimonio se había hecho humo, aunque se sostuviera firme el nombre de mi esposo en mi cédula. Se había

terminado no porque las peleas no cesaran, no porque tuviéramos amantes o correspondencias secretas, no porque hubiéramos descubierto nuestras mentiras y cada uno, de modo silencioso, hubiera tenido que vivir con la puta traición como piedra en la pupila, creciéndonos dura dentro del cuerpo. No porque nuestros animales domésticos hubiesen muerto, habíamos sobrevivido a la muerte de la perra y de las plantas; no porque no tuviéramos nada en común, había tantas cosas en común que ya no se sabía quién era quién. No porque la plata escaseara. Claro que escaseó y claro que fue un problema, pero fuimos en la escasez ¿felices? No porque la suciedad, el desorden, la costra de sudor en la camisa y toda esa porquería hubiera importado algo; no por la férrea voluntad mía de cambiarlo a él que fracasó una y otra vez, ni porque la espera se volvió bulto enfermo en el vientre; no por el modo en el que me encerraba a llorar sintiendo que era yo miserable y esa miseria me redimía de todo y entonces era no solo mártir, era además la única mujer con capacidad de soportar cada una de sus hijueputadas: que yo me regocijaba en cada una de ellas, encontraba en ellas mi razón de ser, el pequeño triunfo de mi víctima. No porque hubiésemos fallado a cada promesa y a cada compromiso y al hacerlo hubiésemos quedado como trapos exprimidos ambos, el cuerpo arrugado en el piso; no porque nos hubiéramos pegado, nos sacamos sangre un par de veces, nos lanzamos las cosas, yo me había arrodillado diciendo nunca más, él se había arrastrado diciendo nunca más. No porque hubiésemos perdido todo, incluido hijos, animales, libros, maletas y pasaportes; no porque el sexo nos haya aburrido, el sexo nos aburría, pero el deseo permutaba y regresaba siempre, encontrábamos perversos modos para que volviera. No, no fue por nada de eso. El matrimonio se había hecho polvo porque yo intuí que tenía algo de fuerzas para sobrevivir a esa natural desintegración o por la ilusa idea de una mejor vida o porque ignoraba el dolor mortal de esa pérdida. Nada que hacer: eso que era el vínculo y que era la suma de todo lo enumerado, lo acumulado, lo perdido, desapareció (*se volvió un mechón de pasto que brota de la grieta*). Dejamos de dormir juntos, dejamos de vivir juntos y un buen día me llegó un mensaje que decía acabo de pasar por la placita en la que nos encontramos hace doce años. Tengo una flor en la mano y una jauría de cien mil perros que me lame mientras me desgarra. Entonces supe que se había acabado, pero que, en realidad, para que se termine, faltaría tanto. Faltaría que saque sus cosas y que encuentre a otra mujer. O que tenga un hijo. O que los dos tengamos un hijo. Faltarían un par de años o cuatro que es lo que se necesita, dicen los expertos, para que no quede nada, ni siquiera la enloquecedora nostalgia que en esos días me hacía pasar del amor al odio con una rapidez maldita. Pero esto que acabo de decir no es así de sencillo, porque la memoria

está preñada de imágenes que al mínimo roce con la materia se presentan ante uno con la devastadora realidad de la ausencia, lo que siempre va a faltar. Esa nostalgia te ataca el resto de la vida y el mechón de pasto es huella que esconde el bosque bajo los pies. No hay paz que se alcance, el elemento que activa el recuerdo puede ser cualquier cosa, cualquier mínimo rastro. El cuerpo golpeado por las punzadas de esos rastros, haciéndose llaga. Esa herida es la que te corresponde. Nada que hacer. Eso me consolaba. Esa idea me consuela hasta hoy: ese dolor que no me abandonaría nunca más era, finalmente, algo mío, algo que con esfuerzo yo había alcanzado. El encuentro con el hombre de la cueva ni atenuaba el dolor ni lo borraba, era una verificación de las posibilidades de la pérdida, del desamor y del deseo.

6

Una de esas mañanas en las que amanecí en su cama, el hombre de la cueva me contó cosas. Él, que no decía mucho, habló. Era feriado y fue la única vez que me quedé en la cueva más de dos días. Me dolía un poco la vagina como me duele antes de menstruar y no me dejaba en paz la idea de que tenía que irme. Era mi tercer día y ya no tenía ni ropa ni ganas de bañarme en agua fría. Él estaba sentado en una silla y jugaban sus pies blancos con la tierra seca. Un insecto daba vueltas sobre los restos de una manzana que habíamos dejado a medio comer. Hubo un par de cosas que me contó sobre ideas de películas que quería hacer y me mostró pedazos de una que ya había hecho. Sacó su computadora y me dijo te la voy a enseñar. Me senté en sus piernas y disparó una imagen que comenzó a latir. Es como lo que le está pasando a mi vagina, pensé. El ruido pesado de algo cayendo. De algo que espera ser agarrado y cae con la angustia de lo que no llega. El óvulo. Él me acariciaba el hombro mientras yo veía la imagen de brillo plateado pulverizándose. Había algo que siempre sucedía cuando él me acariciaba. Lo hacía de un modo leve que despertaba la piel que no estaba siendo tocada. La parte que no acariciaba empezaba a palpitar y extendía la sensación hacia el resto del cuerpo. Acariciaba el borde del antebrazo y todo el brazo advertía la llegada de los dedos, pero los dedos no llegaban. Y eso alteraba la imagen. Una imagen en la que apenas se reconocía un ala. Un aleteo o miles de aleteos que eran absorbidos por la luz. La imagen era poderosa, no porque fuera una metáfora. Enseguida él me diría qué piensas y yo quería decir que no era una metáfora. Hubiera sido fácil leerlo como una metáfora y decir es la vida que cuando atendemos a su llamado nos chamusca. Es todo lo que nos alumbra para cegarnos. Es la pasión o quizá el poder, es lo público que ataca todo lo privado. Quiénes son las polillas: son los pueblos no contactados. Son los poetas en la vereda del tren. Es este óvulo que me duele, a punto de caer. Somos nosotros dos en ese instante (yo regresaba cada viernes a su casa, yo timbraba, él salía, sostenía con su mano el control de la puerta, lo apretaba, yo veía su figura crecer mientras me acercaba, me bajaba del carro, le daba un beso en la mejilla, entrábamos a su casa, olía los orines del gato, advertía el frío bajo mis pies, miraba entre la

oscuridad pedazos de musgo que brotaban de la pared y me sorprendía siempre por una humedad cálida, por una belleza desacoplada, hacíamos cualquier cosa como comentar la música que sonaba o tomar agua de canela y después, por fin, por horas, hacíamos el amor y luego comíamos, y yo decía ya me voy, pero en realidad me quedaba uno, dos o, en este caso, tres días, y cada uno de esos días era igual, o casi igual, leves variaciones, como si fueran años los que lleváramos con esta rutina silenciosa, nunca salir de la cueva, nunca hablar de nada que se refiera a nosotros en ese momento, nunca ir hacia los otros cuartos, sentir en medio de todo lo no dicho que algo definitivo ya estaba pasando). No. No era una metáfora de nada de eso. La polilla atendiendo al llamado de la luz, en su mundo circundante equívoco (una red de percepciones con mayor o menor importancia). La luz tan esperada acabando con su cuerpo frágil. Un estado de carencia insoportable. Su aleteo suspendido, tocando el calor, una y otra vez. Si la polilla sobrevive regresa por su muerte. Las polillas van a la luz a morir, desaparecen en lo luminoso. Eso veo: algo que no deja de irradiar. La polilla se confunde, me dice él, piensa que es la luna, que la luna le hará volar en línea recta, que llegará a un lugar seguro. ¿Cómo se recuerda una imagen? Vuelve el color rojizo, mate, hasta hacerse cierta transparencia. En un momento la imagen regresaba hacia la abstracción, se alejaba del insecto y parecía ya no el aire de una noche con las polillas yendo hacia la lámpara sino el mar, la profundidad del mar atravesado por el sol y ahí abajo, en esa infinita soledad, un sinnúmero de organismos cayendo. Caían aunque no llegaban a ningún lugar, a ninguna superficie (bien podrían haber estado subiendo, pero yo los veía bajar y esa sensación certera se debía, posiblemente, al modo en que la yema de su dedo se sentía deslizar suave por mi antebrazo o se debía, también, al óvulo en descenso, a punto de aterrizar en mi calzón). No era ya su dedo rodeándome una parte que no iba a tocar, era la inminencia del fin de la caricia en mi antebrazo lo que empezó a angustiarme. Tenía que irme. ¿Qué es una imagen dispuesta para ser el aire o para ser el océano o para ser intermitencia? Son polillas habitando un mundo compuesto por lo que desean y por lo que repelen, que es la misma luz. Y no solo era el mar ahora que me empeño en recordar todo lo que evocaba la imagen cuando la cámara se alejaba del insecto, podían ser rojas llamas, las arenas pateadas por el pie, el sol descascarándose, el polvo suspendido dentro del que vivimos, el que respiramos cuando lo atraviesa un rayo de luz, o *pájaros inquietos desconcertados por el rocío*, puntos para trazar una línea y completar un dibujo, zumbido debajo de la piel del brazo, o podía ser el hueco profundo que lo atrae todo. En algún momento le dije me tengo que ir. Y agarré las fuerzas, conmovida como estaba por el tacto de esa

imagen, para regresar a mi cama helada y al paisaje de las camisas, las de mi marido, una al lado de la otra, abandonadas en mi cuarto. Tenía, cada noche, que abrir la puerta de ese clóset y mirar esas camisas, desde mi cama, mirarlas cubiertas por cierta oscuridad, era la única manera de dormir con algo de paz.

7

Además de vivir con urgencia y con cierto descuido todo ese trajín amoroso, hacía en ese tiempo otras cosas de menor importancia para sobrevivir. Para mí todo aquello que no sea el enamoramiento no ha merecido nunca mayor atención. Ese atolondramiento por la proximidad o por los cuerpos o, específicamente, por las bocas o por las mandíbulas o por una suerte de sensación de reconocimiento, el reconocimiento de una boca o de un dedo o de un lunar, algo que cuando ocurría era la catástrofe. Y la primera catástrofe me llegó en alguna experiencia precoz, con una lengua, a los seis años, y todo el resto, desde entonces, fue perdiendo mi interés. De todo el resto no hablaré. Quizá valga decir que de lunes a viernes iba a una oficina. En esa oficina había trámites insolubles que me entretenían y me permitían cierta solvencia económica. Había asuntos familiares que demandaban mi atención, minúsculos asuntos familiares que, por suerte, resolvía los domingos, algún domingo con mi madre, algún domingo con mi papá. Era un tiempo en el que hacía frío, siempre, una helada perpetua que en las noches se asía a mis pies. Yo sentía que nevaba dentro de mis dedos y eso me causaba placer, sentir que las extremidades iban endureciéndose era parte del dolor merecido después del goce. También, en ese tiempo, escribía poesía, versos, cada mañana, como parte del quehacer amoroso. Los versos eran muy malos, eran versos que podían contener frases como la próxima tristeza o voluntad sin fisuras o noche aciaga o, incluso, peores como tréboles, violetas, pensamientos silvestres. Eran versos con los que intentaba construir poemas, pero los poemas no llegaban. Yo juntaba las imágenes más cursis, que contenían el deseo por todo lo que me faltaba, eso que no encontraba la manera de nombrarse, una melancolía vieja que buscaba hacerse un lugar o chocarse entre los mundos y las palabras o quizá era solo la necesidad de organizar los pensamientos que traían la soledad y el frío, una frecuentación de mi intimidad impostergable. Mi mamá dice que siendo una niña lloraba mucho, sin ninguna razón, que siempre tuve una tendencia hacia la melancolía. Yo recuerdo la infancia como un tiempo también feliz. Me acuerdo de que las noches eran difíciles, pero cuando me despertaba sentía una plenitud alegre que, luego, siendo ya adulta, desapareció.

No logro identificar cuándo se fue. Lo cierto es que ahora, debilitada por ese deseo, por todo lo perdido, no tuve más opción que sublimar un sentimiento que, siendo una monstruosa unidad, era también, y por sobre todo, cascadas de agridulce y cursi caer -como la imagen de las polillas- en la superficie de cualquier materia: me comía los dedos, me mordía la lengua hasta hacerla sangrar, veía telenovelas viejas en youtube. A veces también veía algo de pornografía suave, porque lo que más me ha excitado siempre es ver a la gente besarse. Pagaba para que me tocara el cuerpo una mujer hasta triturarme del dolor y corría cada mañana con la esperanza de que entrara algo de aire al cuerpo porque me agobiaba su peso. También, a veces, sacaba los patines y los observaba con ilusión y solo de vez en cuando, siempre en la noche, los sacaba a rodar. Visitaba además la cueva, uno o dos días a la semana. Otra cosa que hacía, que he hecho siempre, es buscar y escuchar conversaciones ajenas y sentir un morbo exacerbado por los huecos y, en menor medida, pero igual potencia, por las bolas. Además de los poemas, de correr, de trámites domésticos y familiares, de imaginar huecos, de los masajes y las cartas que escribía con fervor y de las noches en las que me atrevía a patinar, también frecuentaba bares y me emborrachaba con mis amigas. Y un día, en una de esas borracheras, en algún bar, recibí un mensaje que lo exacerbó todo.

8

Cada vez que regresaba a la cueva lo que más me sorprendía era su olor. Un olor que era lodo, droga, orín de gato. La cueva estaba en medio de la ciudad, cerca de una universidad, al lado de una mecánica inmensa en la que se traficaba desde piezas de automóviles hasta drogas. Todo esto lo supe porque el hombre de la cueva acortaba camino por la mecánica para llegar a su casa y yo lo hacía con él, a veces, después de desayunar un sándwich con jugo de naranja en la panadería, nuestra única salida y, entonces, en esos cruces, se me fueron revelando ciertas pistas. Atravesada la mecánica, estaba la calle sin salida, pasaje H, y al fondo, un edificio marrón al lado del cual estaba la cueva. En la puerta de ese edificio aparecían dos esculturas de latón, una era un ratón con frac y otra un oso hormiguero con manos humanas. Ahora sé que vivían en el edificio un escultor, además de una pareja de chinos peluqueros y una mujer con su hija sordomuda. La niña una vez nos vio hacer el amor, pero en realidad no sé si fue ella o fue la hija del hombre de la cueva, o fue la sombra de una niña cualquiera que imaginé en el delirio, o fue el deseo de que alguien observara la vehemencia con la que los dos hacíamos el amor, o fue un presagio, o fue un fantasma. Para entrar a la cueva se tenía que abrir una serie de puertas y, una vez adentro, el fango te lanzaba un olor tan acogedor como cutre. Las paredes parecían de tierra, cubiertas con una mano de pintura rosa que, despostillándose, dejaba ver otros colores, antiguos y hermosos. Luego de algunos meses de frecuentarla y moverme entre la oscuridad de los espacios, del zaguán al cuarto y a la cocina, identifiqué un pasadizo secreto que te arrojaba a una bodega que acumulaba cientos de cables y chatarra, dispuesta de modo que parecía cada pila de basura, un juguete. El cuarto, en cambio, tenía solo una cama inmensa que ocupaba todo el espacio, una cama vieja llena de almohadones que se sentían de carne o de polvo. No voy a referirme ahora a esa cama que era la cama del mundo en su desorden y su plenitud. No me perderé en esa descripción, aunque puedo decir que su cama era también dura como piedra y era césped delicioso. Lo que ahora quiero contar tiene que ver, en realidad, con el corredor, que terminaba en una puerta siempre cerrada y que un día en el que el hombre salió de su cueva

para ir a comprar jugo de naranja, yo abrí. Una mañana me desperté mientras hacíamos el amor -me desperté o hice el amor en un estado de somnolencia, producto de las dos líricas que nos habíamos pegado la madrugada anterior-. A las doce de la noche, después de oír y ver videos de una cantante japonesa con cara de niña, me vino la regla con una fuerza agravada por los roces sucesivos de su verga y entonces tuvimos que ir a la farmacia. Luego de comprar toallas decidimos de paso comprar calzones porque el mío chorreaba sangre. Y mientras elegíamos los calzones que estaban de oferta en la fybeca, dijimos qué chuchas, démonos dos líricas. Llegados a la casa nos metimos a la cama y nos tragamos las pastillas con nuestras babas, de la pereza y el frío que nos daba ir a la cocina para buscar agua. Y todo esto para decir que en ese frenesí en el que la voz de una poeta cantaba la *luz, la luz, la luminosidad*, y gritaba *ocurre cuando los verdaderamente bellos están juntos*, y a mí esa voz o esa frase o ese momento me recordaba a mi esposo, pensaba que siempre hacer el amor con un hombre era hacer el amor con otros, siempre evocar o reconocer cuerpos pasados; en medio de esos pensamientos inútiles, abrí los ojos y ya era de día y él me penetraba suavito, respetando mi sueño y mi sangre, que brotaba manchando las sábanas sucias. Yo le dije muero de la sed y él fue a la panadería por unos jugos y yo no pude más de la curiosidad y me paré, me puse el calzón nuevo y, perdida en medio de la oscuridad y el frío que hacía esa mañana en la cueva, fui hacia la puerta cerrada y la abrí.

El brillo que salía de ese cuarto me hizo cerrar los ojos y un recuerdo, la ráfaga de un recuerdo que involucraba a mi cabeza y a las rodillas de mi abuela, me ofuscó hasta el punto en que no comprendí qué hacía yo ahí, con los pies helados parada sobre la tierra y de dónde salía tanta luz; cómo existía de pronto tanta luz: mi abuela acariciando mi pelo, mi cabeza, mis ojos dormidos sobre sus rodillas roble, sobre esas rodillas piedra de cuyo vértice brotaban várices verdes y moradas que se extendían por sus blancas piernas, como deshilachando el cuerpo. Mis piernas también con várices verdes alumbradas por un sol que no era de este mundo y las manos de mi abuela también rocas y también alfileres deslizándose por mis venas, empujándome para entrar a un cuarto que no se correspondía con la cueva. Al principio dije la puta lírica. Pero, aunque suene inverosímil, ese cuarto era verdad. Un cuarto que pertenecía a otra historia, un espacio que traía otro sonido, que traía otro olor, que no era piedra sobre piedra, que tampoco era barro, que tenía de madera el piso y el techo, y deshacía la humedad transformándola en un vapor delicioso. Un espacio que no era la cueva sino la recámara -uso por fin una palabra que he querido utilizar toda la vida y recién ahora la enuncio- de alguna princesa olvidada o desconocida y que tenía una cama

blanca, repisas también blancas, sobre las que reposaba un nacimiento con musgo. Del musgo brotaban gotas de agua y se formaban pocitas de verdad, no de las que se hacen con papel aluminio en los nacimientos y en las que nadan patitos de plástico, no, estas eran pocitas contenidas en pequeños recipientes en los que nadaban peces minúsculos de colores. Era un nacimiento infinito que se extendía hasta debajo de la cama y allí parecía continuar hacia más abajo, creando un mundo subterráneo. Del techo colgaban hilos de colores con papeles blancos que bien podrían haber representado la nieve o, quizá, estrellas de un universo helado que cubría todo el nacimiento o todo el cuarto, ya no me acuerdo. Hacia los lados, el nacimiento también era infinito, porque se confundía con las colecciones que se formaban y que eran colecciones de muñecas y de canicas y de animales de felpa y de objetos miniatura perfectamente organizados. Un arco separaba ese cuarto de lo que parecía ser otro, pero solo era la continuación del mismo. En ese, en cambio, no había muchas cosas: un lienzo reposando sobre un taburete de madera, una caja de colores en el piso y un piano pequeñito, como de juguete, la reproducción perfecta de un piano de verdad, de un piano de cola. Intenté sentarme al piano, intenté tocar una nota, pero me paralizó el miedo porque escuché un sonido y pensé que era el hombre y sabía que lo que estaba haciendo era una horrible intromisión, por algo el hombre tenía siempre cerrada la puerta. Pero no era él, era el gato que me veía con furia así que no toqué el piano. Caminé hacia la puerta y vi en el velador, al lado de la cama, el retrato de una mujer pálida, con una belleza que era única por su asimetría: nariz grande, dientes cortos, ojos inmensos, flequillos rubios, y sentí celos. Apenas un poco de celos. Y me fijé en algo que me conmovió hasta las lágrimas, sin saber por qué, o quizá intuyéndolo con vergüenza: un uniforme doblado sobre la cama, pantalón y saco, a su lado una camisa blanca y unos zapatos de cordón. Un uniforme pequeñito alumbrado por una luz solar roja que entraba en ese instante por el enorme ventanal que tenía el cuarto. Un uniforme que eran unas manos lavándolo y planchándolo y doblándolo con cuidado sobre la cama. Un uniforme que eran las manos grandes de alguien metiendo las piernas pequeñas de otro alguien en él. Las manos silenciosas de alguien cerrando los botones, las manos ágiles o torpes de alguien poniéndole las mangas a otros brazos que, dormidos, aceptarían el cuidado, la torpeza o la diligencia de las otras manos. Unos zapatos que eran las manos de alguien calzando el talón de otro alguien con tino o con paciencia hasta que entren, rozando la canilla, jalando la lengüeta, amarrando los cordones, y de unos pies, de unos pies pequeños caminando con esos zapatos. Y volvía a sentir celos, pero esta vez los celos y también la tristeza se tomaron mi cuerpo. Temblé al oír que se abría la puerta

de metal y supe que esta vez sí era el hombre y salí del cuarto, cerré la puerta y me metí corriendo al baño y abrí la ducha y en agua helada me bañé. El baño, a diferencia del cuarto, se caía de viejo, pero como todo en esa cueva era a la vez otra cosa, se sentía esa ducha como cascada. El agua helada me paralizaba los costados, esos mismos costados que él acariciaba sabiendo que ahí está el nervio, el espacio fronterizo entre un lado y otro, ahí es el lugar más rico para que te acaricien, nada que hacer. Él entró al baño y se desnudó y yo le dije no hay agua caliente y me abrazó. Me cubrí las tetas como era mi costumbre cuando tenía frío y el pelo mojado tocando la espalda se sintió como un golpe. Su pene erecto me hizo hincarme e ir hacía él, chuparlo suave y luego cerrar las llaves y dejar que me penetrara. Ambos parados, yo tiritando, mientras por el huequito de la ventana se observaba el verde de unos árboles que pronosticaban un bosque, el bosque que tenía un tablero en el centro, un bosque que también era un matorral y del que emanaba un olor confuso entre marisco y flor silvestre. En el momento del orgasmo que llegaba suave y me había calentado el cuerpo, observé, sobre la jabonera, una bincha de bolas rojas junto a una peinilla, pequeña (unas manos desenredando con resignación un pelo largo, jalando sin querer las hebras, una voz disculpándose, zafando otra vez con esmero el enredo y colocando la bincha, última vez: celos. No celos por toda la belleza y la ternura de esas manos, sino celos como deriva o como complemento o como hermano de esa melancolía antigua, de ese dolor secreto).

9

Esa noche tampoco regresé a mi casa. Después de la comida, que fue como siempre exquisita -salmón, especias hindús, yuca, salsas de coco y tomate, arroz mojado, berenjenas en salsa de hongos y anís, todo con agua de canela o cerveza o fuerte o las tres cosas-, los dos nos sentamos a esa mesa enorme e irregular con las patas rotas, en medio del frío, otra vez el frío penetrante del barro, de la tierra, del techo despostillándose, y tomamos un tequila que yo había llevado. Él siempre ebrio antes que yo, su cuerpo y el mío un poco perdidos del mundo, sintiendo una fuerza interior tan mentirosa como suprema. Temblándole el cuerpo y frunciendo el ceño, me enseñó unos videos. El primero era un corto de un viejo al que visita una niña, era una animación acompañada de una canción tristísima que me hizo llorar y que le hizo decir a él que, subido en el escenario, era el canario, era el tigre, era el viejo y era la niña. Él podía ser todo eso. Con sus dedos podía cocinar y tocar la guitarra y acariciar sin tocar. Yo pensé que sus dedos eran de verdad hermosos y los besé, de esto él no se acuerda, no se acuerda de que me metí sus dedos flacos a la boca, despacio, y los chupé uno por uno. No se acuerda de que luego le abrí la camisa y le lamí los pezones que eran dos pasas, repito: yo nunca había saboreado así unos pezones ni de hombre ni de mujer. Y besándolos volvió la sensación de los dos fuera del mundo. Pero él nada de esto recuerda, él bebió tequila y luego sonrió con una mueca histérica parecida, sí, a la que hacía al tocar su guitarra roja. Lo que él dice recordar son palabras exactas. Recuerda, dice, que hablé sobre el misterio de ciertas coincidencias y sobre nuestro encuentro, y recuerda que en un momento dado le hablé del orgasmo, le dije que cada vez el orgasmo, con él, era diferente y que ese era el misterio del universo para mí. Cada orgasmo, dice que dije, es siempre distinto. Dice que lo describí como venas que vibran y bailan y se columpian vertiginosamente sobre el caos del cuerpo, y como olas crudas de sangre que agrietan membranas y se agolpan sacudiendo un punto, un solo punto que es rojo, pero tiene mucosidades blancas, piel suave que cede y a la que puedo rasgar con mi uña larga. El clítoris, que describí, dice, como la punta de un esfero bic, la punta tocando el papel, todo el placer, o como el pistilo que un dedo roza y desprende y

ese desprendimiento es doloroso y ahí me quiero quedar, dijo que dije, me quiero quedar en ese dolor, quiero prolongar el orgasmo, me voy quedando en él para que, en el espacio diminuto, entre ese dolor, se haga el gozo y ya no se distinga nada; ocurre un ajuste extraño de todas las cosas en ese instante, dice que también dije. Aunque estas son solo palabras y las palabras no dan cuenta de la variedad de todos los suaves y violentos orgasmos que siento y de todo lo que no se distingue, dice que concluí, un botón se aplasta y rebota y una y otra vez y cada vez el rebote es la inflamación, el salto en pedazos de todo, pero el salto, el fragmento, el trozo, lo sexuado es reminiscencia siempre nueva (*todo pasado acecha en el amor*). Yo no recuerdo haber dicho nada de eso, porque de lo único que yo me acuerdo es de haberle lamido los dedos y haberle chupado por largas horas las tetillas que, insisto, eran dos pasitas diminutas sin pelos que contenían la suavidad y la nobleza de este salvaje. Recuerda que además de haber hablado yo de esa inflamación de rojos, dice que hablé de la belleza de ciertas palabras como la misma palabra orgasmo o la palabra fecundidad, y esa, lo noté por como me miró, le incomodó. Todo esto del recuerdo me lo dijo a la mañana siguiente, lo declaró en tono de defensa, porque yo lo acusé, como era tan propio de mi crueldad, le dije eres un borracho y no te acuerdas de ayer y él dijo nunca olvido nada, y cuando lo dijo noté en sus ojos una tristeza que no supe si era por algún recuerdo o por esa canción que sonaba en ese momento, esa canción melancólica y romántica como pocas, *disco dancing*. Lo cierto es que sus ojos se nublaron opacados por algún pensamiento que también podía ser alguna reminiscencia, o que podía estar relacionado con la pasión con la que yo lo estaba juzgando. La canción se acabó y se acabó también la conversación; las conversaciones siempre eran pocas, pausadas, interrumpidas, él claramente cuidaba las palabras y yo me excedía en su uso, las extrañaba, intentaba convocarlas, agarrarme de alguna, sin entender el silencio que este hombre me ofrecía, el más próximo silencio que he sentido, un silencio que era tierno y voluptuoso a la vez.

10

Una noche de alguno de esos meses, estando desnudos en su cama, jugueteando con las lenguas, muertos por la excitación, pero sin penetrarnos aún, sonó varias veces el teléfono, y en una de esas él dijo debe ser mi hija, voy a contestar. Se paró desnudo y vi su figura desaparecer y luego escuché su voz, escuché una voz que no había escuchado en él, que era como si existiera en su ser uno que le continuara, toda la debilidad que anuncia la fuerza, palabras que contenían una firmeza dispuesta a todo, que no hallaban espacio en ese cuerpo flaco, pero coincidía, sí, con las pasas de su pecho y la palidez de sus piernas livianas. Su voz dijo cosas delicadas y apasionadas y luego comenzó a tararear una canción y le dijo duerme tranquila y luego el nombre de la niña y luego se puso otra vez a cantar *es el miedo lo que pone el mundo a girar*. Y el tiempo siguió pasando mientras cantaba y hablaba con la hija y le contaba un cuento y yo sentí la soledad caerse sobre mí: golpearme los oídos, abrirme el pecho y penetrarme por los huecos y luego sentí el agua, el aluvión, el granizo salir por el lagrimal, por la nariz, y comenzar a inundar hasta asfixiar, hasta que lo mojado comenzó a tomarse todo y el cuerpo a volverse más y más pequeño, a disminuir. Cuando regresó yo ya había desaparecido y él abrazó un pedazo mojado de carne y aunque quiso devolverme algo de cuerpo enseguida se quedó dormido y empezó a roncar. La orfandad. No lo que falta, sino lo que nunca hubo. Quise agarrarme de alguna fuerza. Me voy, quise decir; cuántas veces yo había querido decir me voy, pero nunca lo lograba, yo era lo que quedaba de algo, no había forma de recogerme entera e irme. Otra vez la herida, la pequeña niña arrinconada en mi pecho que venía a decirme *no tienes padre, ni madre, ni nada, y el rojo y el blanco palpitan en lo profundo de tu desamparo*. Síndrome de abandono diagnosticó el psiquiatra infantil cuando tuve mi primera crisis de insomnio y yo y mi mamá le creímos; ella llena de culpa y yo de miedo. Él se había dormido y yo agarré fuerza y agarré mis cosas y me fui. Llegué a la zona, entré a un bar y, por suerte, me topé con una amiga con la que me tomé un tequila tras otro y un pase de coca y mientras tenía una conversación absurda en el baño, ya con algo de fuerza en el cuerpo otra vez, llegó el mensaje de la María. Estoy con la

Ta que acaba de terminar con el Gordo, ven para acolitarle. Agarré el volante, dejé el bar y aceleré. Cantaba yo a todo volumen un éxito de onda azul que era la entrada de la telenovela *La fiera*, telenovela que yo veía con devoción allá en el 87 y que decía *No seas coqueta, no. Te ves la más bella y por eso sueñas que te espera tu príncipe azul, no seas coqueta, no. Te doy un consejo: no acaban los sueños como en ese cuento que te montas tú*. Coreaba yo esa frase cursi con toda intensidad cuando se atravesó un viejo que, al igual que yo, estaba borracho y al que atropellé. Huí, atravesé un par de cuadras, llorando del miedo y de la pena, sintiendo el corazón reverberar, la sangre acumularse y, otra vez, chorrearme transparente por los ojos, con la imagen del cuerpo volando, la chaqueta café en el aire, el ruido del cuerpo al caer y aceleré solo para decir nada puede ser tan terrible, si lo mataste lo has salvado. Me asaltaron preguntas que ahora podrían enunciarse, pero que en ese momento iban empujándose y cayendo a una velocidad desconocida, algo tenían que ver con el valor de la vida: cuál es el valor de una vida, pero entonces vino y se impuso súbita la imagen de mi gato sentado al filo de la ventana mirando al horizonte y pensé que todo eso que estaba pasando bien podía ser el recuerdo de algo que no había pasado, pero la puta madre, hay cosas que suceden, maté a una persona. Entonces decidí regresar, sin tener claridad de para qué, al cruce de las avenidas, pero ni rastro, ni huella. Nada de nada, ni del hombre ni de lo sucedido. La noche y la calle en el silencio de lo que no había pasado aún. Me bajé del carro para mirar, pero no había sangre, no había vecinos ni curiosos ni estaba la ambulancia, qué chuchas tiene que haber pasado, yo lo maté. Retrocedí en el tiempo, miré el nombre de la calle, la canción sonando y el tipo impulsándose como un acróbata tieso hacia lo alto, pero ya no estaba segura de nada, se fue la borrachera en el impacto y todo era duda y un nudo de culpa en el estómago triturándome las tripas. Me acerqué al pavimento, pasaban carros y pasaban personas y yo buscaba algo, algún fluido que hubiera quedado del accidente, pero nada. Ahí, a la vuelta, había una clínica a la que decidí ir y al llegar a emergencias, descompuesta, pero lista para ver al muerto o para que alguien me mirara y me culpearay la vida agarrara otro rumbo, me senté al lado de una mujer negra que lloraba al igual que yo y que me preguntó por lo sucedido. Vi que de su nariz salía agua y sus labios anchísimos apenas podían moverse. Temblando, me acerqué a su cara hasta observar los pelos negros que le salían en el bigote. Me tranquilizó ver esos pelos y esos ojos que, aunque lloraban, no botaban lágrimas. Le dije busco a un hombre al que maté. Ella se quedó quieta y luego se rio y me dijo no sea loca y entonces salió la enfermera y le pregunté, pero no dijo nada, ningún borracho, ningún atropello, ningún muerto y tras ella salió el hijo pequeño de la mujer,

y ella, mientras le ayudaba con las muletas, me tomó de la mano y me dijo vamos. Ofrecí llevarlos a su casa y después de manejar unas cuantas cuadras con terror, me encontré dando vueltas en el sur de la ciudad y era como estar en otra geografía. Ella me guio hasta su casa, me hizo pasar y su mamá nos preparó café. Estaba amaneciendo y la madre dijo es domingo, vamos a misa de siete y yo acepté, pensando que algo de paz encontraría en la arquitectura amplia de la iglesia o en visitar el recuerdo de las oraciones que mi abuela repetía día y noche. La mujer me dio una mirada de compasión que también era de complicidad. Llegadas a la iglesia, entre tanta gente, me perdí y escuché la misa sentada en una banquita al lado de desconocidos. En el momento de la hostia me paré con la intención de ir por ella, por la hostia y por el vino, qué sabrosura, la sentí derretirse y el sabor del vino me devolvió en algo la borrachera perdida, pero me di cuenta de que no podía quedarme ahí. Después de la comunión, salí de la iglesia sin despedirme de la mujer, quería quedarme, seguirla todo el día, todos los días, pero tenía que regresar a mi casa, ¿no? Volví, en el carro, a perderme, pero logré salir del sur, tomé la autopista al valle y empecé a sentir que no avanzaba, que la ruta se extendía y que me perdía nuevamente; que como castillito hecho de barajas se caían en cámara lenta todas las casas construidas sobre quebradas; qué pasa, dije en voz alta, pensé en la mujer, en su niño, en su cuarto, en mi gato, en el viejo muerto, en mi marido, en la voz del hombre de la cueva cantándole a su hija, en mi propia casa que me esperaba con el silencio de las paredes blancas y empecé a temblar. Paré, agarré el teléfono y la llamé a la María que todavía estaba con la Ta. Le dije a dónde voy y me respondió a mi casa, pero yo no podía llegar y luego de minutos o de horas o quién sabe después de cuánto, quién sabe el rumbo que tomó entonces el tiempo, ella llegó y me recogió y manejó mi carro. Después de eso fueron días temblando del susto, en mi casa, pegándome las pepitas de emergencia que hace tiempo me recetó un psiquiatra y esperando que pasara este ataque prolongado. Pero nada pasaba y, una de esas mañanas, llegó la María y me dijo nos vamos y me habló de un retiro y yo dije ok, voy, e hice una maleta con botas de caucho y repelente para mosquitos, siguiendo las instrucciones de un papelito que me recordó a las circulares del paseo de fin de año del colegio.

11

Del retiro no voy a dar detalles, pero hay algo que intentaré narrar. Podría empezar por lo anecdótico: lloré tres días, esa afición mía por el llanto. Pero tampoco puedo decir que ese llanto era solo un llanto. Pudo haber sido el sonido pulcro de la fagocitación. De un dolor que se alimentaba de mí para ser otra cosa. Lo semejante y lo diferente de ese dolor que se me volvía por momentos ajeno, como si el núcleo de mi ser entrara en un proceso violento de desintegración, mostrándome que no había nada: ningún centro, ninguna posibilidad de identificarme. Odié y amé comprendiendo que así ocurre, el amor daba paso al odio, mientras se fraguaba el amor siempre se fraguaba el odio, puta madre, pero tampoco eso resulta tan simple en esa amalgama que no se diferencia, una se pierde. Hay algo concreto alrededor de ese llanto que escapa a la anécdota. Algo así como una revelación que ocurrió no en la errancia del pensamiento sino en la carne del color o de la materia, no lo sé. Estábamos en medio de esa selva. En un paraje salvaje. En un retiro que no era espiritual ni era vivencial ni ninguna de esas mierdas. No sé qué era, aún no puedo decir sobre qué iba. Ni sobre lo que fueron los restos de mi sangre en una malla delgadísima que funcionaba como filtro en la letrina. Un pedazo de sangre sólida en la malla, mis dedos agarrándola para que no tapara la letrina y luego enterrándola en la hierba. No había baño. No había ducha. Nada de comodidad. Yo había comenzado a sangrar otra vez, como sangraba en ese tiempo: a borbotones, sin comprender cómo perder tanta sangre era normal y no me mataba. En mis pensamientos catastróficos, esos que ocupaban gran parte de mi mundo interior, esos que si se acababan significaban el fin de todo, porque yo soy pensamiento catastrófico, imaginaba vaciarme, palidecer y morir de tanta sangre saliéndome por la vagina. Imaginaba mi velorio, mi entierro, la vida de los otros continuar sin mí y un placer me hacía revivir con una imagen de mí misma idealizada y suprema. Sangraba, en realidad, sólido. Pedazos de mí que yo no entendía cómo se solidificaban de ese modo, trozos de entrañas que me dejaban en el cuerpo una sensación de hueco. Parecía que nada quedaba después de cada menstruación, pero luego volvía el siguiente mes a desmembrarme con pedazos que, a veces, se hacían polvo seco,

a veces, esos trozos eran polvo seco rojo que yo veía acumularse como montón de arena en mis toallas blancas. Amanecí ese primer día del retiro y sentí que bajó la sangre, pero no solo bajó la sangre con esa fuerza sino una honda sensación represada como abrir una puerta y sentir la tempestad, la granizada otra vez que se acerca y que va a entrar pateando el cuerpo, desgarrando heridas antiquísimas, rompiendo tazas y vidrios, vomitando pepitas blancas de ácido sobre esas heridas para rasgar la piel y entonces que todo sea sangre sobre sangre. Cuando se aproximaba así el dolor yo temía. La caída era de un peso que abría huecos en el suelo y me hacía hundir los ojos de la vergüenza y del gozo. Esta vez todo podía ser peor, agravado por el paisaje inmenso, abierto, incapaz de contener nada. Pensé en agarrar mis cosas y salir corriendo. Estaba habituada a correr. No corrí. Con las lágrimas saliéndome a mares con la misma fuerza que la sangre y el granizo, la desperté a la María que dormía en la cama de al lado y se formó en mis labios una mueca. Creo que fue la mueca del alarido o del horror porque ella me agarró del brazo y me dijo vamos al río. Caminamos y yo al pisar lo agreste de la selva del noroccidente con un short y unas botas que se resbalaban sin control en el barro mojado, porque además lllovía, pensé en miles de cosas, otra vez el vagabundeo enloquecedor del pensar, que es puro salpicar de imágenes, sintiendo las rodillas temblar y una espiral formarse en la garganta, resbalándome y levantándome, acumulándose el pasado como un futuro inevitable. La desolación en la punta endurecida de los pezones, el miedo amontonado en el coxis. Llegamos a la orilla y me desnudé cubriéndome el pecho con las manos y llorando por algo tan grave que apenas podía pensarse, algo tan grave que se volvía neutro, no estaba ni en quietud ni en movimiento y había existido desde siempre. Este dolor me precede, pensé. Y ese pensamiento inmediatamente se siguió de otro: son las mujeres, pero la imagen de lo neutro otra vez se impuso. No era hombre ni mujer ni era yo. Este dolor es un monstruo, pensé. Otra vez quise nombrarlo, pero la repetición incesante de lo mismo volvió. Este dolor me precede, otra vez, como mantra, este dolor me precede, y mientras trataba de pensar para alcanzar algo de calma en el origen de ese mal, la imagen de un núcleo fisurándose apareció con una piedrita tocando el centro de una onda que, en ese momento, se hizo en el río, y que no supe de dónde venía. La María me agarró de la mano y me metió al agua helada, limpiándome los mocos y las lágrimas que chorreaban por mi cuerpo desnudo y que salían por los huecos, me arrodillé sosteniéndome de una piedra, y las manos de la María agarraron el jabón y empezaron por mi espalda mientras decía palabras que eran como un canto lejano y siguió acariciando mis nalgas con un trozo de jabón o con su mano, quizá era su mano con una hoja o quizá era solo

su mano con barro. Siguió por mis muslos y se detuvo y las dos vimos la sangre y entonces me tocó apenas el vello púbico y siguió por mis tetas, retirando con suavidad mi mano tocó los pezones y luego el cuello, siguió por mi pelo, mi pelo largo enredado entre sus dedos, desentrañando entre los pelos hojas que se habían quedado atoradas ahí. Yo, llorando más fuerte y agarrándome la vagina, ella, diciendo extrañas palabritas, la sangre como un afluente también lejano pintando el agua, las piedras y las hojas mojadas. Me abrazó y nos hundimos en el agua, yo, tocando su pelo ondulado, ella, apretando mi cadera, sintiendo sus nalgas firmes, reposando mis brazos en su espalda, rodando los cuerpos en el agua, calmándose mi sangre y yo con ella, todo juntándose lejos del pensamiento. Inmenso el cielo. Lo que los cuerpos hacen juntos cuando se tocan, cuando los dedos resbalan por los huecos y van acariciando las texturas plisadas y frágiles, los volúmenes y las manchas, van humectando las partes más rojas con sus yemas blancas. El placer del tacto. El agua ingresando por mis huecos junto a esos dedos para suavizar mis órganos. Esa misma tarde, después de una de las terapias colectivas del retiro, regresamos al río, esta vez más lejos del campamento donde el afluente se hacía cascada. Volvimos las dos con un francés que era de una belleza silenciosa que se acumulaba en sus ojos. Cuando la belleza es silenciosa, cuando no se manifiesta sino que está todo el tiempo ocultándose, el brillo se cuela por los filos y te lanza destellos ligeros pero fulminantes; eso a mí me marea y cuando sucede, me da risa nerviosa. Fuimos los tres al río, yo, riéndome con la misma espesura con la que en la mañana había llorado, pensaba regresar al agua, pero me avergonzó tanta sangre y me quedé en la orilla y ellos se sumergieron y nadaron hasta la cascada y recibieron la velocidad del agua vertical sobre sus cabezas. Sus cuerpos se movían entre risas que se multiplicaban y eran miles de risas, eran las risas de todo, eran las risas de las rocas sobre las que yo estaba sentada y cuyo vibrar me excitó y me enterneció y esas dos sensaciones que eran incompatibles aceleraron mis piernas que fueron entrando al agua, lejos de los otros dos, vibrando, porque la sensación es siempre vibración, me había dicho el hombre de la cueva cuando me explicaba qué era el ritmo y se adentraba en las profundidades de un pensamiento musical en el que el soplo, así lo llamaba él, daba origen a todas las formas del movimiento. El cuerpo de la María era huesudo y largo y coincidía de alguna manera con la redondez del cuerpo del francés, coincidía en oposición (o en sincronicidad, no lo sé). Eran cuerpos distintos, pero coincidentes. Imaginé sus bocas besándose y todo tuvo perfecto sentido, sobre todo en lo relativo al ritmo. La envidia que había sentido hace años por ella, por el descuido con el que llevaba su hermosura (y particularmente su pelo), se transformó con los años en

admiración. Todo hice para que me quisiera y luego, cuando mi pelo tenía algo de su pelo y sus dedos también tenían anillos grandes como los míos, ya la quería y ella me quería a mí y ya no podía distinguir qué era mío y qué era de ella y eso, más adelante, nos llevó al odio, y otra vez, por suerte, al amor, pero esa historia no viene al caso ahora. En ese instante ella y el francés eran también yo y el río. Me acordé entonces de lo que esa mañana, en medio de la desolación, en esa letanía lenta, ella me había pedido que observara: el desorden de todas las cosas, eso había dicho, observa las formas, por favor, su apariencia desordenada, y había ido mencionando cosa por cosa:

árbol, piedra, río,
liana, pez, dedo,
brazo, cara, aire,
cielo, pájaro, hoja

y todas esas palabras sonaban como una canción o un poema o como la conjunción y esa era la razón de ser o la posibilidad de ser de las cosas, de las hojas y el aire y de su dedo, en ese instante, rozando con cuidado los bordes de mi interior. Ella hablaba mucho siempre, y mucho de lo que decía, sobre todo cuando se esforzaba, resultaba para mí banal, pero cuando perdía la seriedad era capaz de decir cosas que me sorprendían y esclarecían, y esa mañana, ese recitar las cosas mientras me tocaba había concluido con una frase que hacía alusión a la existencia de algo misterioso, así lo dijo ella, algo que atraviesa el mundo, *que atraviesa la hoja, pero no la mata*. Esa idea había calmado mi espíritu y en la tarde, observando su cuerpo recibir el choque del agua junto a otro cuerpo, se transformó en una revelación, que como toda revelación es indecible. Un pensamiento escapando de la pérdida para anclarse en una sola imagen. No era la experiencia de la unidad, tampoco era la experiencia de la disolución, tampoco la conjunción permitiéndole, a todo, ser, sino una multiplicación y también un descarrilamiento. Eso éramos. Sentí en ese momento la multiplicación como un resonar de la piedra en mi vientre -mi vientre cargado de miomas, un doctor diciéndome que no podré tener hijos- y sentí también el placer de las formas y la desviación entre las formas y sus nombres. Detuve la mirada sobre un árbol y saboreé la palabra hoja. Las hojas, esa verdura que se hace de la tierra, de la raíz y se expone en tantas formas al aire. La materia que está siempre inmersa en otra materia: *intimidad más fuerte que la contigüidad y la conjunción*. Decirlo así, de ese modo, tampoco es preciso. Suena pretencioso y elemental y confuso, pero lo cierto es que esas sensaciones me llevaron a decir una frase que recuerdo con exactitud: deseo volver a empezar. Inmediatamente supe que eso era imposible y me hundí en el agua

sintiendo extrañamente un alivio que me hizo flotar y respirar tumbada sobre el agua, por fin sin miedo.

12

Me levanté después de regresar de ese retiro con calma en el cuerpo y una serie de resoluciones que, con el paso de los días, se entorpecieron y se realizaron tarde, mal o nunca. Empecé por hacer una lista de las cosas que eran de mi marido y que tenía que sacar de la casa de inmediato. Pero la lista era larga y todo se puso confuso. Aproveché que iba unos días a Guayaquil por asuntos de trabajo y le mandé un mensaje de texto que decía ven x tus cosas. A pesar de que tenía que viajar a Guayaquil, con alguna frecuencia, no solo por asuntos de trabajo sino porque tenía una media hermana viviendo allá, iba siempre en auto porque a un avión yo no me subía. Esa vez fui en una furgoneta con otros cinco pasajeros, entre ellos una mujer que no paró de hablarme de cosas esotéricas. La mujer era una bruja y me dijo te tiro las cartas o te paso los imanes y, tras aceptar lo primero, aseguró, mirándome a los ojos, que el arquetipo arcano de hombre con el que funciona mi psiquis, en su afán por sobrevivir, es el Loco. Me dijo que es preciso cortar el cordón umbilical para que la suerte en lo relativo al amor cambie. Esto me lo dijo mientras la camioneta agarraba una curva en la que yo vi el mismísimo abismo tragarnos a todos. Solo alcancé a contestarle una cosa: cuando me desnudo, me enamoro. Frente a lo que ella preguntó si había alguna vez visto a mi padre sin ropa. Todo el asunto me causó risa, pero le respondí en seguida que no. Una vez lo vi haciendo pipí y otra vez, una sola, dormimos juntos, y le dije también que cuando me abrazó, me asaltó una placidez desconocida, insólita. No entiendo por qué le dije eso, pero la mujer me dijo que era preciso hacer algo al respecto. Nada que hacer, todo es más complejo que eso y el amor es una cosa que siempre me sobrepasó (el amor por ese desconocido que era mi papá). También pensé que leer todo en clave esotérica, como un destino que a la vez era mi karma, resultaba siempre más fácil, tan sencillo como las respuestas psicoanalíticas que me había provisto desde pequeña, pero que me servían todavía para que las cosas en algo tuvieran sentido, sobre todo esa ineptitud mía para la vida.

Concluidos los trámites por los que fui, me encontré, por razones que no vienen al caso, caminando junto a dos hombres. Dos hombres que tenían pelo abundante en el pecho. Para mí, el pelo abundante en

el pecho es sinónimo de hombre guapo. Punto. Quizá tenga que ver con el galán de la telenovela mexicana *La fiera*, que yo miraba con apasionamiento sin igual, y que a veces, en el aburrimiento de mis noches, volvía a ver en youtube sintiendo una nostalgia que nada tenía que ver con la novela, pero que me atoraba de un placer doloroso repleto de añoranza. Caminaba con estos dos hombres por la calle Boyacá buscando una tienda para comprar un cartón de vino clos de pirque. A falta de vino compramos una botella de caña manabita y una botella de agua que luego vaciamos para poner ahí la caña. Tenían que volver al trabajo y no convenía hacerlo con botella en mano. Los dos hombres caminaban a mi lado mientras hablaban de un tiempo en el que se emborrachaban todos los días. Entonces vino una segunda anticipación: tengo una tendencia maldita a emparejarme con borrachos. Quizá tenga que ver con que desde pequeña acompañaba a mi hermano en las madrugadas en las que borracho se metía a mi cama a hablar sobre su tristeza y yo sentía su aliento a alcohol penetrar mi intimidad, y ese aliento me protegía y me excitaba. Mi hermano murió en un accidente hace más de veinte años, manejaba borracho, yo lo extraño con la vehemencia del desamparo más descarnado que desde entonces siento como un corte helado que se abre y se cierra en el pecho, debajo de mis tetas. Es un dolor que tampoco me abandona. Por suerte. Uno de los hombres con los que caminaba era escultor, el otro poeta. No me voy a anticipar esta vez a decir que solo me enamoro de artistas, sería una mentira, menos aún de poetas. Eso, por suerte, pasa, pero no es la regla. Caminaba con ellos, el escultor tenía una nariz ancha y una cara redonda. En el poeta todo era más elegante. El escultor, que era además profesor, contaba que en su clase trabajaba con una modelo desnuda. El poeta era un hombre hermoso. Hermoso como Víctor Alfonso, el galán de *La fiera*. No solo por el pelo en pecho, no. Tenía la facha de un pionero. El modo de llevar el pelo. La barba. Los lentes. Con pionero me refiero a los pioneros mormones que llegaron a Estados Unidos en el siglo XIX y construyeron el ferrocarril. Viví en Estados Unidos rodeada de comunidades amish, descendientes de pioneros, sintiendo siempre una fascinación por el modo en el que dejaban crecer su pelo y miraban todo con una inquietud ingenua. En una visita turística a un museo de pioneros, y después de que el grupo con el que estaba se adelantara, pude trepar a la estatua y besar la boca del pionero. El poeta era un pionero galán de telenovela y yo me estaba enamorando de todo esto que era él, pero tenía la seguridad de que sería imposible besarlo, que en ese momento esa era mi única intención. Me habría dado demasiada vergüenza desnudarme frente a un hombre tan guapo. Pero, regresando a los dos hombres y a esa tarde, nos tomamos la caña dentro de la universidad, en la clase del escultor que, en efecto, tenía

una modelo desnuda, una bailarina de danza butoh andina que pasaba vacaciones en Guayaquil y que posaba para él. El escultor moldeaba y el poeta, ya ebrio, escribía un verso en el pizarrón, que a mí me pareció fantástico y que copié en mi cuadernito, pero que visto a la luz de la sobriedad del siguiente día de vuelta en otra furgoneta consideré malo. El poema terminaba con la frase *otaria de madera tiene un solo ojo / que como perla centellea en el rocío del páramo*.

Al siguiente día me pregunté por la modelo, me pareció raro lo de la ausencia de ojo, no recordaba que la modelo fuera tuerta, pero en ese momento tenía perfecto sentido y lo de la falta de ojo, mientras el poeta escribía el verso en la pizarra, me recordó a la tortuga en el jardín del hombre de la cueva y sentí un remolino -pequeño, pero remolino al fin- de tristeza. Yo estaba sobreexcitada por la desnudez de la modelo y el escultor con el barro en la mano y el poeta escribiendo y la caña de mano en mano. Cuando salimos de la universidad la bailarina se me acercó y me dijo que, mientras posaba, resolvía problemas arquitectónicos, porque ella era además arquitecta y tenía una serie de problemas espaciales que se resolvían al posar. No pude conversar con ella porque el escultor, al verla al lado mío, dijo nos vamos y la tomó de la mano y nosotros les seguimos y terminamos en una fiesta algo extraña que sucedía, al parecer, ya hace varios días, en un departamento, piso 17, con vista al río. Sentada frente al hombre de pelo en pecho, con todo un zafarrancho sucediendo afuera, en la terraza, observaba cómo él ponía música desde una computadora que tenía sobre las piernas, y recuerdo que en un tema que decía algo así como *tear drops falling down my face*, la cantante se ponía a comentar la canción de modo tan apasionado que yo me puse a llorar y eso debió haberle conmovido mucho a él porque comenzó, entonces, recién, a mirarme con algo de deseo y a cantar. Nos miramos un buen rato, yo ya lloraba intensamente, la cantante también lloraba tocando el piano, y él me dijo algo tan cursi como tú me entiendes, y la cantante algo así como *lets hit the climax*, yo empuñando la caña con desesperación y todo esto en medio del relajo que se acrecentaba en la terraza y que incluía una bronca entre bateristas, uno de los cuales antes me había hablado de mi marido, mientras yo trataba de aclarar que ya no era mi marido, aunque sí lo era. Entonces sucedieron una serie de cosas que hoy recuerdo de cierto modo, pero que bien pudieron haber pasado de forma diferente: el poeta se llenó de intensidad, recitó un poema sobre las luciérnagas, *Giramos en círculo en la noche somos devoradas por el fuego*, lloró y luego fue al baño. Después de un rato asomó la bailarina que me contó: entré al baño y me agarró las tetas y ahorita el Ricky le está sacando la puta. Me sorprendió la tranquilidad con la que hablaba la bailarina y más me sorprendió la diligencia con que yo me levanté. Cuando llegué al

baño, el escultor salía con el puño llenó de sangre y la baba cayéndole de la boca. El poeta estaba sentado en el escusado, su ojo sangrando. Me dijo esa man entró al baño, abrió la puerta, me besó la verga; me dijo esas moscas de fuego mientras se tocaba los pezones y cuando yo los iba a acariciar entró este man y puta madre terminó la cagada. En un acto de absurda cursilería le lamí el ojo cerrado y sangrante, me parecía que lo de las moscas de fuego estaba emparentado con las polillas, que el poema estaba emparentado con la tortuga tuerta y con ese ojo sangrando, que mi amor por todos los hombres se consumaba en su pecho, y en medio del patetismo al que me condujeron todos esos pensamientos, le lavé la cara y nos largamos cogidos de la mano al río y así amanecimos, juntos, en silencio, en el malecón. No podía yo resistir la belleza de sus manos, no me sentía ni siquiera excitada sino en un éxtasis melancólico. El río y él me eran tan absolutamente familiares a pesar de ser todo ese paisaje ajeno a mí. Cuando me iba, dijo te voy a dar un beso, solamente será un beso. No puede ser nada más que un beso. Y luego el beso fue como de telenovela, un beso con la boca abierta, apasionado y tierno, fue un gran beso. Le dije solo será una lamida de pecho, y así fue, le lamí el pelo abundante, se lo llené de saliva mientras me asaltaban pensamientos primitivos y hermosos: cómo estaba yo amando a ese hombre que acaba de conocer. Claro que eso era posible. Me dio un papelito que yo guardé y caminé hacia el terminal. No pude acordarme de la canción, eso es lo verdaderamente insoportable. En el papelito había él escrito un poema sencillo, pero de una hermosura que me emocionó. Yo estaba enamorada de él, pero que él esté diciéndome que me ama en un poema me hizo recobrar alguna fe o, quizá, lo que me hizo fue retomar una idea que ya venía rondándome, que tenía que ver con el fracaso, y que se relacionaba tangencialmente con lo del arcano loco, y con esa frase que se sucedió después de la revelación en el retiro: mi fracaso como premonición del fracaso de todo lo posible, de cualquier intento mío, o de quien sea, sin lugar para corrección, mejora o vuelta, y va de nuevo. La putada era que la hermosura de ese hombre me había dejado una sensación de catástrofe en el cuerpo, sobre todo por la magnitud del golpe que le desfiguró el ojo y el modo en el que la belleza se sostenía incólume saliéndole por los pelos del pecho. Ir a tomar la buseta en ese estado y además verle a mi marido que en un gesto de repentina amabilidad se había ofrecido a recogerme del terminal, me resultaba insoportable. Por suerte, y como era su costumbre, no llegó.

13

Estoy acá, decía el mensaje que mandó el M -el hombre de la correspondencia- a mi celular y yo sentí que el caos que me tragaba me acercaba cada vez más a aquello de lo que huía. Nada que hacer. Vine a Lima a resolver asuntos de la empresa y me quedo una noche en Quito (este español con quien me carteaba hace años, pero con el que nunca había tenido ningún contacto más que admirar sus nalgas hermosas, viajaba con frecuencia a Lima por asuntos relacionados con la empresa de aires acondicionados de su papá). Estoy acá con un amigo argentino. Sentí la mano temblar, el cuerpo ingresar a un nuevo escenario amoroso, y me reí a carcajadas. Al M lo conocí en un taller. Entonces estaba bien casada, y aunque la traición ya era basurita en el ojo para mí y para mi marido, yo no estuve con él. Era un taller de escritura o de performance o de arteterapia o de biodrama, ya no me acuerdo. En ese tiempo yo me inscribía en cualquier taller con la idea fija de que estaba a las puertas de encontrar una vocación. El M llegaba de Lima para tomar el mismo taller. En el último día, cuando cada uno debía presentar algo, él, que era de una ironía desenfadada y que no había hecho nada más que aburrirse oyendo las historias cursis y simplonas del instructor, nos dejó a todos pasmados cuando se bajó los pantalones y empezó a culearse a una mesa. Estaba realmente empujando la mesa con su movimiento pélvico, imitando una penetración violenta, lo hacía mientras recitaba un monólogo de *Hamlet*. Era, lo explicó de manera insulsa el profesor, una metáfora muy bien lograda, aunque algo impertinente, de la soledad del hombre. A mí lo que me dejó fría fueron sus nalgas, que no eran metáfora de nada. Sus dos nalgas redondas. Pequeñas carnes de una pertinencia que era el mundo. Cabía yo en esas nalgas o cabían mis manos o por lo menos mis dientes. Todo cerraba perfecto en esa curva blanca. Yo sentí que podía extender mi brazo y meter mi dedo hasta el fondo inaugurando un hueco en el que mi índice podría quedarse perfectamente guardado. Acabadas las presentaciones fuimos a tomar cervezas todos y luego a un karaoke en el que yo me desbaraté cantando música de telenovela. Él agarraba un bus para Lima que salía a medianoche. Nos abrazamos al despedirnos. Yo quise tocar sus nalgas, acariciarlas por encima de los jeans. Pero no sucedió. Él me

dijo ha sido muy bonito conocerte, y con algo de ironía también dijo la canción de Daniela Romo te sale muy bien. Y yo le dije sí, fue bonito conocerte. Y luego se abrazó con alguien más, y cuando se iba yo me abalancé y le dije sí, qué bueno, qué bueno conocerte, qué gran encuentro; y él me miró un segundo y me dijo dame tu dirección y te escribo y le dije dame la tuya, y me dijo pero a mano, nada de *e-mails* y a mí eso me pareció de un romanticismo inaudito y acepté. Tuve esa noche de la despedida un sueño en el que yo mordía con voracidad las cosas. Mordía vasos. Panes. Calamares. Pedazos de toalla. Manzanas. Cera, una cera roja que se derretía entre mis dientes. Y mordía también el cuerpo de un hombre desconocido al que le sangraban los ojos. A la noche siguiente le escribí y le conté el sueño y le describí mi admiración por la redondez de sus nalgas y así empezó nuestra correspondencia. Y de eso ya eran años, años de escribirnos las intimidades y los miedos, años ya de una correspondencia amorosa que yo atesoraba como lo más próximo, pero que también me aterraba en su transparencia.

14

Los recogí de su hostal, a él y a su amigo argentino, y el abrazo fue largo y estuvo cargado de la extraña familiaridad habilitada por esa correspondencia. Comimos calamares y bailamos horas en una salsoteca y luego en un bar de la zona. Tomamos tequila. Y luego, cuando se nos acabó la plata, tomamos también un vodka cuyo sabor, a pesar de la euforia, no pudimos resistir y nos llevó a dejar el bar. Recorrimos la ciudad y en un momento dado, en un momento cualquiera, nos tomamos de la mano y caminamos y los tres fuimos de vuelta a mi casa llenos de euforia y, escuchando música a todo volumen, saltamos sobre el colchón y nos metimos a la boca unas pepitas azules que ellos habían traído. Sentí que nada hacía falta. Que la felicidad ocurría en ese instante y que el brinco era la manifestación, lo había sido siempre, del júbilo, de ese júbilo que ha de subir, que ha de buscar en su movimiento vertical seguir hacia arriba, prolongarse *ad infinitum*. Pero caen los cuerpos, caen los nuestros, caen siempre. Caímos. Imanados como estamos, al suelo. O al centro. O a un lugar de atracción que nos vuelve materia frágil y falible. Ahora reposábamos solo los dos en mi cama. En el colchón que contenía el guiño del salto y regresaba despacio, de a poco, a su estar natural. Yo, con cierto miedo de que asome, como asomaba a veces, mi marido. Él me agarraba la mano mientras yo me quedaba dormida y sentía su mirada demorada, algo extraviada, buscar en mí. Su amigo estaba en la sala. Seguramente tumbado mirando al techo, preguntándose quizá qué mierdas pasaba ahora mismo en ese cuarto, en el mío, entre nosotros dos, queriendo tal vez entrar, agarrarme la otra mano, acostarse al lado mío. Mientras intentábamos sostener el sueño y sostener también las manos juntas, él recorría con su dedo el dorso de mi mano. Siempre quise a alguien que me viera dormir. O, mejor dicho, que me viera quedarme dormida. Él me dijo duerme. El argentino entró al cuarto y yo preferí cerrar los ojos y percibí que se sentó junto al M y, apenas los volví a abrir, vi que él acariciaba el pelo negro, largo, de su amigo. Me excité y respondí a la caricia que seguía haciéndome en la mano, y así estuvimos un rato hasta que empecé a soñar con ciudades de papel y no sabía si era sueño o alguna alucinación producto de las pepitas, porque la imagen era tan vívida,

las ciudades de papel iban tomando tres dimensiones mientras una mano, sosteniendo unas tijeras, perfilaba los contornos. Las ciudades se levantaban al ritmo en el que pequeñas tortugas de plata las iban poblando. Luego, todas eran una sola tortuga grande con un ano en el que yo metía el dedo que quedaba atrapado en el orificio elástico. Con el dedo acariciaba una textura arenosa, las entrañas de la tortuga. Los sueños, o las visiones, se precipitaban en olas mientras yo sentía a penas el roce de ellos, que entonces estaban acostados, uno a cada lado de mi cuerpo, o al menos eso percibía yo entre visiones. Tenía mi frente hacia el M, sentía su aliento como un soplo liviano que llegaba a mi boca y atravesaba el paisaje de las tortugas, tocándolo todo con suavidad. Me desperté cuando alguna imagen creció exageradamente y, al abrir los ojos, tenía la bragueta abierta y una de mis manos metida dentro del calzón apretando la vagina. El M acariciaba el cuerpo del argentino, mientras el argentino me tocaba desde atrás los pezones, era un jalar que no llegaba a ser brusco, pero en ese trance en el que estaba yo, se sentían mis tetillas como dos tillos pequeñísimos que en cualquier momento se destaparían dejando correr litros de fanta. Me excité más, pero les dije sin penetración. Él se rio y comenzó a besar mi boca mientras el otro se frotaba y yo me apretaba la vagina. Se empeñó en sentir mis crestas ilíacas, le gustaba la palabra, le gustaban los huesos, y se agachó para lamerlas mientras el otro no se cansaba de jugar con mis pezones y lamerme despacio los bordes de las orejas. En medio de imágenes onduladas iba esto sucediendo en un rodeo, en un acecho que me hacía sentir una continuidad de atrás para adelante. Un hombre adelante. Un hombre atrás. Un hombre cubriéndome las espaldas. Un hombre tapándome la boca. Un hombre apretando desde el culo palabritas sucias hacia el pasado, sentada yo en las piernas de algún adulto que, al hablarme cerca del cuello, estremecía la espalda hasta el punto del éxtasis, el punto en el que se conectaban cuello espalda vagina, el mapa de lo erógeno, despierto, mientras veíamos en la televisión una novela de nombre *La fiera*. Mi pequeña vagina sobre una rodilla, sobre un hueso, mojándose. Un hombre adelante besándome las caderas, cerca de la vagina anunciando un placer por venir, lamiéndome el útero con una lengua extranjera. Dos hombres. Eso es. Dos hombres, yo necesito dos hombres. Todos los huecos han de estar cubiertos. Atinando a decir, en medio del aturdimiento, de un éxtasis que era los cuerpos a cada lado, las palabras escapándose por mi boca, la frase *tell the children the truth*. Risas. Risas de los dos. Risas de los tres. Él sube, me besa las tetas, mientras sus dedos acarician el pelo largo del otro que ahora me besa la espalda. Un pedazo de felpa. Caigo dormida. Cuando despierto, el M está a mi lado desnudo, con un charquito brillante de semen sobre su vientre, el otro se ha ido, yo reposo con mi pantalón

en su sitio, pero sintiendo la falta. La falta de todo. Como si me hubieran destapado los huecos por primera vez. Toco con mi dedo el charquito, dibujo alguna figura con el semen. Me levanto y le digo les llevo al aeropuerto y él me dice algo sobre nosotros, algo sobre todas las posibilidades de nuestra correspondencia, el único afecto íntegro, me dice, es el de la amistad. Salimos de mi casa y en la carretera escuchamos la radio a todo volumen, yo, sintiendo otra vez la amenaza de la pérdida. Los dejo en la puerta de embarque, el M me da un beso suave en la boca y el argentino me regala un libro de poesía mendocina y yo me subo al carro y acelero sabiendo que necesito correr, que necesito ir a la cueva.

15

Desde el teléfono mandé un mensaje puedo ir hoy noche y la respuesta fue una carita feliz. Y claro que un clavo saca a otro clavo, la cueva era el clavo y era la puerta y era la ventana y era un zumbido de insectos que contenían el exceso que mi cuerpo no resistía, un fermento que se me regaba. La cueva me ofrecía una fuerza y un porvenir y, a la vez, se abría al pasado para enseñarme que ahí no había lugar para mí (al mismo tiempo una invitación y una prohibición, como cada gesto del hombre que la habitaba). Corro a la cueva y el hombre que me recibe no me toca, no toca las cicatrices ni las lame ni las manosea. Me toca con una delicadeza a la que me abalanzo y me da un traguito de ron, dice mi niña duerme, y entonces yo pienso que los gemidos serán suaves y la morbosidad jugosa y me refriego la cara en su pecho y como gato me arremolino en su sillón sintiendo un amor que, de pronto, hace en el centro del pecho un gran fuego, y se siente la vagina como una esponja llena de diminutos huecos de la que se exprime lento una leche leve que va mojando mi pantaloncito, mientras él, ya un poco ebrio, toca la guitarra. Vuelvo a tener la sensación de una pequeña comprensión, entiendo sus uñas blancas rasgando las cuerdas de su guitarra roja y le pregunto cuándo empezó a tocar (toca la guitarra como la lluvia que cae en el mar, esa imagen es él; él toca la guitarra como animales extraños naciendo, organismos que él desvalija con una pasión imperturbable; él toca la guitarra con el vértigo de mirar hacia abajo y vencer la separación, que de los dedos, los suyos, broten apariciones y atardeceres y ausencias que se juntan, *el mapa del planeta con su flora y su fauna coloreados por la melancolía*). Y él, que es de pocas palabras, pero que cuando habla lo dice todo, sin freno, me cuenta: Yugoslavia, finales de los ochenta, su padre diplomático cumple una misión. Él asiste a un colegio de chicas altas y blancas. No tiene amigos y pasa las tardes jugueteando con la guitarra de su hermano mayor. Su vecino le pregunta quién toca la guitarra en su casa, lo ha escuchado y dice que suena bien. Él, con cierto pudor, un pudor con el que nació y que no se le irá nunca, un pudor que se contiene en ojos y manos y puede confundirse con timidez o con indiferencia o con arrogancia, un pudor que cuando está desnudo se agazapa con angustia entre sus dedos,

pero que no es timidez ni indiferencia ni arrogancia; él, con cierto pudor, reconoce que es quien ha estado entonando ciertas melodías. El vecino lo invita a tocar a su banda de metal que se ha quedado sin guitarrista y él accede, va a un par de ensayos y se emborracha por primera vez, y por primera vez, hablando en un idioma ajeno que no domina, y por primera vez, desde que está en ese país inmenso o, quizá, por primera vez en la vida pierde el miedo, no así el pudor, pero sí el miedo, pierde el miedo a todo, la emoción que sube y baja por su tórax es nueva y la siente cursi como un renacer. Todos hablándole a él y él mareado y convulso, escuchando esa música contaminada, que lo fusiona todo sin pedir permiso, empieza a bailar y los otros bailan con él, y luego se meten todos al baño y fuman marihuana y él siente que su pecho apenas infla lo gelatinoso que contiene, un pecho con dos pasas diminutas que no llegan a ser tetillas, y se ríe de sí mismo, de su pecho y de los otros, y los otros se ríen con él a carcajadas mientras siguen bebiendo en un baño yugoslavo, año 1989, baldosas celestes despostillándose, espejo con vidrio troceado en el que se reflejan pelos largos y penes que sueltan de rato en rato orines. Luego irán a una fiesta en la que besará a una croata de nombre Mila y de tetas inmensas con la que después de pocos meses perderá la virginidad. No le tocará las tetas, él no toca (esto tiene que ver con el pudor que contienen sus manos), pero las lamerá con devoción y ternura. Al amanecer caminará con su vecino hasta su casa en silencio, sintiéndose más cerca de él de lo que se sintió nunca de nadie, un silencio que con la salida del sol se tomará la calle, las casas, el paisaje entero y, claro, se tomará el rocío que late todavía en la hierba del jardín que comparten las dos casas, y que late ahora en sus dedos que lo rozan con fascinación. Así la guitarra, se dice. Y mientras acaricia el rocío, su amigo lo observa con los ojos aguados y luego se despide y lo deja ahí sentado sobre el césped y los dos se carcajearán mientras se van despidiendo con la mano. Cada uno entrará a su casa y él sentirá que algo cambió y lo sentirá en su bolsillo al encontrar una vitela que uno de los de la banda le dio en el clímax de la noche, seguramente en el baño, una vitela negra que él llevará siempre a modo de amuleto y que se perderá en un hotel de Tailandia, donde veinte años más tarde trabajará como músico de salón. Después de unos días, la banda será invitada a tocar en un concierto, un concierto grande, con bandas importantes, y él sentirá pánico y les dirá que él no sabe tocar bien, que está empezando y ellos le pedirán por favor. El que le regaló la vitela, incluso, le dará una mirada amenazante que bien podía haber significado qué chuchas, si hasta te di mi vitela, maricón; o que también podía significar no seas malito, huevón, que si no nos cagamos; o que además también podía querer decir no te veo más, y fue esto último lo que le hizo temblar,

no porque el yugoslavo fuera robusto o le diera miedo, sino porque que podía perder lo único que ahora sentía como suyo y que no era precisamente la vitela, sino algo más bien relacionado con el calor en el gelatinoso tórax, algo relacionado con la amistad, con lo que les pasa a los cuerpos cuando descubren la potencia de la complicidad. Entonces, dirá, sí, voy a tocar. Y esa noche de 1989, en una Yugoslavia a punto de despostillarse como la baldosa del baño, en Belgrado, en medio de un humor que ya olía a desenfreno, a ferocidad, a ensañamiento, a guerra, a miles de cadáveres, en una plaza que en su recuerdo se confundía con una cancha de básquet y en la que luego desfilarían niños huérfanos y caerían cuerpos muertos, él se subirá al escenario y se presentará frente a jóvenes que parecían y no parecían socialistas, jóvenes excitados y furiosos que, mientras él rasgaba su guitarra ya con ese gesto primitivo (el mismo con el que eyaculaba, todo el pudor suelto en el único gesto impúdico que se permitía), se amotinaban, arrebatados, contra las mallas que protegían el escenario. Él sentirá vibrar las posibilidades del infierno, identificando que hay algo en la maldad que lo emociona, las posibilidades de todo lo que está por venir y se avecina como una torre, la posibilidad de que se caiga la torre, la posibilidad de que estallen los tanques de guerra y la catástrofe sean trescientos mil muertos, la posibilidad de que la sangre corra por las alcantarillas y la gente se ame y se mate, se abrace y se patee, eso era el metal o era esa ciudad o, específicamente, esa cancha, o el mundo en ese momento. Todas esas probabilidades, una muchedumbre que se prepara para la muerte, premonición horrible que elevaba su flujo magnético por sobre las cabezas rapadas o los pelos largos o los chillidos en ese idioma extranjero, él lo presiente y el gozo es triste, pero potente. Él y su banda. Sus dedos tocando la guitarra, mismas manos que tocaron el rocío, que resistieron las ganas de aplastar las tetas de Mila, que agarraron su verga para mear en unos cuenquitos que eran cáscaras de chirimoya, que peinan con todo el amor el pelo liso de su hija y que ahora pelan con cuidado pedazos arenosos de yuca blanca para nuestra cena. El calor en el pecho que era combustión o, más bien, disipación en su doble acepción, como disolución y como desenfreno, se toma el cuerpo; la disipación que encontró él y que eran sus dedos excediéndose, que eran sus dedos seduciendo y sometiendo también (mientras me contaba todo esto, preparando el pulpo y la yuca, me dijo esa noche me subí a tocar para estar con mis panas, eso fue, toque para que ellos me quieran o para estar con ellos, por eso lo sigo haciendo, y eso que dice me hace sonreír y pienso en la certera frase del M sobre la amistad). Dedos que en cualquier momento podían ser polvo y que yo había visto tocar las cuerdas de una guitarra roja, manando desenfreno y furia -nadie tocaba así la guitarra, puta madre,

nadie- en un concierto, en una plaza, en otro tiempo, hace años, y entonces, sin saber nada de él, ni haber visto ni el musgo ni la cueva (pero habiéndolo presentido todo ya en esos dedos), había comenzado, obsesa como soy, a amar.

Cuando termina de contar, mientras lanza las yucas a la olla, vuelvo sobre sus manos y las chupo. Me las llevo a la boca, las muerdo, las babeo, me las meto entre las piernas, quiero esas manos y hacemos el amor. Comemos pulpo y tomamos ron y volvemos varias veces a hacer el amor. Él eyacula y se queda ahí, guardado, y le digo no salgas, y entonces siento la turgencia de su pene dentro de mi vagina, nunca he sentido adentro el pedazo de carne llenarse de sangre y, al endurecerse, ir de a poco ocupando el hueco, y que todo empiece otra vez, una inmensa espesura de placer, pero la niña puede despertarse, puede venir a ver cómo hacemos el amor, entonces él me tapará la boca, pero no podrá del todo callarme. Oiremos decir papá, qué pasa, sacará su verga inmediatamente, saldrá corriendo y el hueco será ahora el orificio inmenso por el que se escapa el vapor. Agarrar al gato, estrujarlo contra el cuerpo, meterme suave el dedo, imaginar el semen como nieve roja, tener un orgasmo y esperar que él le cante una canción y luego venga y me diga no te puedes quedar a dormir, y yo recoja mis cosas y me suba en el auto y vaya alucinando en la carretera de regreso a mi casa y, en esa alucinación, diga, en voz alta, lo único que en realidad podría salvarme sería tener un hijo, y me ría. El calendario y el reloj de mi vida lo tienes tú, señor, dice el radiodifusor, mientras entro medio borracha, todavía caliente, al garaje de mi casa y siento un pequeñísimo derrumbe. Todo en esta casa es él. Y empiezo en orden a guardar las cosas que el muy cabrón todavía no se lleva.

16

Es tarde y he recogido la mayoría de sus cosas. La nostalgia es desmedida. Es el pozo, el charco, el lodazal en el que me mojo, me arrullo, me arrastro. Agarro sus discos, las fotos, los libros y los guardo, ahogándome en mocos y sudor. Mis pelos enredados me cubren, cobijándome en algo del terror que siento llegar. Cómo ocurrirán sus días ahora tan lejanos, yo que cada mañana le acariciaba la cara admirándome por una belleza transparente, siempre a punto de estropearse, una belleza que sentía que solo yo era capaz de proteger ¿qué hare con mis ojos? Por cada parte de su cuerpo llora una parte del mío. Tantos años. No sé cómo seguir con todo esto. Por suerte llega la María con una botella. Aún estoy chuchaqui, pero tengo que hacer esto hoy. Le pido que me ayude y me pregunta ¿por qué te separaste?, y la pregunta me causa risa nerviosa. Pienso en una respuesta fácil: la puta espera, le respondo. Me mataba. Esperar era para mí siempre una posibilidad renovada del fin. Los esfínteres, todos los esfínteres del cuerpo, que ahora sé son más de cincuenta, se cerraban, esferas apretaban sus musculitos y yo me comenzaba a comer los dedos (las cutículas son especialmente sabrosas, pero sobre todo es la precisión de arrancarlas lo que me fascina; sacando las cutículas la uña queda desprotegida, toca al dedo. Si se saca la cutícula con cuidado, un cuidado que puede durar horas, no sangra. Las del dedo pulgar son un tanto más propensas a sangrar. Cuando sangran son gotas anchas. Una noche de espera podía ser diez cutículas sin sangre. Además de las cutículas hay otras partes de los dedos que requieren trabajo para arrancar. Esas son, por el tiempo que toman, las que más me interesan, están en las orillas de las uñas). Una vez comidos los dedos podía ya colocarme tras el vidrio y pegar mi nariz contra todo su frío y quedarme ahí otro tiempo largo, actualizando alguna escena de dolor. El frío entrándome por los huecos e instalándose en los pies. Me costaba retirar la nariz del vidrio y, a veces, me decía el próximo carro que pasa por esta calle, me voy. Pero no me iba. Algunas noches de espera buscaba una pastilla y me la tomaba sintiendo que los esfínteres en algo se soltaban. No voy a hacer una descripción exhaustiva de todo lo que pasaba por mi cabeza, pero algo sí he de decir: la suspensión permitía imaginar las

más absurdas historias de pérdida y el *shock* se acompañaba con la acción de arrancar la cutícula o el padrastro o todo el contorno de la uña. En algún punto comenzaba a elaborar discursos que me posicionaban en completo control de toda la situación. Me decía esto no tiene sentido, me decía yo puedo sola, me decía esto ha vuelto a pasar, me decía no puede volver a pasar. Además de lastimarme los dedos, me lastimaba también las encías, eso lo hacía suave, con la uña raspando el tejido que sobresale en la parte superior de los dientes, misma uña con la que luego empezaba a rasgar la región más esponjosa de la vagina. Me imaginaba que si no estaba muerto estaba culeándose a un nuevo amor y me excitaba un poco. Pero el abandono era inminente. Hacia el final de la madrugada, con dedos sin cutículas y encías inflamadas, iba a comprar tabacos y me sentaba a ver el amanecer ya con las ideas algo más livianas, pensando que otra pastilla, seguro, me haría dormir. Dudaba, pero tomaba la pastilla e iba derritiéndome sin soltar del todo los esfínteres y podían ser así algunas noches. Podían ser meses. Una noche fue la última que esperé. Por qué fue la última que esperé no viene al caso, tiene en algo relación con una pistola y con una serie de otras cosas; esas cosas, a su vez, tienen todo que ver con que la amenaza de su abandono ya no era mortal para mí. Tampoco tengo muy claro cómo sucedió esto, cualquier amenaza de abandono siempre ha resultado mortal para mí. Creo que en realidad tenía que ver con alguna idea mía de una felicidad por venir que se impuso, la idea recurrente de un nuevo amor posible. ¿Tendría también que ver con que toda la cuestión de la espera se me fue de las manos? Lo que me comenzó a pasar es que, a veces, con la nariz pegada al vidrio, con los esfínteres tiesos y la respiración tensa, me daba yo la vuelta al sentirlo a él, sentado o parado o acostado ahí. Comenzó a pasar que lo esperaba estando él ahí, su figura en silencio mirándome o durmiendo y yo esperándolo como una desquiciada. La constatación de que en el centro de ese amor había una perturbación. La María me mira y me pregunta ¿estabas volviéndote loca? Algo así, le respondo. Pero nada es tan fácil, ninguna explicación es suficiente y en realidad no comprendo por qué se acabó. Estuve, supongo, deseando hace mucho el fin como una verificación de alguna sospecha original, de algún destino inevitable, que imagino trazado para mí. Lo cierto, le digo, agarrando algo de fuerza, es que en esa última espera decidí hacer una lista de lo que tuvimos a manera de finiquito. Entonces saco el papelito doblado y leo:

Tuvimos una casa (que en realidad no era nuestra). Tuvimos criaturas (fetos y animales, ahora todos muertos). Tuvimos dos gatos (animales, ahora todos muertos). Tuvimos dos camas. Tuvimos desayunos (3000 por lo menos). Tuvimos caminatas. Tuvimos

secretos. Tuvimos muertos a los que lloramos juntos. Tuvimos un pasaje de avión (fuimos y regresamos). Tuvimos obsesiones (demonios para alimentar). Tuvimos altares o, por lo menos, objetos sagrados. Tuvimos un accidente. Tuvimos robos. Tuvimos una rutina o muchas o todas. Tuvimos ruido blanco. Tuvimos una operación. Tuvimos una fiesta de matrimonio en la que bailamos *en el bosque de la china* y una coreografía noventera (*you can have it all*). Tuvimos una cuenta bancaria conjunta. Tuvimos regalos (una perra, ahora muerta). Tuvimos un episodio de violencia física o dos. Tuvimos una colección. Tuvimos un premio cada uno (el mío fue de patinaje). Tuvimos una bicicleta (que fue robada). Tuvimos enfermedades y nos cuidamos las enfermedades. Tuvimos una cena con mi madrastra y mi papá (la única que he tenido con ambos en sus treinta años de casados). Tuvimos él una amante y yo dos (él la tuvo primero, yo hombre y mujer). Tuvimos líneas de cocaína, pepas de éxtasis y una ceremonia de ayahuasca (hicimos un hijo e hicimos un trío y nos dijimos una madrugada todo tipo de palabras de amor). Tuvimos una deuda (mi mamá la pagó). Tuvimos amigos. Tuvimos un balcón (esto me hace pensar en un dibujo que hice, él y yo en la cocina, él y yo en el comedor, él y yo en el balcón, ahogándonos en una pelea, ya no me acuerdo de qué iba, pero pobre él, animal salvaje, atrapado en mi locura, la nieve el único horizonte: tuvimos un paisaje solo nuestro). Tuvimos un consejero matrimonial. Tuvimos un grupo de lectura y una noche hicimos un performance, yo con las tetas pintadas de rojo. Asistimos, además, a un concierto de Leonard Cohen. Tuvimos orgasmos sincronizados (casi todos). Tuvimos semanas de no hablarnos. Tuvimos una práctica marcial conjunta. Tuvimos trece cajas de libros perdidas en algún misterioso hueco del océano. Tuvimos un árbol frente a nuestra ventana (ahora tatuado en su pecho).

Cerré la lista y dije esto fue.

Entonces ella me pregunta qué es lo que más extraño. Y le respondo, otra vez, lo primero que se me viene a la cabeza: lo que ha sido uno al lado del otro. O como él logró juntar todo eso disperso que soy -todos los pedazos se lograron reunir alrededor de él-. Y sigo, ya algo borracha y embalada: la extrañísima hermandad en la que sentía el incesto como una fuerza remota y exuberante, capaz de todo, como el encuentro de un afecto perdido, el primordial, como una permeabilidad o una imantación interna que solo era posible con su mirada (pobre educación sentimental la mía, llena de telenovelas). En el centro de ese amor, además de una perturbación, había un error. Y lo que vuelve insoportable su ausencia es la huella de ese fallo, le digo. El vestigio de eso que se juntó y queda otra vez perdido. Cuando uno abre un cajón y se encuentra con su lápiz. O cuando agarra una

mochila y, en uno de los bolsillos, se encuentra con un papel y pum, su letra. O agarra un libro y hay una señal. Una señal que marca una línea importante. Y uno lee la línea que dice *cuando los verdaderamente bellos estén juntos* y se pregunta por qué la subrayó y puso dos manitos a su lado, señal de que era doblemente significativa. Entonces uno vuelve a ser trozos de un mundo roto. Ese mundo ahora quebrado pervive en mí como restos que van lento, moviéndose torpemente. Intentan las partes volver al sitio que ocupaban antes de nosotros, pero ahora vuelan perdidas, han extraviado la puerta de cualquier casa, de cualquier lugar, de todos los lugares en los que estuvimos y en los que ahora sueño. Los sueños con él son lo peor, le digo a la María regresando a la tarea de guardar sus cosas. Los sueños son espejos, son animales, otra vez son huecos, y somos los dos diciéndonos siempre es un alivio estar juntos, la pérdida ha sido insoportable. Levantarse después de esos sueños es imposible, yo me quedo habitándolos y me encuentro diciendo ahora entiendo que la gente se aguante con el muerto o con el malestar o con la fetidez o con el error porque todo eso es mejor que soñar que volvemos a estar juntos y despertarse y de golpe sentir el dolor de la realidad. Son espacios, digo, y empiezo otra lista. La María me mira fascinada.

Son asesores,
son departamentos,
son bosques y tierra,
son cuatro aviones,
son noches
y también es agua,
es otro país
son cuartos de hoteles,
son carros,
son camas,
son canchas y
son locales de comidas y
son librerías

es un árbol solitario frente a nuestra ventana al que se le caen las hojas mientras nosotros, desnudos, nos recitamos las tristezas de nuestra orfandad

es un horizonte abierto que puede ser un parque o puede ser un jardín o pueden ser las cercanías de un lago, o un cementerio, los dos caminamos y vemos un venado, nos paralizamos ante la hermosura y ante la crueldad de ese animal que come a otro animal y observamos su aturdimiento y nos agarramos las manos heladas, yo le digo aquí he enterrado a mi hermano y él llora conmigo, aunque sabemos que

estamos atravesando una tierra ajena, lejos de todo lo que conocemos y que cogernos las manos es la única posibilidad de sobrevivir (agarrarse de las manos ha sido la mejor invención del ser humano, puta madre).

Hemos estado juntos en lugares. Los lugares existen, yo siento que los poros de la piel se me hacen pepitas de espuma flex y digo nosotros ya no existimos, cómo chuchas pasó eso, María, y la tripofobia me hace volver a sentir morbo por esa imagen. Y me pongo a empacar a toda velocidad. Se van sus cosas en cajas y la María también, ya medio borracha, empaca eso que yo lanzo con odio al suelo queriendo que se lo trague el vacío sobre el que existe esta rabia.

17

Camino por la ciudad, ya no quiero manejar, todo me da náuseas. Mi cuerpo atraviesa una calle con carros que me esquivan. Camino queriendo ser la yegua que está en ese potrero al lado de mi casa, me enternece la tranquilidad con la que camina en cuatro patas, con la que su mirada observa todo. Yo pierdo el equilibrio a cada rato. No aguanto ya sentir el hueco como una órbita, como un movimiento alrededor de nada que me hace querer vomitar todo el tiempo. Entonces me tropiezo y caigo y alguien que me ve me pregunta ¿le ayudo? Pero yo ya me he levantado con la rodilla remellada y he parado un taxi y le he dado la dirección de mi casa y, al pasar por el redondel de la 12 de Octubre, lo veo cruzar la calle y quiero arrojarme y quiero llorar y parar el taxi y decirle *no han pasado los días, somos esos dos peatones encontrándose con algarabía, esas sombras que caminaban aturdidas por la fría noche buscándose con locura, arremetiendo contra lo obscuro*. Siento que me vuelvo loca, ya no sé si es él o le veo en todas partes. Somos todavía esos, quiero decirle. Es él, ahora estoy segura. Lo veo caminar por el redondel y no me bajo, pero siento que puedo asaltar su cuerpo o lo que queda mío de ese cuerpo, algo azul. Luego, llego a mi casa y pienso que alguna cosa ha de quedar de él y la busco primero en los cajones, pero tengo retortijones, así que corro y vomito y luego de vomitar me acuesto en la baldosa blanca y observo las sombras otra vez, observo su mano cerrando la puerta y agarrándome las tetas. Observo su mano agarrando el libro y el cuchillo. Su mano pelando el ajo. Su mano prendiendo el fósforo. Cambiando la válvula de gas. Apretando una tecla y que ahí corra el tiempo, en las teclas de su computadora que corra el tiempo. Sus manos tecleando. Sus manos escribiendo y yo deseando siempre hacerlas mías. Puta posesión no sirve de nada, me digo, por suerte ya no amo así. Me doy risa. Ya no amo, nunca amé, punto. Porque todo era querer tener sus manos. Ahora, libre de ese deseo, libre del drama y de la cursilería maldita, no me queda sino el resguardo de este baño. Me pasa el gato por encima, sigo acostada sobre las baldosas pensando en su soledad, en ese redondel, en ese tabaco, en esa botella de puro que tiene en el bolsillo de su chompa verde, muerdo con todas mis fuerzas los labios hasta que brote la

sangre, ay, el placer de la sangre saliendo por la tajadura del labio. Mi labio sangrando, él, en el redondel esperando a alguien mientras se monta en la épica, imagina escenarios en los que su caballo zanja y cura, va cosiendo heridas. Héroe pequeño va ajusticiando a los padrastros, a los usurpadores, a los que nos abandonaron, lo hace con un cariño que su corazón conoce, le es tan natural. Y vuelve sobre la botella y tararea una canción y otra vez sobre la épica, sobre el poema, sobre cualquier pensamiento que logre hilar para que la locura vertiginosa le haga volver sobre el alcohol y sobre el poema otra vez, y va armando historias que nunca verán las teclas. Me revuelco en las baldosas del baño, punto rojo soy sobre este universo blanco. Mi soledad es retorcerme con un dolor que nunca entendí. Pienso en el pájaro rojo batiendo sus alas, abriéndose camino en la luminosidad del blanco, del hielo, de la nieve, posándose sobre nuestro árbol, desnudos nosotros viéndolo. Los dos en la cama, los dos en la cocina, los dos en el balcón. Éramos unos puntos, estábamos encerrados, nos visitaban los pájaros rojos. Extrañar es un sentimiento de impotencia que me acorrala y me desgarra, ya no hay nada, solo un destiempo que se me ahoga entre los muslos, quisiera ver su cabeza salir por mi vagina. Hay silencio. Quizá podamos volver a estar juntos, yo le besaría las manos y no volvería a quejarme más, nunca más, soy una mujer que se queja de todo, pero de él, no volvería a quejarme. Vuelvo a reírme. No es cierto. Todo volvería a ser igual. Me levanto de las baldosas, han tocado el timbre, me sueno los mocos, los ojos hinchados, que alguien me salve, estoy cayéndome. Es el señor del gas, estoy a punto de decirle que quiero mamarle, que quiero besarle, que se quede a pasar la noche conmigo, por favor. Salgo con una camiseta sin sostén, las tetas flojas. Me mira y quiero decirle que ponga el gas y se meta a mi cama. El hombre me pregunta si estoy sola, pero en eso suena alguna alarma y la vecina dice necesito un cilindro, y yo me agarro una teta, me la rasco y le pago tres dólares por verlo cargar el tanque, sus dedos son bizcotelas de hierro, sus dedos son dedos duros, cómo será su verga. La camisa de tela liviana sudada, el cilindro sobre su hombro. Quiero un hombre fuerte, estoy mamada de los endebles. Y se va. Soy yo quien cierra la puerta. Soy yo la cosa rota que se desarma de tanta debilidad.

18

Repetirme, en lo que podría ser una escritura infinita, la frase *yo esto me lo merezco*. Soy una telenovela. Haber visto novelas fue, además de mi educación sentimental, el origen del miedo por los aviones y el gusto por la respiración en el cuello. Sentada en las faldas de mi primo mayor que también veía la telenovela, yo chupaba una cuchara pequeña rebosante de choquilla hasta la primera propaganda, momento en que la cuchara quedaba vacía. El resto de la novela duraba una hora con propagandas, en realidad eran treinta minutos de puro drama. Yo lamía la cuchara hueca, la oquedad de la cuchara era tan rica como la choquilla y en las faldas del primo mayor el placer se acrecentaba porque sentía su respiración en mi cuello. Sentada sobre sus piernas, o las de mi tío, o las de mi abuela, cualquiera respirando en mi cuello, yo ya no lamiendo la cuchara sino mordiéndola, la mujer en la pantalla a punto de entrar por la puerta, de descubrir lo que pasaba adentro, la interrupción del noticiero: se ha chocado un avión, el presidente ha muerto. Entonces, las imágenes de la máquina, los restos rotos, yo, sin entender quién era el presidente, pero mirando a toda la gente llorar, todo interrumpido. Mi tutú de bailarina con huecos, por primera vez el escalofrío frente a los huecos de la tela. Cómo querer a alguien sin el cachetazo, no hay amor sin cachetazo, él le traiciona, ella le da el cachetazo, por favor, no me cambien de historia. (Esa noche, la noche en la que terminé de empacar sus cosas, como tantas noches, soñé con él, con su doble tatuaje y su pecho enervado esperándome, yo diciéndole, por favor, pégame, mientras me desnudaba y él, llorando, y yo, diciéndole cuánto te espere, todo esto fue una gran equivocación; entonces me resbalaba sobre la tierra mojada de la cueva, él asentaba su pie embarrado sobre mi corazón, su pie pequeño embarrado de lodo aplastando el órgano inflamado que se me dibujaba en el pecho, luego la clavícula y, finalmente, el cuello; me miraba y con una cachetada amorosa, me pegaba en la cara y luego en la nalga y me penetraba y yo sentía mi piel cada vez más caliente, una calentura que me hacía sudar y mojarme íntegra, mientras observaba en el cielo un avión dibujar la frase *quieres que te lea un cuento*. Su semen regándose sobre mis senos, mi pelvis, entrando a la vagina. Era un río que no paraba su semen, líquido

blanco inflándome el cuerpo con todas esas palabras que son exceso y que incluían: quizá un hijo pueda salvarnos. Por fin, otra vez, estábamos juntos, mis nalgas rojas y lastimadas y uno de mis pezones con una gotita de sangre que al ver yo, fuera de mí, desdoblándome, quise acércame a mamar, pero en ese esfuerzo me desperté: él no estaba. Era cierto, él ya no estaba, maldita sea, mi pezón estaba rojo, inflamado, pero no sangrando y él se había ido, hace un año ya que no dormía, la puta madre, qué dolor, y qué alivio, a mi lado.) El avión desarmado. Yo con cinco años preguntándome cómo puede una máquina volar -por qué, para qué- no tiene sentido. Vuela lo vivo. La máquina tiene que caerse. La máquina en el aire tiene, en algún momento, que fracasar, el vacío siempre gana.

19

Le llamé, le dije hay que verse, son meses, hay decisiones que cumplir, he tenido un sueño, tus cosas están empacadas. Tomamos café mirándonos con un odio que parecía irreversible. Él me dijo nos divorciamos. Yo le dije bueno. Él me dijo hay algo que quiero contarte, vamos por una de caña. Salimos de la cafetería y entramos en la tienda, compró el trago, empezamos a beber, fuimos a caminar, hablamos de los amigos, nos hicimos un par de reclamos y luego me contó que había conocido a alguien. Yo pregunté cómo se llamaba y sobrevino la quietud que advierte el peor peligro. Todo lo que son los nombres. Luego nos acordamos de episodios importantes y fuimos ordenando las memorias, eligiéndolas con la certeza de lo que se acaba, de lo que tiene este último momento para narrarse: cómo nos conocimos, el escándalo, la huida, el viaje, los paisajes, evitando con esfuerzo los episodios más dolorosos. El recuerdo hizo que la caña se empezara a beber con tristeza. Él me dijo, para finalizar, algo así como yo sí intenté, y eso me dio tanta ternura que lo abracé y él me agarró el culo, me estrujó la nalga y la sentí caliente aún por los golpes recibidos en el sueño. Me soltó y dijo ya nada. Lloramos un poco y caminamos hacia la cafetería que ya estaba cerrada, ahí quedaban en la vereda nuestros carros juntos, alumbrados por un poste de luz, imagen que desató mi llanto otra vez. Él quiso subirse al mío y le dije que mejor no y también le dije ¿y si esperamos para divorciarnos? En realidad, lo que quería decir era no nos divorciemos. Pero ya todo era tarde y la constancia de ese destiempo fue un dolor que me penetró con tirantez. Me hirió, pero lo oculté *como el zorro robado que el muchacho oculta bajo las ropas y no puede confesarlo, aunque le destroce atrozmente la carne*. Y mientras el ocultamiento se agarraba del dolor, o el dolor estaba estrangulado entre los dientes, le dije tienes que sacar tus cosas, están ya empaquetadas en la bodega. Él me dijo ok, mañana el piojo me ayuda con su camioncito, se dio media vuelta, se subió a su escarabajo blanco y arrancó.

Extrañamente, cuando me subí al carro, llorando charcos y burbujas de moco amarrillo, no lo pude prender. Se me habían quedado las luces encendidas y se le agotó la batería. Sentí un cansancio enorme, un cansancio acumulado, de años, y sentí, además,

que ese cansancio tenía que ver con la duración: todo el tiempo transcurrido con este hombre que ahora se iba en un instante, esa paradoja me llenó de pánico así que dejé de pensar. Llamé al seguro y vino la wincha. No solo se había agotado la batería, sino que algo más le había pasado al carro, ni ellos ni yo lo entendíamos. El conductor me pasó su pañuelo y me dijo no es grave. Se llevó el carro y yo agarré un taxi que me dejó en la casa.

20

A la mañana siguiente llegó a sacar las cosas. Le abrió el conserje del conjunto. Él entró y al no ver mi carro asumió que yo no estaba, entonces con su amigo el piojo fue a la bodega en donde yo había dejado todas sus cosas ya empaquetadas, pero no conforme con la repartición que yo había hecho, se metió por la ventana de la casa a coger los libros que consideraba suyos. Yo estaba en mi cuarto, lo había escuchado en la bodega y estaba en ese momento escribiendo algo, así que me agarré de las teclas para no salir corriendo, pero cuando le oí con el piojo dentro de la casa, sí salí, y al ver sus manos repletas de libros, las portadas de mis libros, le dije cabrón hijueputa ladrón. Él soltó los libros del susto y me dijo son míos. Y le dije son míos. Y el piojo, lívido, dijo todo bien, muchachos. Yo le dije te largas. Y él me dijo con mis libros. Y pum pum pum. Yo me le lancé encima. Le mordí el brazo, nos agarramos en una lucha que ni el piojo, que de piojo no tenía nada, pudo detener, porque como lobos o como perras o como ratas o como dos miserables que aman estar juntos, nos jalábamos y nos arrancábamos y él tenía mis pelos en sus puños y yo tenía botones de su chompa en mis manos. Y nos sacamos sangre, y cuando vimos la sangre, paramos. En realidad, era mi labio roto que en medio de la bronca había comenzado a sangrar. Yo sentía que para que todo tuviera significado, alguno posible, como en la telenovela, esa misma pasión nos iba a llevar a la cama, pero no. Eso no sucedió. Agotados, nos separamos y él se fue llorando. Quedaron las cajas afuera de la bodega, que se mojaron en alguna lluvia y algún comedido las metió de vuelta, pero los libros en disputa se los llevó él. Portadas de libros que amo y no volveré a ver.

Ese día, después de que se fue, escribí algo que ahora transcribo y que se cae de cursi, pero también de genuino.

Agosto, 12

Se ha llevado las cosas. Vuelvo a sentir que el fin es una nevada. Tengo los pies fríos y tirito.

Él saltó. Yo tenía miedo de volar (y el miedo actuó). ¿Será que a eso se reduce todo este dolor? Puerco dolor (es una compulsión, un imperativo

moral pensar en voz alta, si lo escribo, todo estará bien: es el terror de no ser amada).

Salta, algo en él vuela, algo que no es su cuerpo, pero que puede ser una suerte de animal que crece atrapado entre sus huesos (no es un pájaro no es una rata no es un lobo no es un escorpión no es un colibrí no es un zorro no es tampoco la piel ni es la sangre no es lo salvaje tampoco lo tierno o venenoso es todo lo que no podemos decir de los animales todo lo que es el silencio animal latiendo debajo del cuerpo a punto de hacerlo estallar). En sus pupilas se delata el animal preso que no deja de bailar y sus piernas que saltan sí podrían ser las de la rata aterrorizada que ha encontrado la rendija de escape, o las del lobo que abraza el aire aullando la soledad de su espíritu, pero sus humanas piernas no alcanzan al pedacito de tabla que aguarda por él al otro lado, sus piernas caen, y con ellas cae el cuerpo arqueado sobre la hierba. Cuatro pisos. Las piernas rotas. Él está volando. Tiene cinco años. Lo llevan al hospital. En el taxi mira los ojos verdes de una mujer hermosa, se refleja en ellos y le dice que puede volar, la mujer llora, le calma con sus manos morenas, en el espejo de esos ojos se mira él también llorando, pero no se reconoce. Las dos piernas rotas en varias partes, la cadera fracturada, colapsada la columna. Él, integro. Con un dolor que no tiene importancia porque su cuerpo ha tocado el aire, y él y la realidad son, ya desde entonces, dos entidades que ocurren casi siempre contradictorias (como su cuerpo y el aire, como el avión y el vacío), y porque además todo lo que suceda sucederá siempre a favor de él (y eso él ya lo sabe). Su amiga le dice que salte: yo pongo mi tabla y tú pones el pie en tu tabla, la tabla te eleva y alcanzas mi balcón, y él no lo piensa, él la cree y tiene el deseo de saltar y cae. Le falta el aire, pero respira contento porque el vacío que ha sentido cortarle el cuerpo con un cosquilleo reverberante no se parece a nada, la sensación del puro hueco abriéndose espacio en el cuerpo y luego el encanto de estar vivo. Caer parado y luego respirar. El desplazamiento de su cuerpo en esa vorágine vertical le ha proporcionado otra perspectiva de las cosas y de su orden (todo puede ir a otra velocidad o todo puede disolverse o todo puede verse en dirección contraria) y le ha vuelto no solo un sobreviviente, sino un ser superdotado, un visionario cuya verdad hecha de adrenalina y arrojo trazará todo su porvenir. Mujeres y hombres lo cuidarán y lo llevarán de un lugar a otro, él no puede caminar por un tiempo que a su corta edad se siente extendido hacia todo el tiempo, esos hombres y esas mujeres -incluida la mujer de ojos verdes- lo llevarán en brazos, fabricarán para él dispositivos de movimiento, le divertirán con historias y con regalos y la medicina de colores hará también lo suyo provocándole sudores y escalofríos y calmando una ansiedad que se siente cosquillear en los pies y el pene y todo eso será su realidad, nada coincidente con la otra, la de los huesos rotos, el dolor y la rigidez del yeso. Él seguirá no coincidiendo con esa otra realidad, seguirá corriendo a velocidades inusitadas y subiéndose

a los cuerpos y a las cabezas para caer en brazos, echando a andar esas sensaciones veloces una y otra vez, a él lo que le interesa es el vértigo y el mareo, punto. A él, que, sin embargo, no se escapa de la objetividad tediosa que tendrá que hacer coincidir necesariamente, tarde o temprano, todas las realidades, o por lo menos la realidad de las calles ordenadas con nombres, de las casas con números, toda la geografía humana, paralela a esa escala arbitraria del paisaje, del suyo, que sigue un desorden carnavalesco, y cuando la coincidencia ocurre al pie de una puerta, cuando la muerte aterriza en su casa, no habrá nada que hacer: unos años más tarde, el niño mira en el agua del wáter flotar desolado un pucho de tabaco, es el de su padre que se acaba de morir, él se pregunta si botar o no el agua, si sacar el pucho, si conservarlo para siempre, si llevarlo como amuleto o si mejor jalar la válvula y olvidar. Y que se lleve el agua ese día a la cañería para que se funda con desechos humanos y conservar la imagen del residuo de su padre en el recuerdo, en la intimidad de la memoria como un secreto o como una cábala o como una complicidad última con ese hombre al que no sabe si quiere o no, pero que ya no estará más. Sí, será un recuerdo, sí, será un secreto, no se lo contará a nadie, pum, la válvula, después del pequeño remolino, que en realidad es una ola fantasma, silencio. En la muerte coinciden todas las realidades. Y años más tarde, frente al espejo de una discoteca gay -yo le he pintado los ojos con delineador negro esa noche- repite el nombre de su papá, que es su mismo nombre y recuerda el pucho y se siente cerca de él como nunca antes. Se observa los ojos perfilados por el color, ha tomado un éxtasis e inhalado dos mosquitos de coca y su belleza se refuerza y se adultera por esas líneas negras que se expanden por debajo de los ojos, él recuerda la escena del cigarrillo, recuerda la caída, los ojos verdes, los ojos más bonitos del mundo, se dirá, recuerda caminar solo por calles infinitas de un país de Medio Oriente, recuerda agarrar la ola grande sin miedo, matar cangrejos en una cocina y después triturar sus partecitas para comérselos -puta madre, sus manos troceando el cangrejo-, recuerda a su abuela lamiendo su mejilla, recuerda estar en una piscina jurándole amor a una mujer delgada, el sol canicular sobre su espalda mientras lanza un pedazo de carne al asador y baila, recuerda tocar el pene duro de un adolescente en un sauna público y besar los labios corrugados de otra mujer vieja y vibrar con una excitación singular, recuerda mirar a su madre -la mujer con los ojos más bonitos del mundo- revolcándose con su padrastro, recuerda con asco, y eso que él no es asquiento, la escena, se detiene en ella, el cuello de su madre con una perlita colgando entre las clavículas, siente ganas de reventar la puta pepita, lanzarle un puñete a la mandíbula del careverga del padrastro, recuerda a su abuelo dándose de puñetes con un chofer de bus, su vergüenza y su orgullo, las manos ensangrentadas del abuelo, su propio puño ahora cerrándose listo para lanzar un golpe, recuerda la visión que le dio el primer ácido, la cara de un niño

formándose en el borde de este mismo puño cerrado, recuerda haber cerrado el otro puño y haber visto al otro niño, recuerda el dolor por esos hijos perdidos y ese recuerdo le provoca ajustar el ano porque siente ganas de cagar. Debe ser la coca, piensa, o la puta pena por los abortos, ajusta el ano y vuelven sus ojos a encontrarse en el espejo y los pensamientos ingobernables, sublevados ahora recordando cosas que no pasaron o de las que ya no está seguro. No está seguro, en el fondo, de nada, porque nada importa tanto. Están sus amigos ahí afuera y él puede regresar y bailar, pero no lo hace, se queda preso de sus ojos pintados, no puede moverse, el recuerdo le sirve para armar con esas escenas, reales o no, cadenas de pensamiento infinitas que desembocan en imágenes heroicas, él cortando cabezas, liberando estirpes, curando al universo con el poder de su ecuación, de una matemática que no falla y que tiene en el centro el entusiasmo animal que le palpita en los ojos: acordémonos de que él y la realidad corren por aguas que confluyen para volver a separarse, para ser afluentes distintos (del río de la vida -dirá él-), pero esos afluentes distintos coinciden no solo en la muerte, coinciden también en el amor y el amor es en su cuerpo pequeño confuso remolino caliente que aúna y enloquece a personas y recrea paisajes siempre hospitalarios. Mientras recuerda todo eso escucha una canción que le da ganas de bailar pero se pregunta por qué para qué en dónde y otra vez por qué para qué en dónde, por qué para qué en dónde y se ríe y piensa que sus ojos son hermosos como los de su mamá y mientras lo piensa dice qué chuchas, vuelve a reírse y esta vez la canción que es un cover de Marilyn Manson le hace empezar a bailar solo, ahí, cuántas veces ha bailado solo frente al espejo -Marilyn Manson es Kevin, el personaje de Mr. Belvedere, ja- pero su hermano le ha dicho que no, que ese es un mito urbano, estrictamente quiteño, no puede ser, él está seguro de que son una misma persona y punto. Cuando se dispone a salir llega su pana y le dice se nos acabaron los juguetes, papi, y él dice vamos a comprar chance más, y sin acordarse del resto de panas, ni de mí, sin acordarse de mí, puto cabrón, sale del baño y sale de la discoteca y camina por la zona repleto del placer que le produce caminar, que le produce estar al lado de su pana sintiendo el frío de la madrugada en sus brazos, caminando sobre los orines que se acumulan en los bordes de las veredas, él también quiere mear ahí, se abre el cierre, se agarra la verga, apunta hacia una plantita que crece en alguna grieta del cemento y le dice con todo amor bonita y orina. Contempla el chorro salir suavito y regar la planta mientras el aterrizaje empieza a sentirse como un despliegue de todo lo sólido, como el triunfo de todo lo material, entonces se apura para alcanzar a su amigo, para alcanzar a encontrarse con el chino, para comprar pepas o coca o base o lo que fuere, por último unas cervezas, para agarrar el amanecer, le dice al pana, pero se da cuenta de que no tiene plata, de que no tiene chompa, de que dejó todo en la discoteca y el pánico por un segundo le asfixia, no pasa nada, se dice, ahí vemos y sigue

caminando, apurando el paso, corriendo. Yo, que también estoy sofocada por el galope de la droga, de los hombres besándose a mi lado, por la angustia de que nunca regresó del baño, he salido desesperada a buscarlo, lo veo con la bragueta abierta, su pene largo y hermoso bailoteando, con los ojos delineados de modo dramático, su caminar arrogante, su pelo suelto y el tatuaje en el pecho, sus dedos acariciando el papel con el que se va a armar la pistola, el sol saliendo.

Ayer lo soñé.

Él y el hombre de la cueva son el mismo.

El uno habla y el otro entiende, el uno asiente y el otro se ríe.

Un monstruo amoroso que me mira desorbitado.

21

Fue el último día del mes de julio el día en el que me embaracé. Fue el último día que visité la cueva. Fue la cantidad de semen. Y el amor (ya va, la cursilería). Ese día se murió Chespirito. Tres semanas después me dijeron estás embarazada. Me lo dijo una enfermera con el pelo relamido. Me peguntó mi edad. Yo salí del laboratorio sabiendo que algo empezaba a morirse y sentí una alegría extraña. Algo diminuto en mí había comenzado la ruta hacia su muerte. Sabía que no podía decirle al hombre de la cueva que tendríamos un hijo. Sabía que no podía salir corriendo. Sabía que tampoco podía soportar otro aborto. Sabía que tener al niño no era una posibilidad. Sabía que el tiempo ahora se partía y, sabiendo que no era posible ese embarazo, me vi contemplando el paisaje: casas con ventanas, cortinas, gente caminando en su interior, e imaginé la cara pálida de mi niño durmiendo en un coche. Amamantándolo yo, una y otra vez. Teta derecha. Teta izquierda. Tarea infinita como lavar los platos. Infinita ternura también de mí. Del modo en el que observaba al niño como a un desconocido al que se ama locamente, *un monstruo que enternece*. Esclavizada y azotada por la hambruna, por la voracidad de su boca. Me vi esperando su llanto. Tocando su nariz. Poniendo mi mano en su inflado tórax para ver si efectivamente respiraba. Me vi contemplando su vieja belleza, sus arrugas minúsculas, sus uñas larguísimas. Teta derecha. Teta izquierda. Me vi sacando las pelusas de sus manos, pegadas a sus palmas. Me vi sacándolas con todo cuidado para luego olerlas. Me vi entonces oliendo su cabeza y su cuello, me vi limpiando los pliegues de sus muslos, me vi llevando mi mano a la nariz para oler los restos que salían de los pliegues. Mirando sus pies diminutos, aplastando mis dedos contra la planta de esos pies, acariciando entre los dedos, las nalgas limpiándolas también, abrazándome a él, me vi abrazando con todo el peso de mi cuerpo a ese cuerpo diminuto, abrazándolo hasta asfixiarlo y pensé en matarlo, pero tampoco era una posibilidad y me quedé en esa idea unos segundos. Luego, imaginé mi lengua recorriendo todo su cuerpo, mi lengua lustrando su cabeza, su espalda, sus nalgas y apretujándolo suavemente, calmando su llanto en las noches. Teta derecha. Teta izquierda. En las tardes, golpeando con furia contenida su espalda, en el día cambiando los pañales,

observando la cantidad de caca también infinita y preguntándome por la basura que estamos produciendo, preguntándome por la gente, por el exceso de gente y de mierda, y me vi junto a un niño sin cara, o con una cara que solo tenía ojos, la piel blanda y el coche. El cochecito. Y me imaginé en el parto, he visto salir a un niño y he caído en un agujero negro. Un día vi un video en el que se mostraba la salida de un niño y me dio arcadas de dicha y ni siquiera era mío. No era ni mío ni de nadie conocido y sentí que caía en el espesor del dolor y, entonces, recordando el video, me vi viéndole los ojos a ese niño que acaba de resbalarse por mi vagina, sintiendo que por las caderas brotaba lo duro de su cuerpo, de mis huesos se hacían sus huesos. Imagino todo esto y comprendo que el niño tiene que nacer y yo tengo que alimentarlo hasta que se me caigan las tetas como dos trozos de carne al piso y tenga que recogerlas y metérmelas por debajo del sostén. El niño tiene que salir y yo lo agarraré para criarlo o para lanzarlo a la pecera que, con amor, habré preparado para él: algas, un respirador artificial y piedritas de colores. No tendrá padre, o tendrá algunos, ninguno propio, y luego encontrará el suyo o se inventará uno, como casi todos nosotros. Y yo le amaré lo que avance y punto. Entonces, digo sí, lo tendré. Pero me arrepiento enseguida porque el pánico es más fuerte. No puedo con el hijo.

22

Camino con el examen en las manos. He dejado el carro parqueado en el supermaxi. En un arranque de gratitud entro a comprar champú para mi madre. A mi madre se le ha acabado el champú, lo supe por la grasita que observé en su pelo y que me llevó a preguntarle por qué, mamá, por qué el pelo así. Y yo, que nunca hacía absolutamente nada por mi madre, camino hacia la puerta, paso por una tienda de animales, observo a un conejo que parecía casi moribundo, y escucho una conversación en la que un tipo le dice a otro que los conejos son el animal más limpio, y entro al supermercado. Voy directo hacia la sección en la que se exhiben los champús, mi mamá usa pantene para rubias, tomo dos botellas y luego pienso en llevar también tortillas de maíz porque pan no comeré más. Nunca más. Tengo náuseas al pensar en el pan que comí esta mañana, un pan del que solo comí la corteza, extraño gesto en mí, que como todo el pan, siendo además la masa mi parte favorita, la textura esponjada, la nieve, la nube, el peso, todo eso del pan a mí me fascina. Al verme así, partiendo el pan de ese modo, arrancando con las uñas la corteza, sintiendo un asco profundo, un asco que no era común en mí, sintiendo el sabor de la manteca con la que ese pan había sido freído, sentirla como un chorro de grasa sudorosa exprimida por unas manos dentro de mi boca -dos manos, uñas sucias, todo mal-, tuve que ir al baño a vomitar y sospeché que todo estaba siendo de modo que nunca había sido: el asco, el pan, su corteza y la sensación de que unas manos sucias entraban hasta tocarme el vientre, que guardaba una criatura pequeñísima. Y en el supermercado, comprando las tortillas de maíz, confirmada la sospecha, todo vuelve como un tufo interno de grasa que no resisto y corro a pagar y luego corro al auto y a la casa de mi madre que me recibe con palabritas amorosas y excusas por la suciedad de la casa. Desayuna un huevo tibio, el amarillo de la yema me hiere y me fascina, se cruzan nuevas ideas. Veo a mi madre amando a ese niño, estoy a punto de decirle voy a tener un hijo, mamá, y es para ti; estoy a punto de decirle él te bastará para ser feliz, pero algo más fuerte que yo me lleva a quedarme callada y a contemplar con genuino amor la imagen de mi madre comiendo el amarillo de esa yema. Saco el champú de la funda, voy a colocarlo en el baño, no le digo nada, el

baño también está sucio, la funda de basura rebosante de papeles y pelos, y siento otra vez asco profundo. Mamá, le digo, me voy a España. A ella se le llena de emoción la voz y me dice hace tiempo has debido irte de acá, todavía eres joven, allá puedes estar algún tiempo, luego irte a París, tienes los papeles, tienes dónde llegar, puedes descansar, hay que ir a Europa, hay que ir a París, esa ciudad te enloquecerá y luego volverás a Italia, no hay una ciudad más bella que Florencia, vencer el miedo a volar, al fin y al cabo no tienes hijos, allá podrás pensar, y luego podrás tomar una decisión con calma sobre tu situación, te hará tan bien, y luego vuelves, eso sí, vuelves, tienes que volver, sabes que eres lo único que tengo y además esos países no son para vivir, aunque incluso te puedes volver a enamorar y juntos pueden regresar a vivir acá. Porque lo que sí te voy a pedir, mija, es una sola cosa, una sola, mira, con mis años hay una sola cosa que he aprendido, una sola cosa que me atrevo a aconsejarte, una sola, y sus palabras son: no te quedes sola, no te quedes solita. No sé si es la repetición de la palabra sola que suena como una reverberación empalagosa que había ido espumándose en mi estómago, o el diminutivo que me irrita la gastritis, o el ojo tembloroso de mi mamá mientras dice la frasecita lapidaria, pero siento que en mi estómago se arremolina todo el asco del día -el pan, la manteca, las manos sudorosas, el basurero rebosante de papeles sucios, la clara del huevo sobre el pan que desayuna mi mamá, o un olor que no sé de dónde sale-. Corro al baño y mientras vomito pongo seguro en la puerta con la certeza de que mi mamá vendrá para tratar de ayudarme y me dirá en qué te ayudo, chiquita, entrando y agarrándome la frente y luego preguntándome si tomé ayer noche, pero yo ya he puesto seguro en el baño y cuando quiere entrar ya no puede, aun así dice, desde afuera, pegada su cara a la puerta, ¿te puedo ayudar, mija?, ¿estás bien?, ¿tomaste anoche?, y yo solo respondo que me sentó mal algo que comí, no, mami, no estoy chuchaqui y luego me limpio la boca, boto el agua que tenía babas y algo que era seguramente la corteza del pan, lo único que había comido, y salgo del baño. Evito el abrazo de mi mamá, evito que me toque, evito pensar en la soberana estupidez que me ha dicho y que seguro no olvidaré jamás y le digo mami, necesito que me prestes plata para ir a España, ante lo cual ella dice claro, mija, lo que necesites y yo le digo gracias, voy a usar la tarjeta. Luego salgo de su casa alegando que me atraso a una reunión y, ya subida en el ascensor, siento que todo se ha aliviado. Me voy. Me alejo de todo. Subida en el ascensor, pienso en que el impulso de gratitud que me llevó a ver a mi mamá era correcto, que le estoy agradecida porque sus palabras o sus gestos hacen siempre que tome las decisiones más viscerales. Sentada frente a ella, mirándola desayunar sus huevos tibios, se me ocurrió que la única salida era irme, que me aterra su

soledad y su vida y que la amo tanto que se me vuelve insoportable tenerla cerca, sin sentir la necesidad de hacerla feliz o culparla por todo, que es incluso imposible escucharla sin que sus palabras me maten. Así que todo se desenvuelve como tiene que ser, hermosa madre mía. No puedo, como ella tanto quisiera, regalarle el hijo o, en su defecto, casarme y ser feliz. Demasiado para ambas, soportar la dicha.

23

Saliendo del ascensor camino por ese barrio en el que viví tantos años, pero que casi no reconozco. Me meto a una peluquería porque necesito que alguien, que no sea mi mamá, me toque. Entro en la peluquería, tomo un turno y una mujer me agarra la cabeza y me dice es largo y es bello y yo le digo por favor, córtelo. Ella me responde que me cortará en capas, luego me dice que no me conviene pequeño, su rostro redondo no le da para pelo corto. La miro, insiste, se va a arrepentir si le corto chiquito. Le pido que además me ponga tratamiento y entonces, estando sentada en el sillón reclinable mientras me toca el pelo, se acerca y me dice ¿quiere que la depile? Está todito el bigote, y las cejas de una vez también, y yo siento su cara tan cerca y su respiración y sus manos sobre mi pelo y le digo sí, por favor, y ese espacio entre nuestros cuerpos se llena de una calentura extraña y de una placidez en medio de la cual me quiero quedar. Luego me vuelvo a sentar frente al espejo y, mirando las ronchas que en mi cara ha dejado la cera, siento algo de ira, pero enseguida me entretengo en las historias de la peluquera. Su hijo es *bar tender*, gay, y ella lo acepta -reitera-; él le ha conseguido este trabajo en la peluquería, su hija pequeña va al colegio nocturno y en las mañanas está sola en la casa, lo cual le preocupa mucho, pero en fin, dice, se entretiene viendo televisión. El padre se ha ido hace pocos años, un día su hijo le preguntó si ella era feliz y ella le respondió que no, y el hijo le dijo dile que se vaya, y así hizo, y ese día dormir en su cama volvió a ser una experiencia placentera: estiré los pies, estiré el cuerpo y me sentí libre, dice. Siempre he sido pegada a mis hijos, sobre todo a mi hijo varón, ¿usté tiene hijos?, me pregunta, y yo me quedo callada un rato y luego respondo sí, y ella se detiene para mirarme y comenta siendo tan jovencita, pero yo no soy jovencita, lo que pasa es que no aparento la edad que tengo, eso siempre me dicen. Mi hijo, el varón, retoma, lactó hasta los cinco años y hasta los diez metía su manito y me agarraba el seno en cualquier parte, solo así se calmaba. Vuelvo a sentir una arcada y le digo estoy embarazada y me dice el segundo es más fácil y yo le respondo es el primero. Me dice, entonces, no le corto el pelo, no es bueno, todos los nutrientes y vitaminas los necesita el bebé, le corto solo las puntitas, y me corta

con cuidado mientras habla de los hijos, del embarazo, de los antojos, de los doctores, del parto, de la soledad, del llanto, del cuerpo, de las estrías, del dolor, de la depresión, de la alegría de ver a tu hijo crecer, sanito, y con esa frase termina la conversación. Me da un papelito anotando cada cosa que me hace y me desea suerte. Le entrego el papel al joven que cobra y luego de pagarle, salgo y camino junto a un grupo de chicas que se ríen y conforme me acerco para oír mejor la conversación que va sobre una fiesta, una de ellas dice ¿por qué serán los hombres así?, y el resto se carcajea. Yo me río también con ellas. Me río y me alejo imaginando el infierno que se me viene encima, sin remedio.

24

Ese mismo día, mientras estoy ya en la carretera, yendo hacia mi casa, llega un mensaje de una compañera del colegio, cosa rarísima. Dejé de ver a mis amigas del colegio hace años y recibir noticias de una de ellas me sorprende. El mensaje dice Por favor venga a mi casa le necesito con urgencia -por qué me trata de usted o por qué había dejado de verlas es harina de otro costal, no merece la desviación-. Llego a su casa, que está en medio de otras casas, dentro de una urbanización que no parece de este mundo. Son casas inmensas, tienen grandes ventanales y piscinas propias y compartidas. Timbro y me abre una mujer con uniforme blanco que dice la señora pide que la espere en el porche. Paso al porche y la desolación de ese lugar inmenso me sobrecoge hasta las lágrimas, entonces, alcanzo a leer un letrero al lado de la piscina que comparte esta casa con otras que dice se prohíbe el ingreso de empleadas, choferes y niñeras. Siento una arcada que no puedo contener y corro a la piscina y vomito ahí y miro mis babas ensuciar el azul falso; otra vez los restos de corteza, ahora flotando en una piscina. Me limpio y digo ¡qué carajos hago aquí, me largo!, pero en ese momento sale mi amiga que, aunque está demacrada, mantiene su elegancia intacta. Me siento a su lado y detrás de ella aparece la niñera con uniforme de ositos agarrando la mano de su hijo más pequeño, ambos se alejan mientras ella saca su cigarrillo electrónico y me dice ayúdeme y yo le digo claro, la ayudo. Me dice estoy embarazada, necesito abortar, nadie más me va a ayudar, no es de mi marido, lo que pasa es que me enamoré, y trata de explicarme una historia retorcida con el entrenador del gimnasio que no logro seguir y que me empieza otra vez a provocar náuseas. Yo observo la angustia mortal de esta mujer y me digo yo no la reconozco, pero la adoro y pienso que quizá nos embarazamos el mismo día y le digo obvio que la ayudo y mando un par de mensajes y a la mañana siguiente la recojo y la llevo a una clínica en medio de la ciudad. Entramos agarradas de la mano y me dice nunca, por favor, nunca cuente esto. Yo le digo tranquila y la observo llenar formularios y entrevistarse con un doctor que también me ha atendido a mí y que tiene un diente que brilla. Luego, me siento a esperar un par de horas hasta que el procedimiento, así lo llama la enfermera, concluya. En el

cuadro de la sala de espera hay una virgen con un niño cargado en sus brazos, la virgen lo está mirando y llora, y esa imagen, otra vez, me da náuseas y digo en voz alta esa cara me recuerda a alguien y me quedo en ese intento, tratando de descifrar la asociación, hasta que doy con la cara y, en ese instante, el doctor me dice el alta es a las cinco, todo salió bien, vuelva por ella. Regreso en la tarde y en el carro, de vuelta a su casa, ella trata de dar alguna explicación, yo le digo todo bien, también he pasado por esto, sangrará unos días y luego se sentirá mejor, pero ella sabe que el asunto es más difícil y me dice cómo le puedo pagar, me ha salvado la vida y yo le respondo me estoy separando y me voy de viaje, si necesito algo le escribo y ella insiste claro, en España tengo amigos y me habla de hoteles, de vacaciones y me ofrece cualquier cosa. Pero antes de eso, antes de ese engorroso momento, nos acordamos de los días del colegio, nos acordamos de los amigos y ella me dice que siempre se acuerda de mi hermano, y esa confesión me llena de un sentimiento extraño, como de gratitud. Llegamos a su casa y nos despedimos con un abrazo largo, ambas con lágrimas en los ojos y le digo descanse y se baja. Y entonces pum, la realidad, la virgen, la cara, otra vez la arcada. No puedo tener al hijo, tampoco abortarlo.

25

Fueron varias las noches que no dormí. Me encerraba en el baño, me veía en el espejo, lloraba, miraba con preocupación las nuevas manchas en la cara: pómulo, mejilla, boca. Y luego iba a la cama a dar vueltas. No llamé al hombre de la cueva. Nos vimos solo una vez más, estaba angustiado y me habló del ruido y de un nuevo proyecto cinematográfico. Me miró y me preguntó si iba a volver. Había desaparecido por semanas. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Su cara ovalada me sonó desconocida y me pregunté si la cara del niño tendría esa misma forma. Me enseñó un video musical en el que un hombre de barba larga pescaba. El sonido me hizo llorar. Imaginé escenarios posibles y sentí náusea y le dije estoy chuchaqui. Me trajo agua. Me dijo es casi un año que nos conocemos. Me dijo otras cosas bastante confusas. Estaba sobrio, pero igual hubo un diálogo turbio que concluyó así:

-¿Eres casada?
-Sí
-¿Casada?
-Sí
-¿En tu cédula dice casada?
-Sí, pendejo, obvio. Y dice el nombre de mi marido. Qué estupidez.
-¿Y te vas a divorciar?
-Sí, claro

Pero antes de que el diálogo concluya de ese modo, le dije que era posible que me fuera del país, le mencioné que estaba algo enferma, y le dije que esa historia nuestra tenía que acabarse, además de otras mentiras e incoherencias que ese rato fluyeron fácilmente, sabiendo que el amor por ese hombre era tan real como el feto, pero era también insuficiente para sostener cualquier cosa. Y esa idea me hizo pensar en que quizá el mismo feto debería presentir esto y que iba a caer de a poco, iba a desistir. En medio de esa idea vi una foto en la puerta de la refrigeradora y pensé en cómo sería este niño nuestro, cómo serían sus ojos, y la nostalgia como una multitud de basuritas diminutas o de huecos abriéndose o de piedras rojas me empezó a

tapizar el cuerpo hasta cortarme la respiración, apretarme el vientre que ahora tiene un embrión. Hicimos un hijo y eso me emociona, me agobia y me hace correr.

26

De esa última vez que nos vimos me acuerdo también de otras cosas. Me acuerdo haberle visto largo a los ojos y haber sentido la culpa con un latido en la boca del estómago y haber sentido, además, la certeza de que seguiría despidiéndome la vida entera, una pérdida tras otra, y el cuerpo que aguanta todo. Me acuerdo haber pensado esto y entonces, tras ese pensamiento o junto a él, con la uña larga del dedo meñique, recuerdo haber tocado la raja que partía mi labio y haber metido la uña hasta hacerlo sangrar y luego haber succionado la sangre sabiendo que me tenía que ir. Nada me libraría de la culpa ni del dolor. Me acuerdo de haberle entregado un disco y un pantalón que eran suyos. Por suerte no había más. No había libros. No había nada que repartirnos. El niño se iba conmigo. Recuerdo que me preguntó, una última vez, por qué se terminaba y yo ya no supe qué decirle, pero balbuceé algo sobre su estilo de vida. Me di cuenta inmediatamente de mi idiotez y de su dolor, y agarré mi cartera y lo vi parado en la puerta y, tras él, la cueva que brillaba y que se dibujaba por primera vez como una casa. Me fijé en que había ordenado y limpiado todo y no olía a meado de gato sino a canela y vi sus ojos y fue ver una amenaza y fue ver esa debilidad que en ciertos seres *precede y prepara incomprensiblemente su fuerza* y me dije es lo que hay que hacer, puta madre, es lo que hay que hacer. Y luego, dramática otra vez, me lancé a abrazarle y lloré mucho y él lloró algo también, y cuando sentí que empezaba a acariciarme la cadera, agarré todo mi impulso que se ubica justo ahí, en esos huesos de la pelvis y, sin decir nada, me fui. Recuerdo que al llegar a mi casa caminé directo al clóset para ver mis patines, buscando algo para apaciguar el terror. Y di una vuelta por la casa pensando en esa noche en la que nos fuimos juntos, en la densidad de la atmósfera que anunciaba que las cosas cambiarían para siempre. Y en cómo tomaba yo las decisiones más importantes, siempre de modo tan errático. Mientras daba vueltas se hacía de noche. Yo miraba la oscuridad llegar y caer suave sobre las cosas de mi casa. Sobre mí. Siempre esa hora del día en la que había que resistir.

27

En medio de uno de esos insomnios, en una de esas noches interminables, le llamé al M y le dije tengo que salir de aquí, es urgente, y me dijo ven el tiempo que necesites, tengo una pequeña casa en Bustarviejo, en donde estoy encerrado escribiendo la tesis, acá lo resolvemos. En los días venideros compré un pasaje pagándolo a plazos con la tarjeta de mi mamá, guardé un par de cosas en cajas, encargué al gato y la casa, y pasé por el trabajo al que ya había renunciado, retirando un cheque de liquidación y utilidades que no estaba mal. Salida de esa oficina de la que había querido irme definitivamente tantas veces, me senté en la cafetería de al lado a tomar una limonada con jengibre y, otra vez, se atravesó una conversación en la que me concentré para huir del embarazo y que iba sobre aviones, uno de los comensales estudiaba para ser aviador. Hablaba de todas las pruebas que se deben tomar para graduarse mientras en mí iban surgiendo preguntas, casi todas, sobre los modos y posibilidades del accidente. Imaginé que era una señal: no debía tomar ningún avión. Creo que se dieron cuenta de que escuchaba su conversación porque bajaron la voz y yo tuve que volver a mí, o a mis pensamientos o al mundo que en ese momento sentí que se derritió y en seguida colapsó. Al ver la calle y los autos y el centro comercial y la gente, sentí una licuación de todo. Las cosas se chocaban y se iban volviendo una sola, y mis manos se pusieron a sudar. Me sobrepuse a ese conato de pánico y me apuré, podía cobrar la liquidación en el banco, hacer las maletas y pasar la noche observando la oscuridad y el apartamento vacío, al día siguiente agarrar un bus, visitar a mi hermana en Guayaquil, así me ahorraba por lo menos un despegue y un aterrizaje, los momentos que más padecía de volar. Tomaría el avión desde ahí.

28

Sentada en la alfombra de mi sala vacía, frente al póster en el que un hombre lengüetea el cuello de otro hombre, imagen de una película que nunca he visto, intento explicarme o justificarme, o salvarme, pero todo es culpa. La culpa ya no es solo un latido en la boca del estómago, es también un latido en la garganta, en el sexo y una sudoración helada en las manos. Trato de entenderme, pero cada cosa que hago me sorprende de mí misma, como si fuera yo una amalgama incognoscible, llena de errores, herida abierta juntándose y dividiéndose, siempre debatiéndome entre la censura y la autoconmiseración: yo llegué a la cueva, la puerta estaba abierta, fui a la cocina y encontré una caja, una caja roja en forma de camisa, o de corbata, qué sé yo, tenía la forma de una prenda masculina, vi esa huevada y temblé, tembló mi mano y también me reí, no hay manera, qué hace una caja de cartón en forma de camisa. Lo cierto es que me acerqué, la caja tenía un movimiento, el color en realidad tenía un movimiento, el rojo solicita: este hombre tiene una vida, esa vida yo la quiero hacer mía, no quiero amarlo a él, quiero su vida que está hecha de objetos ridículos, de una extraña organización que me salva del vacío de haberlo perdido todo: *qué es amar sino esa primera soledad inmanente puesta en la vida de alguien más.* Mientras más extraños los objetos más anclados mis pies. No quiero abrir los cajones porque me enamoro y esto no tiene nada que ver con él, sino con lo que voy a encontrar guardado ahí: unos tapetitos de tul y mullos para tapar la comida, en el piso la portada blanca de un disco que crecí escuchando a todo volumen en la adolescencia lejana, un tablero de puntería entre los árboles, partituras sobre la cocina o el cheslón, calzones de niña sobre la secadora. Todo ese objetuario de inconsistencias tan ordinario como bello que con tanto descuido él colecciona. Extraña singularidad que en este hombre era la capa visible y la totalidad y que yo deseaba tanto que estaba lista para destrozar. Él entra y me encuentra mirando los tapetes de tul y nos sentamos ahí, en el piso de la cocina, y entonces me entretengo con la imagen de una vaca dibujada en un cuadro que cuelga chueco sobre la pared. Las tetas de la vaca me producen alegría y caigo en una historia, es una de las pocas veces que el hombre me cuenta una historia larga. Es la fábula de una película

que quiere hacer, para la que ya ha hecho varias canciones y que va sobre un tipo que desapareció en las cantinas del centro de Quito. El hombre era un tipo que escribía poemas fabulosos, o eran historias, o bien podían haber sido canciones, él no lo conoció, pero ha oído muchas veces de ese héroe popular que escribía todo en servilletas, algunas de las cuales, él asegura, sobreviven. En las cantinas que frecuentaba, casi siempre se armaban relajos mientras él cantaba o declamaba sus poesías, dejando el alma colgada en las manos de todos, esto lo dice tal cual, porque sus canciones o sus poemas o sus historias, mezcla de mofa y filosofía, llevaban a la gente a embriagarse y a hacerse promesas que luego, claro, como toda promesa, se rompían y se rompían los vasos y se rompían las botellas, y en una de esas, este héroe, que había sido víctima de muchas mujeres que lo habían enamorado, y era algo así como un Popeye, con brazos gordos y piernas cortas, que escribía y luego dejaba el verguero armado y se largaba, un día desapareció en manos de unos mafiosos (aunque también puede ser que se haya suicidado cortándose la yugular mientras se miraba al espejo, esta versión él no la creía, lo habían desaparecido las mafias del centro de la ciudad o algún marido cornudo y celoso). Él quiere contar esa historia que reivindica el trago y la amistad y, de paso, la poesía y la música, que son lo mismo, ¿no? Esto último lo dice él, y cuando lo dice yo siento que me estoy confundiendo de personaje y pienso la puta madre, no se puede. Esto es una coincidencia maldita, otra vez el fantasma, la sombra, mi esposo aquí. Entonces me levanto para irme, pero cuando me paro, él, que está sentado sobre un pedazo de mi falda, se queda agarrado al pedazo de tela. Entonces me saca el calzón y despacio con su lengua me tapa el orificio y eso calma la ansiedad, calma todo, me quedo quieta, la cueva se oscurece y como un catálogo de sombras desfilaban los gatos, la vaca, el cartoncito con forma de camisa, la guitarra y un largo etcétera que yo ya había hecho mío, que yo amaba de forma irregular, pero persistente. Todo desarreglado como la música del río. Esa fue la primera vez que intenté huir de esta cueva porque mi cuerpo me dijo corre, pero me tomaría meses poder hacerlo, meses y un embarazo con el que ahora no sabía qué carajos hacer. Mirando el póster, con la nostalgia palpitándome en la vagina y la culpa ahora como el latido del cuerpo entero, un latido acelerado y arrítmico, jalo despacio el pedazo de pellejo que cubre la herida del labio, saboreo la sangre y cae una gotita al suelo, manchando la baldosa. Siempre me ha gustado tanto la imagen del rojo sobre lo blanco y entonces viene un recuerdo súbito y lejano: la toalla higiénica de mi mamá, que yo miraba de niña con fascinación, mientras ella hacía pipí.

29

Viajar en bus me gusta a pesar de que en estas condiciones el mareo y el vértigo me hacen estar al borde del vómito diez horas seguidas. En las curvas siento que el bus va a seguir de largo y me apresuro a imaginar ambulancias y sangre y tragedia. En las rectas pienso e imagino el porvenir, pero cada escenario es menos sostenible, a ratos todo me causa solo vergüenza, a ratos lloro, a ratos me ilusiono para inmediatamente volver a entrar en pánico. A ratos me quedo dormida. Llegada al terminal, con dos maletas pequeñas, tomo un taxi. El taxista va rápido, en un momento se le cruza un auto y, molesto, grita viejo gil y a ese grito le sobreviene la imagen de mi misma, vieja y sola, sentada mirando a través de una ventana y todo retumba en mi útero, siento una arcada y por suerte llego a casa de mi hermana y puedo vomitar en paz. A mi hermana menor, que es hermana solo de parte de padre, la conozco poco. Vivimos juntas hace años, cuando alguna vez su mamá, una mujer que apenas he visto un par de veces en mi vida, pero cuyo desamor me constituye, la botó de la casa. Desde hace meses vive en Guayaquil con su novia que consiguió trabajo en un banco local. Me sientoa la mesa a tomar un té que ha preparado para mí y le digo tengo algo que contarte. Ella me dice dale, pero bajemos y nos tomamos una cerveza y ahí vemos. El paisaje, cuando bajamos del departamento, es rosado, gelatinoso y el río se siente como un ojo infinito que me observa con indiferencia. Siento inmediatamente otra mirada clavarse en mí y cuando la busco, son los ojos de una rata. Está debajo de uno de los asientos del parque que cruzamos, siento su cuerpo entero pesado, imagino su áspera lengua lamiéndome y quiero ir por ella, pero se esconde entre las piernas de un hombre y el hombre la toma entre sus manos y me dice veinte dólar. Mi hermana me dice no seas idiota, el hombre suelta la rata, se ríe y se va y yo miro la rata y camino hacia ella, pero ella corre y lo que queda es la huella dejada por su cola larga en el polvo. Mi hermana me dice qué chuchas te pasa. Yo le digo estoy embarazada. Saca un tabaco, lo prende, me dice cualquier cosa y luego entramos a un bar que tiene luces azules y soporta con las justas los estruendos de un concierto de metal. Son las ocho de la noche. Comenzamos a tomar, yo una cerveza, ella dos cervezas, luego dos

vodkas y ni una sola palabra. Parece disfrutar la música, yo siento que ese concierto no se va a acabar nunca y eso es lo mejor de todo. En un momento dado comprendo que estamos esperando a alguien que creo que es un dealer y que no llega. El concierto se acaba y le digo me voy a España, y ella pregunta ¿y el miedo a volar? Y yo le respondo ya nada. Ella me pregunta si el papá del niño está en España y yo dudo, pero siento una pereza infinita contarle toda la historia y le digo que sí y ella me pregunta por mi marido y ambas nos lanzamos una carcajada. Luego me dice que todo va a estar bien, y cuando dice eso, y cuando me abraza después de decirlo, me siento mejor. Comenzamos a caminar de vuelta a su casa y me dice cabrón hijueputa, le pagué por adelantado y no llegó. Luego me pregunta si he pensado en abortar y nos embarcamos en una conversación confusa, en medio de la cual nos damos cuenta de que nos hemos olvidado las llaves adentro del departamento y entonces ella dice tengo que ir a buscarla a la Ile, su novia, que está sin teléfono. Yo me quedo sentada en la banca, debajo de su edificio, y le mando un mensaje al poeta, al pionero de Guayaquil, y él llega porque por coincidencia está cerca y verlo me lleva a otro tiempo y me pone feliz.

30

El poeta camina a mi lado y siento que todo es seguridad, y al mismo tiempo siento que ese todo puede cambiar de modos tan radicales que el cuerpo no alcanza a entender. Me imagino que no hay embarazo, me digo estoy aquí caminando con este hombre y entonces comienzo a disfrutar del calor y de una complicidad extraña que existe entre nosotros. El cielo está despejado, yo comento lo agradable que se siente el río, le digo que el agua me tranquiliza siempre (esta última mentira no sé por qué la digo) y él me cuenta una historia en que su hermano lo salva de un ahogo inminente, eso nos lleva a una conversación sobre el porvenir y sobre el destino y sobre la muerte y sobre eso que él llama los pequeños resplandores de la vida, y esa frase nos hace reír. Hablamos también sobre la amistad y en ese momento siento una extraña comunión con la noche y con este hombre. Nos tomamos de las manos y le digo que sus poemas son buenos y le digo también que es igual al galán de telenovela y volvemos a reírnos mucho. Me propone ir a un karaoke, le digo bueno, ok, vamos al karaoke, una canción y me voy. En el karaoke están sus amigos bebiendo, yo me animo a cantar, pienso una canción y me voy. Elijo, obvio, una de Daniela Romo y la canto imaginando que tengo ese pelo inmenso hasta la cintura. Mientras la fiesta sigue, en algún descuido, yo agarro mis cosas y empiezo a caminar sola, ya casi a medianoche, con miedo, pero también con una extraña soltura, mirando las cucarachas inmensas y sintiendo una enorme ternura por sus cuerpos. Hubo un tiempo en que me obsesioné con matar cucarachas, habían invadido nuestra cocina y yo prendía la luz a medianoche y me dedicaba a matarlas de tantas y tan diversas maneras, sentía que las odiaba, que las necesitaba y que manteníamos una guerra tan íntima como amorosa: un día una se metió, no sé cómo, en el marcador del microondas y estuvo ahí años, yo mirándola angustiada comprendí que era el fin. Había llegado ahí escapando de mí, se había clavado en el marcador y había ganado. Desde ese día no maté más cucarachas. Y ahora, caminando por el centro de Guayaquil, volvían a asomar miles, caminando apuradas y temerosas y eran una extraña protección y remembranza, cuán lejos estaba ya la infancia, qué dolor. Caminando cada vez con más premura para encontrarme

con la novedad de que mi hermana no llegaba a su apartamento y que el dolor que empecé a sentir en las entrañas, desde que me subí al taxi, se ha ido incrementando. Pienso que tal vez sea un aborto espontáneo, esa idea me tranquiliza, todo lo espontáneo es siempre mejor. Qué pensamiento idiota, me digo inmediatamente. Siento un dolor en las entrañas que se extiende a las caderas y las piernas, así que entro al restaurante que queda en la planta baja del edificio en el que vive mi hermana, pero me dicen que están por cerrar. No sé qué hacer, camino hasta la esquina en la que hay una clínica bastante grande, edificio verde con varias entradas. Entro por emergencia, le digo a la enfermera que no tengo a dónde ir, que espero por mi hermana, pero que no contesta al teléfono, le digo que me duelen las caderas y que estoy embarazada y me dice bueno, quédese. Luego me siento y miro a la gente llegar accidentada a emergencias, esperando que suceda el aborto o asome mi hermana. Llega una mujer con el pie triturado por un vidrio que le cayó al salir de la ducha. La mujer grita y yo pienso en el hombre que atropellé hace poco. Vuelve a mí la imagen del hombre volando por los aires, imagino que es acróbata, que salta y da volteretas en el aire y luego se para y sigue caminando. Se me ocurre que, capaz, se le rompieron las clavículas y ahora se recupera solo en un cuarto como los que visité la noche del accidente, en el sur de Quito. Luego pienso en que murió y este niño es su reencarnación, y ese pensamiento me lleva a una carcajada que la recepcionista censura con una mirada helada. Lo que más me sorprende de esta sala de emergencias es, en realidad, esa mujer, que no sé si es doctora o enfermera o solo recepcionista, pero es la jefa, de eso no hay duda. Me acuerdo de que a veces mi marido me decía la jefa o se refería a mí como la durita, entonces vuelvo a reírme y ella vuelve a mirarme con sospecha. Cuando llega alguien, por ejemplo la mujer con el pie trozado, pregunta detalles que no entiendo para qué pueden ser necesarios. Esas preguntas derivan en asuntos que nada tienen que ver con el cuadro médico y luego decide arbitrariamente cuánta gente puede acompañar al accidentado, y cuánto tiempo tendrá que esperar, y lo hace todo mientras frota sus manos, o frota sus dedos, o con los dedos se agarra la trenza. Y la gente le responde cada pregunta sin inconveniente, se aguanta el dolor y contesta. Yo me entretengo un rato en la mujer esa, en sus dedos, en las baldosas y en reflexionar sobre el accidente de la ducha y sobre el accidente en particular y eso me lleva a pensar en el tiempo, en los instantes, y percibo una conexión entre la palabra instante y la imagen del pie trozado de la mujer que espera por el doctor y que en ese momento ella se descubre para observar, una extraña conexión entre la palabra y la imagen. Estando en ese pensamiento mi hermana me llama y se disculpa y me dice que me pasa viendo en seguida. Cuando llega, me

cuenta una historia inverosímil sobre esa noche y ya en su departamento me dice te masajeo el cuerpo y me desnuda y empieza por las caderas y me entrego a ese tacto. A esta mujer también la adoro, aunque la conozco tan poco, y enseguida pienso en que el amor nada tiene que ver con el conocimiento, ni con el tiempo, pero tampoco es tan arbitrario, tiene modos secretos de selección, de asociación, de generación. Caigo dormida al amanecer, entre imágenes que ya ocupan el tiempo de los sueños y que son dientes emergiendo en unas encías pequeñísimas, y que son dientes en las encías de una cucaracha o de una rata y que son también los dientes del niño. Mi niño tendrá dientes, digo en voz alta, y mi hermana se ríe y se acuesta al lado mío y duermo pegada a su cuerpo con algo de tranquilidad.

31

La última vez que me subí a un avión estaba absolutamente dopada. Esta vez voy sobria y embarazada. Al feto mi cuerpo lo protege. Sería fantástico morir los dos en este avión, pero igual siento un miedo que no se parece a nada. Este miedo a volar es, en el fondo, una falta de fe. El avión va a despegar y yo siento que no lo logrará, que no podrá elevarse, no tiene ni la fuerza ni la habilidad para volar. La azafata da instrucciones y yo cierro los ojos y mientras la nave agarra la primera turbulencia siento que estoy a punto de morir. Es cosa de minutos. En realidad, de segundos. Y así paso el viaje, agarrada del reposabrazos, sudando. Cómo carajos el tipo que está a mi lado duerme, pienso, si todos estaremos igual de conscientes en el momento en que la máquina esté a punto de colapsar. Obsesa como soy, he escuchado decenas de cajas negras y en ellas la gente grita a destiempo, cada terror se manifiesta de un modo distinto, el mío será un grito sin aire ni sonido. Todo lo que le puede pasar al avión es eso que yo repito en mi cabeza y que está a punto de suceder. Desde el despegue siento que el avión se desintegrará por una falla de fabricación, luego es el ruido, estoy pendiente del ruido y a la más leve variación todo hará pum: la máquina se calla y eso será todo, empezará a caer, sí, empieza a caer en un silencio suspendido y fuera del tiempo, yo me sostengo, pero el tipo de al lado sigue durmiendo. Ver un avión caer: hermosa imagen que me ha acompañado desde niña, soy tan leal a mi infancia que nunca podré dejar de comerme la piel. A cada segundo ver la cara de las azafatas, ellas que vuelan todo el tiempo, en su cara podré saber cuando algo esté mal. La turbulencia no es tan grave, ellas siguen riéndose ahí atrás, sentaditas como ha ordenado el piloto, la voz del piloto, que por favor diga algo, su silencio es sospechoso, finalmente se prende el micrófono, seguramente va a decir que nos apretemos el cinturón, aterrizaje forzoso, o será una paloma que perdió el rumbo, ese sonido nuevo, el cuerpo de la paloma triturado por uno de los motores hará que el estrellarse sea inminente, o quizá sea una falla en el sistema eléctrico, todo va a apagarse el rato menos pensado, de un segundo a otro -falta de visibilidad, avión fuera de ruta, próximos al aterrizaje, cable de tensión roto, ebriedad del hombre de la torre de control, falla de segundos, un avión está saliendo el momento en que

llegamos, dos gigantes se chocan en el aire y nosotros nos quemamos, nos vamos quemando, y todo es llama y gritos, y ahora la voz de un piloto descompuesto dice cédula en los pantalones, no sale el tren de aterrizaje, y esos segundos eternos entiendo que lo que en realidad ha sucedido es que el Triángulo de las Bermudas, ese imán gigante que se esconde en el océano, nos llama con furia y el avión forcejea y son minutos de pelea hasta que termina por ceder y nos vamos ahogando y el agua entra y cada uno, en su asfixia, trata de vivir; la oscuridad del océano nos traga, jamás nos encuentran, el misterio de un avión que simplemente desapareció o al que un trueno partió en dos, y yo sentí y vi el avión seguir y yo caer, y esa visión me cortó la garganta-. Cómo puede esto sostenerse en el aire, que alguien me explique, por favor, el avión no frenó, aterrizamos, pero no frenó y se va contra la ciudad, le digo al hombre que está a mi lado, ¡no frenó! Él me ve con cara de que estoy loca y pienso ¿será contra los edificios?, pero no, el avión frena y el tipo no me dice nada, estamos en tierra. Yo y la criatura hemos llegado. Trece horas de imaginar sin parar, con locura y terquedad, con deseo y pavor, el accidente.

32

El M me recibe en el aeropuerto y son 45 minutos hasta Bustarviejo, donde ahora vive. El pueblo huele a caca de vaca y el silencio solo se troza por el crujir de alguna rama. Vamos en su carro. Cebrados pintados sobre el asfalto de las calles dibujadas con alquitrán. Algunas pocas ramificaciones a la entrada del pueblo. Caminos de tierra entre las piedras del viaducto. Entonces, él dice por aquí había de pasar el tren hacia el norte, conservamos aún hoy, en secreto, las esperanzas truncadas de muchos de los presos que hubieron de levantarlo. Después de la solemnidad de la frase, una carcajada. Habla de cosas que no puedo seguir, estoy mareada y un poco ansiosa. Llegamos a su casa, hay un armario en la cocina que él abre no sé por qué. Luego me ofrece agua, me lleva al que será mi cuarto y dice aquí tu habitación. Amo esa palabra: habitación. Luego entramos al suyo en donde hay otro armario que cierra -tampoco sé por qué-. Es un eufemismo, dice, y nos reímos. Se acerca y me besa y me saca la ropa y hacemos el amor despacio. Me toca el vientre abultado como sabiendo que adentro pasa algo, yo imagino que su penetración toca la bolsa que recubre el cuerpo del feto, y tengo un orgasmo suave y de una rapidez desconocida. Él se demora y, antes de eyacular, sale y me besa y dice una serie de cosas que yo agradezco. Acostados, desnudos, me pregunta qué ha pasado y le digo que estoy embarazada; la noticia no le impacta demasiado o disimula. Me hace un par de preguntas, se da cuenta de que no quiero contestar y trae vino a la cama y ahí me habla de cosas inverosímiles y hermosas mientras me quedo dormida, abrazada a su cuerpo pequeño y caliente.

33

Estar embarazada es una forma de morir, le digo. Me responde siempre tan dramática. Le digo puta madre, es que uno se muere, eso siento y entramos en una conversación larga en la que terminamos riendo a carcajadas, otra vez. Con él es imposible no reír. Entonces, ya algo seria, le digo:

No voy a abortar. No soportaría otro aborto.

Le digo he querido matar al feto, pero no muere.

Le digo he querido tener al niño, he sentido que es lo que tengo que hacer, pero sé que no tengo fuerzas para sostenerlo.

Le digo amo a este niño, sea varón o sea mujer, lo amo, quiero que viva.

Le digo no puedo con él.

No voy a poder.

Le digo siempre esta sensación de que las cosas no se hacen como las hago yo, pero ya nada.

Le digo ayúdame.

Me hace preguntas, me dice si no quieres no las contestes. Pero le contesto, aunque en algunas respuestas miento en los detalles. Trato de explicar esta historia mía pero las palabras vuelven a quedarse cortas o se tuercen y se atraviesan de modos que me sorprenden y entonces le cuento sobre el atropellamiento, el retiro, la última bronca con mi marido, le digo que el hombre de la cueva es un hombre que apenas conozco, pero al que siento que conozco desde siempre. Confundo a los hombres, me pasa constantemente. Y en ese tiempo, el real y el imaginado, las verdades y las mentiras me suenan insuficientes y pobres para explicar cualquier cosa.

Le digo no voy a quedarme acá tanto tiempo. Busco algo de tranquilidad, solo poder dormir.

Le digo sé que tengo que resolverlo rápido.

Le digo el miedo que siento es el miedo que he sentido siempre, es una angustia que me late en la piel, por eso me como los dedos, la superficie gruesa y esponjosa, yo me la como porque así aliviano el temor.

Le digo la consciencia de esa angustia la tuve la primera vez que vi

el mar y sentí la resonancia de ese sonido eternal en las entrañas. Cada regreso al mar, la apertura infinita contenía toda posible pérdida.

Le digo desde entonces comencé a llorar con la llegada del atardecer y a meterme debajo de la mesa del comedor para que no me pregunten qué me pasaba.

Le digo el miedo o la angustia se hicieron la constante percepción de un hueco en el estómago, hecho de otros huecos, tripofobia.

Le digo a veces sentía en el silencio de nuestros encuentros que a mi papá le pasaba algo similar.

Le digo el silencio de mi papá fue mi primera inquietud.

Le digo yo sentía una extraña comunión con mi papá que me hacía, cada tanto, odiarlo por su distancia y por su silencio.

Le digo mi papá ha sido cualquier cosa, menos mi papá.

Le digo en la infancia, las casas para mí eran lugares en los que creaba escondites para, al atardecer, poder llorar en paz y, a veces, ahí, en esos escondites, me quedaba dormida.

Le digo hubo un niño que descubrió uno de esos escondites y me lamió, ahí mismo, la vagina.

Le digo me encontré muchas veces en ese escondite para que el niño me lamiera la vagina, que era un misterio gozoso sin igual. Entonces comencé a desnudar en mi imaginación a todas las mujeres que conocía para ver sus vaginas.

Le digo me obsesioné con las vaginas y las bocas.

Le digo veía telenovelas todo el día solo para poder mirar el momento de los besos y luego ir a masturbarme en el baño de cualquiera de las casas.

Le digo mi abuela era de una hermosura suprema y yo la adoraba y su vagina era la única que no me atreví nunca a imaginar.

Le digo a la vagina de mi madre la vi pocas veces, siempre me impresionó la abundancia de pelo, pero lo que más me impresionó fue un día que entré al baño con ella y, cuando se bajó el calzón, la vi sangrar y me fascinó la imagen de la sangre en la toalla, el rojo formándose sobre la porosidad blanca del paño, y también me fascinó el olor que emanó de esa imagen.

Le digo mi abuela se ocupó de mí y de mi hermano desde pequeños, lo hizo con sus manos fuertes y delicadas, con su piel manchada y su corazón firme.

Le digo mi abuela era de una rigurosidad y de una obsesión singular, y amaba las telenovelas como yo, pero sospecho que las amaba no por los besos sino por las traiciones, que siempre ocurrían y que a ella le hacían sentir un extraño placer: cuando ocurría la traición la abuela se excitaba. A veces apagaba la tele y se ponía a

rezar inmediatamente el rosario.

Le digo mi abuela me encontró un día masturbándome y me dijo que el diablo iba a aparecerse si seguía tocándome así y yo la creí, pero a pesar de eso seguí hasta que mi mamá también me encontró y me dijo que me volvería loca, ahí paré.

Le digo fui a la psicóloga temprano, creo que a los diez años, era lo normal para una hija de padres divorciados que se masturbaba. Lloraba con frecuencia y sin razón aparente, además de que le costaba dormir, pero eso, asumo yo, era por los ronquidos de la abuela.

Le digo mi hermano fue siempre la persona que más quise en el mundo y se murió. Iba a contarle detalles del entierro, de cómo frente a la imagen de su féretro, bajando a la tierra, yo sentí que me arrancaban, despellejándome desde el pecho, un trozo de cuerpo -mi tórax: de ahí la sensación de la herida debajo de las tetas-. Pero me quedé en silencio y no le dije nada. Todavía es algo de lo que no puedo hablar, aunque creo que sobre eso me explayé en las cartas. La pérdida se volvió la constatación de lo más temido. Yo, temerosa desde siempre, vivía la pérdida imposible con mi carne rota y la esperanza de la vuelta de ese amor seguro, encarnado en algún hombre y segura también, del regreso de la tragedia inminente (eso tampoco le digo).

Le digo las dos personas con las que crecí están ahora muertas.

Le digo mi abuela se murió apretándome la mano.

Le digo cuando mi hermano murió comencé a patinar. Nunca he podido meterme al agua, siempre me aterró, pero navegar sobre agua congelada, concreta, me encantaba. Le digo los primeros patines fueron un regalo de mi papá, eran unos patines blancos que luego cambié por unos rojos y que son los que ahora tengo.

Le digo ahora y viene la imagen de mis patines en el clóset y siento que hay un lugar para mí y ese pensamiento me tranquiliza.

Le digo amaba la velocidad que alcanzaban los patines.

Le digo luego comencé también a patinar sobre el asfalto y mis mejores amigas fueron esas que conocí en el patinaje. Incluida la María.

Le digo fui feliz cuando hice el amor por primera vez, fue con un patinador, pero luego la tristeza que sobrevino casi me mata.

Le digo desde ahí me acompaña la certeza de que el placer es directamente proporcional al malestar del momento en que el hueco vuelve a quedar vacío. Y más que hacer el amor, lo que a mí me gusta es lo que pasa antes y nunca lo que pasa después. Le hablo sobre la desnudez y sobre el entusiasmo que siento cuando me enamoro, el mayor entusiasmo que conozco.

Le digo cuando el patinador me dejó quise suicidarme, pero en vez

de eso le ofrecí al cuadro de la dolorosa que colgaba inmenso sobre la cama de mi abuela, dejar de comer, hasta que el hijueputa me vuelva a buscar. La anorexia me duró un año, no me mató, pero desde entonces asocié el desamor con el hambre.

Le digo que desde ahí todo se fue para el desbarrancadero, todo fue derrumbe, como diría mi amigo Pico. Un horror que solo se apaciguaba en cada enamoramiento. Un horror en el que yo gozaba. Un horror siempre salvado por la amistad o por alguna intensificación del cuerpo.

Y bueno, el resto, incluido todo lo de mi matrimonio, ya sabes.

Es mi educación sentimental, concluyo, y nos reímos ambos, mientras se acaba la primera botella de vino.

Yo tomo menos, pero me siento igual mareada, un placer que me sube desde las rodillas y relaja todo, incluso al feto.

¿Y tú?, le pregunto. Cuéntame algo.

Él abre una segunda botella y me cuenta:

Recuerdo, dice, preguntarle a mi padre, una noche que él estaba acostado en unos de los sofás del salón, antes de irse a dormir, qué era la muerte, y él, con sosiego, me dijo que debía ser como una siesta, que no me preocupase demasiado por ello. No fue una respuesta muy filosófica, pero imagino que para mis ocho o nueve años debió tornarse suficiente. Poco a poco fui abandonando mi idea de desear ser una sartén o un trozo de plástico, ya que por aquel entonces andaba con la certeza de que ellos no podían morir nunca, si acaso transformarse. Pero hasta eso era mejor que desaparecer del todo, como suponía que debía ser la muerte. Imagino que pensar en una siesta me alivió temporalmente. Este es uno de los pocos recuerdos que he recobrado de mi infancia, creo que fue de la insuficiencia de esa respuesta que fue surgiendo mi interés filosófico. Ahora escribo una tesis sobre todo ese asunto de la desaparición de la materia.

Toma otro sorbo de vino y se calla. Pero yo sigo haciendo preguntas sobre su tesis y sobre su vida y él me cuenta otras anécdotas infantiles. Me cuenta que su madre era sorda y que eso, de niño, le causaba una tristeza infinita que también era ira. Su madre sin poder escucharlo. Pienso en el modo en que a todos los niños les duele la vida, en los modos en los que necesariamente le dolerá al mío.

Y así va cubriendo nuestros cuerpos la noche de un halo de intimidad en medio del cual ambos nos quedamos dormidos: él, ebrio, yo, con una náusea que me despierta cada tanto y me hace correr por trozos de hielo para meterme a la boca.

34

Así pasamos un par de días, tomando vino él, agua caliente yo, muerta del frío y del sueño siempre, tratando de organizar toda la locura, atiborrada de palabras y pensamientos que se atraviesan para explicar lo inexplicable, hasta que una de esas mañanas llega él y dice escucha, no me vas a creer, conozco un lugar, en realidad mi madre conoce un lugar, es una fundación y luego se levanta y dice hay un par de daneses, y, mirándome serio, como pocas veces lo he visto, me dice está garantizado, se llevarán al bebé, son buenas gentes, mi madre los conoce, han buscado un niño por años. Y a mí, que lo único que no se me había ocurrido es regalar al hijo, tengo un recuerdo que me asalta y que seguramente viene del olor a caca de vaca que entra por la ventana y que es insoportable, y es otro recuerdo maldito de la infancia: estoy acostada en el cuarto de la casa de campo de la familia de mi papá, una casa que siempre apesta a caca de vaca; estoy acostada bocabajo, llorando y sintiendo los mocos acumularse en la almohada. Me ahogo. Hay niños en el cuarto, mis primos y sus amigos. Están todos jugando y yo tengo vergüenza porque mientras ellos juegan yo imagino la noche y siento miedo y lloro y los niños, que siguen jugando, empiezan a poner los pies sobre mi espalda y luego empiezan a caminar sobre mí y a jalarme el pelo, y yo sigo llorando sin dar la cara y ellos, cada vez más violentos, me pisan, menos mi hermano que en un intento desviado por protegerme rompe el vidrio de la puerta de un puñetazo y hay silencio. Mi papá entra y yo, que sospecho lo que pasó, sigo llorando sin levantar la cara hasta la mañana siguiente en que mi hermano regresa con la mano enyesada. Y ese recuerdo en el cuerpo me hace pensar que todo se redondea acá, en Bustarviejo, que ha sido una buena decisión venir, que este hombre y nuestra correspondencia es lo mejor que me ha pasado en la vida, que yo a este niño necesito tenerlo, pero que no será para mí y le digo sí, así haremos, daremos al niño a esa pareja de daneses.

35

Son días en los que veo la panza crecer, leo libros y como lo necesario. Meses en un cuarto que el M visita cada noche (solo un par de veces hacemos el amor, siempre de modo desenfrenado y rápido, pero a la vez con una extraña dulzura de por medio). Hay días en los que enloquezco y cambio de opinión, pero la mayoría de veces todo suena coherente y las terapias con las mujercitas españolas de la fundación me sientan bien. Me mandan a leer libros, a caminar, me cuentan cosas genéricas sobre los daneses, ellos han accedido a conocerme, podrían entrevistarse conmigo, pero yo no quiero conocerlos. Lo que quiero es hacerles preguntas muy concretas y entonces las señoras de la fundación sugieren que escriba una carta, que haga una serie de preguntas y las preguntas las pienso una noche en que nieva. A la mañana siguiente me siento en la computadora y las hago. La pareja responde mis preguntas y luego evalúo las respuestas con el M y son respuestas bastante coherentes: dos niños muertos en el parto, vida de pareja estable a la que lo único que le falta es un hijo, ambos con trabajos y vidas interesantes. Garantías, dice el M. Los daneses viven hace años en España por cosas del trabajo de él, su madre los conoce, son buenas gentes. Eso es lo más importante, ¿no? Y luego sigo con cosas que hago en una rutina que logra tranquilizarme hasta la inconsciencia. Camino, leo, como y siempre termino pensando si son daneses lo harán muy bien, lo harán mejor que yo y todo este caos que soy. Para tranquilizarme escribo un diario, me fuerzo a escribir por lo menos una vez por semana.

Febrero, 28

Me miro en el espejo, el bulto ahora toma una forma redonda. Me podría pasar los días frente al espejo viendo el bulto crecer e imaginando que tengo otras vidas. Imaginar otras vidas es algo que me gusta hacer, siempre me ha gustado, como escuchar conversaciones ajenas. Hay ciertas noches en las que le veo al M dormir, a veces se ríe a carcajadas mientras duerme. Las veces que hemos hecho el amor me ha sorprendido la pasión con la que me toca las tetas, mis tetas pequeñas, las siento endurecerse en sus manos. El

cuerpo muta y se recompone en medio de nuestra desnudez: una comunidad secreta que solo ocurre en la cama, en el acto de cerrar los párpados frente al otro, al dormir abrazados.

Marzo, 4

No me puedo imaginar ningún futuro. Hoy es el aniversario de la muerte de mi hermano. Vivo en este cuarto como en una isla en medio de esta casa tan ajena a mí. Ayer, intentando meditar, me acordé de mi cuarto de infancia: cama, litera, cubrecama y cortinas de cuadritos cafés. Yo, subiendo en silencio las escaleritas de la litera para dormir junto a mi hermano, su cuerpo caliente, su paz. Su cuerpo ahora serán jirones de carne y hueso mezclados con tierra. Gusanos comiéndose sus ojos azules. Lo he imaginado muerto con esa misma paz en el rostro. Pero esa paz no existe porque su rostro ahora mismo ya estará desintegrado y ni siquiera mi memoria puede traerlo de vuelta, completo. Ahora, yo también solo lo recuerdo por pedazos: ojos, nariz, boca, frente, espinillas, lunar (creo que el lunar me lo estoy inventando, ya no sé) ¿Tendrá este niño algo de esa cara? ¿Resucitará mi hermano a través de mi cuerpo?

Marzo, 28

Ahora soy yo la que me siento como una isla que está próxima a ser anegada por el mar. Mi cuerpo ahora es suyo y me asfixia la idea de que en mi cuerpo vivamos dos, monstruosa idea. Me duele la pelvis, puede ser un nervio oprimido. Siento cada noche un calor insoportable. Ayer sentí la lluvia caer sobre el tejado y tuve la necesidad de salir a caminar. Me empapé y pasé por una casa en la que sucedía una fiesta, se escuchaba la música y se escuchaban voces. Me acerqué y un hombre y una mujer estaban en el balcón, estaban cerca y se hablaban y esa escena me pareció de telenovela y sentí una excitación inmensa. Me seguí acercando, pero en eso una voz gritó alguna cosa y ella se tapó la boca y luego entró a la casa. Imaginé algunas historias posibles sobre esa escena mientras regresaba a mi cama. No es mi cama. No puedo dormir. Tengo otra vez insomnio y paso con sueño todo el día. He sentido el latido del niño. El niño tampoco será mío, qué alivio. No seré yo la primera imagen que vea, imagen de una pérdida. No, no nos veremos a los ojos.

Abril, 8

Qué raro no tener que escoger el nombre del niño. Lo pienso sin sexo. Lo pienso neutro. Le pondré un nombre secreto. No. No me permitiré ninguna fantasía. El cuerpo ha empezado a pesar. He pensado en mi papá estos últimos días. En la manera en que es capaz

de abstraerse de todo siempre; de cómo, en cualquier situación, él puede ausentarse con una cara siempre melancólica. Ausentarse de todo. Mi papá es un hombre ausente y triste, pero sospecho que hay una pasión en él que se manifiesta con otros, hay en el fondo de esa melancolía un empecinamiento por alguna alegría posible. Ha habido pocas veces que hemos podido comunicarnos, las veces que lo hicimos ha sido gracias al vino. O a mi marido que tiene el encanto de la palabra, del exceso, del intercambio, de la vitalidad siempre alegre. Eso que mi papá y yo no entendemos.

Abril, 22

El paisaje es hermoso.

Abandonar un lugar puede ser también recordar su trazo, recorrer su topografía.

Quiero irme de esta casa, pero a la vez quiero instalarme aquí para siempre, quedarme en este estado. Esperar por un hijo que va a nacer es mejor que cualquier otra espera. Mi cuerpo sigue creciendo, mi cara en algo se deforma, los ojos están más pequeños. El niño con los años se parecerá a ellos, a los daneses. Lo leí en un blog sobre adopción. Me gusta pensar que algún día coincidiremos los dos, sin saberlo, en algún espacio y no podremos reconocernos, pero habrá alguna sincronía.

Mayo, 8

He ido a hacerme una eco. No he visto nada. Me he sacado la ropa y me he puesto una batita azul. El médico ha pasado por mi abdomen un escáner y yo he cerrado los ojos y he empezado a llorar. He ido con una de las mujercitas de la fundación. He odiado el procedimiento. He salido con dolor de pecho y no he preguntado nada, tampoco me han dado ninguna información, pero era necesario hacerlo, me han repetido hasta el cansancio. Imagino que está bien, pero, de no estarlo, ¿los daneses lo querrían igual? Las mujeres de la fundación me monitorean todo el tiempo, temen que me arrepienta. No me pasa. Solo en días como este, que brillan por su hermosura, quisiera tener al niño en brazos un ratito. Pero, en seguida, al imaginar el peso real, siento que se me van a caer los brazos y digo no, mucho peso para mí.

Los brazos y las manos han enflaquecido mientras el resto del cuerpo engorda. Es extraño. Se me caen los anillos de los dedos.

Mayo, 22

Me fuerzo para escribir y para dibujar.

Siento que cargo piedras en el estómago. Prefiero pensar que son piedras.

Leo mucho. Camino. Como vegetales. Hago traducciones. Pagan

bien. También ayudo a M con la edición de los textos en los que trabaja. Me siento escondida. Hay veces que vienen visitas o amigos de M y yo me meto en el cuarto y, aunque él no me lo haya dicho, me quedo ahí, callada, como en los escondites de las casas de infancia.

Mayo, 30

He recibido un *e-mail* de mi mamá. Me dice que las cosas por allá están bien y pregunta por mis planes. Le he respondido diciéndole que todo está bien, que viajo por Europa. Mi hermana también me ha escrito con algo de preocupación, a ella le he dicho que todo está resuelto, no más. No he abierto más *e-mails*. Tengo 220 en la bandeja de entrada sin abrir. Haber desaparecido del mundo es bonito. La idea de que todo puede seguir igual me ha gustado. He ido con M a una exposición en Madrid. He disfrutado salir, pero me he mareado enseguida y hemos tenido que regresar pronto. El M es de una generosidad insólita. Ha querido que conozca a sus padres, pero me he negado.

Junio, 2

Las mujeres de la fundación dicen que estoy deprimida, que debo salir más, pero a mí esto de estar encerrada me gusta. Claro que a ratos todo pesa, sobre todo el cuerpo que ahora tiene un globo inflándose en la panza. Imagino objetos en el cuerpo, no quiero imaginar a un ser. Soñé que daba a luz y era un globo blanco el que me salía por la vagina, un globo blanco y brillante, lindísimo. Sentía tanta admiración por la belleza del globo, pero sobre todo por el momento en que aparecía el extremo del globo blanco por mi vagina roja, era una imagen preciosa. También soñé, qué cosa tan rara, que tenía un niño, pero que el niño era del tamaño de mi mano y conforme lo veía se hacía más y más chico hasta que desparecía en la palma. Yo trataba de encontrarlo, pero era imposible, se había transformado en un minúsculo lunar de carne en pleno centro de la mano. Una verruga.

Junio, 4

Creo que siempre quise estar fuera del mundo y, ahora, en este encierro, todo cobra sentido. Dibujo. Son dibujos abstractos, aunque tarde o temprano asoma alguna cara o algunos ojos o piernas. También cocino. El M no cocina, se pasa el día escribiendo y siento que tengo que hacer algo por él, así que todos los días cocino. Todos los hombres que he conocido me han tocado una especie de fibra maternal. Será por eso que este niño no me despierta nada. No siento que lo quiero. Ni siquiera siento que es un niño o una niña, son

piedritas, tengo una panza llena de piedras. Imagino, a veces, que son peces. Imagino que tengo una pecera. Imagino que tengo una funda de pan. Imagino que tengo un montoncito de gusanos. Imagino que es tierra, una panza llena de tierra, esa imagen es mi favorita.

Junio, 22

Es el cumpleaños de M. Ha salido con sus amigos. Me imagino que le cuesta traerlos a casa, pero no me dice nada. Ahora mi panza es notoria. Esta mañana he decidido volver a verme en el espejo, desnuda. Últimamente no me atrevía a hacerlo, pero hoy lo he hecho. Tengo estrías creciéndome en los muslos. Mis piernas son anchas como las de mi abuela. Las tetas también han empezado a crecer. Las siento pesadas. Siempre he querido tetas grandes. Ya no puedo dormir sino boca arriba. Los pies siempre calientes. Ayer bajé por la noche y metí los pies en la refrigeradora. El M seguía escribiendo y se sentó a hacerme compañía, nos quedamos hasta la madrugada hablando. Fue una conversación larga sobre su vida y su última relación amorosa con una peruana. Terminamos los dos riéndonos mucho porque él logra imitarla y se burla de ella como se burla de todos, incluyéndome. Me ha dicho que está enamorado de mí, que hace todo esto para que cuando finalmente pase, podamos follar en paz. No creo que esté enamorado de mí, pero estoy segura de que me quiere y que para él el amor es, por sobre todo, una incondicionalidad visceral que no descansa.

Julio, 6

He tomado hoy un café y he sentido al niño por primera vez. Han sido dos patadas. He imaginado que es un renacuajo. Me he acordado de una escena romántica con mi marido, los dos acostados, desnudos, leyendo *El cariño de los tontos*. He llorado y le he contado la escena al M mientras nos comíamos una pasta que preparé. Me ha dicho que es una imagen linda, pero luego ha bromeado sobre mi cursilería infame. Yo me he burlado con él. He recibido dos correos electrónicos de mi esposo, no los he abierto.

Julio, 8

He abierto el *e-mail* de mi marido. Es inverosímil, pero real, va a ser papá. He sentido un dolor inaudito e, inmediatamente, he escrito:

Aúllo de dolor. No soy una loba. No soy una perrita. No soy una rata. No soy una canoa. No soy una ola. No soy una serpiente. No soy una montaña ni su grieta roja. No soy una yegua sangrando bolas de carne. No soy un trozo de vidrio que se parte en mi cuerpo. No soy tampoco una caja de metal. No soy una puerta desvencijada. No soy la gotera. No soy la

válvula de gas. No soy alguien que perdió un hijo. No soy una madre. No soy una soga ni alguien que se va a matar. No soy una mujer cayendo del decimocuarto piso. No soy una máquina. No soy alguien a quien se está a punto de abandonar. No soy un árbol. No soy la mañana en el bosque ni el árbol al que están cortando de raíz: suena la máquina que va a cortar el árbol y el árbol emite un sonido que no es todavía un aullido, es un sonidito, acaso un murmullo. No se queja, el árbol no se queja solo dice el nombre de un niño lo repite moviendo sus hojas con una ligereza gentil dice el nombre de un niño que se ha balanceado en su rama luego empieza a caer cuando siente la sierra traspasarle el cuerpo se deja caer sintiendo un dolor que también es placer caerá su peso bruto al suelo y el reposo aplastará al universo aplastará la tierra y el árbol sentirá descanso después de haber resistido tanto. No soy ese árbol. No soy tampoco el suelo sobre el que el árbol cae. No soy el musgo del árbol ni la grieta roja ni la yegua. No soy las hormigas molidas por el árbol. No soy el temblor de la tierra. No soy las casas cayéndose. Las paredes desmoronándose. Las ventanas estallando. No soy el columpio rompiéndose. No soy la viga partiendo una cabeza. No soy el asfalto abriéndose. No soy el lodo resbalándose. No soy el lamento de alguien que se ha perdido entre los escombros. No soy los pedazos de fierro ni de aguja traspasando el cuerpo que ha sangrado ni soy el cuerpo que ha sangrado. No soy el cuerpo herido. No soy las llantas en su acelerar descompuesto. No soy la pata negra que atropellan en su acelerar desmedido. No soy la rata atropellada. No soy las conchas de mar partiéndose por el pasar de esas mismas llantas en la arena mojada. No soy ningún objeto lanzado al vacío que regresa porque no sabe qué más hacer, lo único que puede hacer es regresar. No soy mis pies tocando el suelo frío. Caminando hacia el cuarto de al lado. Hacia el niño. Hacia cualquier lugar.

Julio, 9

He amanecido con dos manchas amarillas en la mano. Tengo miedo de las manchas en la piel. Mi cara también está manchada. Soñé con mi hermano, a los años pude estar con él, lo raro era que nos encontrábamos en un centro comercial y él pedía perdón por su ausencia, decía que se había escondido por la vergüenza. Yo no entendía nada, pero luego mi mamá aparecía bailando y él empezaba a hacerse pequeño, lo mismo que le pasaba al niño en el otro sueño, y luego iba desapareciendo, y yo, muerta de la angustia, le pedía que se quedara, pero nada que hacer, desaparecía, y cuando lo trataba de buscar ya era partícula en el viento tocada por las manos de la madre. Le conté al M que mi marido va a tener un hijo, luego abrimos una botella de vino y yo lloré un poco mientras él me decía que esta historia es, sin duda, la telenovela que yo finalmente he querido vivir. Estoy protagonizando una telenovela, es cierto. Hemos tomado ambos

el vino. No he podido tomar más de dos copas y luego he vomitado toda la comida.

Julio, 15

Esta mañana tenía un dolor fuerte en el vientre y el M me ha masajeado la panza. Lo ha hecho con suavidad y mientras lo veía hacerlo he vuelto a sentir al niño y luego me he quedado dormida. He soñado que tenía una pelota de básquet en la panza y al pararme se caía la pelota y yo sentía un alivio inmenso, pero también algo de pena por los daneses. Los daneses. Las mujeres de la fundación me recomiendan hacerme una cesárea, pero para eso tendrán que partirme el cuerpo y serán siete capas que tienen que atravesar. No quiero una herida que me recuerde el niño ido. Será parto natural.

Julio, 26

Me muevo poco. Hay un ser que se mueve en mi interior, siento sus huesos, es un horror. Sus huesos son ahora grandes. Una frase en el libro que leo que me perturba -*el hábito humano del amor equivocado*-. El M me ha dicho que no piense en el niño, que no piense en el futuro del niño, que no deje a mi mente hacerme eso, pero me condeno: pensaré en ese ser todo el resto de mi vida. Como en mi hermano. Como en mi marido. Como en el hombre de la cueva. Las pérdidas. El tiempo pasa con alguna lentitud y los días se hacen largos, la piel se estira y me duele la espalda. Hoy pensaba que estoy aquí para traer el niño al mundo y luego desaparecer. Me gusta esa idea. Nunca va a querer buscarme. Yo tampoco a él. Sé que es un hombre, me he hecho a esa idea, y así será.

Agosto, 1

Hay un cuadro colgado frente a mi cama, en este cuarto de huéspedes. Es un cuadro que me impresiona y que tendré que llevar conmigo para siempre. Conforme pasan los días ese cuadro ha ido haciéndose parte de todo esto. Es una pintura en la que cada día descubro algo nuevo. Es una mujer que está sentada en una mesa larga con un mantel blanco. La mujer lleva puesto un vestido rosado y la pared de fondo es roja. Sobre la pared hay un cuadro, en el cuadro, que solo se ve a medias -el cuadro está cortado por el propio cuadro- se ve el mar: olas agitadas. Sobre el plato, un pez que la mujer observa -el pez fuera del agua-. Debajo de la mesa, el mar lleno de peces. Lo que más me impresiona del cuadro es el modo en el que el vestido se recoge en pliegues y en la imagen se funden las piernas de la mujer y el mar que está debajo de la mesa. Le he preguntado al M sobre el cuadro, pero me dice que vino con la casa. La casa en la que vivimos

es de un amigo del M que vive ahora en Sudáfrica.

Agosto, 5

Paso mucho tiempo acostada, la mayoría del tiempo observando ese cuadro que ahora es mi compañía. A ratos siento que me vuelvo loca, que nada de esto me está pasando, pero enseguida me concentro en algún detalle de la pintura y me tranquilizo. Hoy observé el mantel que es un mantel blanco que conserva las marcas del doblez. Esa imagen me ha llevado a pensar en los cuerpos, en la memoria, en las marcas y en lo que antes se recordaba, pero ya no se recuerda más. Me falla mucho la memoria y eso me preocupa a pesar de que las mujeres de la fundación me han dicho que eso es el embarazo. No creo que recobre memorias perdidas una vez que nazca el niño.

Agosto, 8

Salgo a caminar todos los días a pesar de que me cuesta. Lo hago a media mañana con la intención de no encontrarme con los vecinos. Las mujeres de la fundación me han traído vestidos grandes, mi ropa ya no me queda. Siento una presión insoportable sobre la vejiga y voy a cada rato a orinar. Este último mes todo ha sido padecer el cuerpo. Ahora el cuerpo ya no es mío, se impone el otro cuerpo al que pronto voy a dejar. Ambos nos vamos a dejar.

Agosto, 9

Últimamente he extrañado la cueva. Me he acordado de los días ahí, de las sensaciones. Hay una que me llama mucho la atención y que tiene que ver con ciertas visiones que tenía de cuerpos haciéndose en medio del amor, cuerpos entrando por las paredes del cuarto, por los poros de la pared. Tengo un niño en el vientre próximo a salir, tengo miedo. Cada vez la idea de que mi marido vaya a ser padre me duele menos.

Agosto, 10

Soñé que daba a luz un hombre grande. Me salía por la vagina un adulto. Yo veía su pene salir, era un pene negro.

Agosto, 11

He recibido un *e-mail* de mi papá que he abierto. Dice que espera que esté disfrutando de Europa. Dice que entiende que no haya querido despedirme. No entiende nada. Manda la dirección de unos parientes que viven en París y que tal vez visite. Siento que algún día volveré a recobrar mi cuerpo y seguiré con la vida, podré viajar sin tanto miedo.

Agosto, 12

Cumpleaños de mi hermano. Soñé que llevo en los dedos dedales de plata como los que usaba mi abuela para no pincharse al zurcir las medias. Yo los llevaba pegados a todos los dedos. Siempre me fascinaron los pequeños huecos que componían la topografía del dedal. Así quería tener mis dedos.

Agosto, 18

Le he dicho al M que hay momentos en los que quiero quedarme con el niño. Me ha preguntado cómo sería entonces la vida. Hemos tenido una larga conversación. Le he explicado que la música en la cueva se sentía siempre como una premonición, como una advertencia que me hacía tener las más extrañas visiones: murciélagos, pedazos de cuerpos entrando por las paredes, tortugas con un solo ojo y otras cosas maravillosas y aterradoras. Reales, insisto, y me quedo en esa palabra sin entender qué es exactamente lo que significa. Le he tratado de explicar que no es esoterismo, pero que el destino es ineludible, existe como el modo en el que van haciéndose las cosas. No hay forma de hacerlas de otra manera, insisto. Y él asiente cerrando brevemente los ojos, perdonándome con ese gesto, y dice que es así, que está absolutamente de acuerdo con lo que digo y que soy generosa. Esto último es una absoluta mentira, le respondo.

Mi cuerpo se estira de un modo inimaginable. Mi cuerpo sabe que esta será su única maternidad. Mi cuerpo sabe hacer esto, mi cuerpo sabe cómo reproducirse a pesar de tener un mioma gigante tomándose, junto al feto, el útero. Pero no sabe cómo criar un hijo, mi cuerpo eso no lo puede hacer.

Agosto, 21

El libro que he terminado tiene una escena preciosa, son páginas de la descripción de una mujer que está al borde del llanto, pero no llora *reprime sus lágrimas que regresan al oleaje contenido de las lágrimas de su cuerpo*. Va sobre una mujer que ha estado casada toda la vida con un hombre que, a su vez, ha estado enamorado de otra mujer. La historia se concentra en imágenes que, como fotografías, se extienden a lo largo del libro en largas descripciones de las que me siento próxima.

Durante el día leo y dibujo. Cocino y camino. En la noche, a veces, veo capítulos de telenovelas. Ayer vi *Topacio* y morí de la nostalgia. Esa novela la veía siempre con mi abuela porque la daban en la noche. Yo, entre las sábanas frías de la cama de mi abuela, ella, con una bolsa de agua caliente entre las piernas, sin nunca tocarnos los cuerpos,

admirando el pelo largo y la belleza de una mujer ciega.

Agosto, 27

He querido evitar lo inminente, pero no he podido más. Así que he pensado. He pensado en el niño. Lo he pensado como un niño. Me he acordado de la rata que vi en Guayaquil, he dicho es una rata que tengo adentro, pero luego he dicho no, es un niño y le he hablado, le he explicado lo que voy a hacer. Otra vez las palabras se han quedado cortas. He pensado que no siento amor por el niño. Yo, instinto maternal, nunca he tenido, pero lo que sí he tenido es una necesidad visceral por proteger a esta criatura y he pensado, luego, que eso es amor o el instinto que otras veces me ha faltado. Así que sí lo quiero. Pero eso no es suficiente para criarlo. Tampoco lo es la leche que siento formarse en las tetas y picarme por salir a través de los miles de huequitos del pezón, tampoco es suficiente para criarlo. No es un abandono, es un regalo. Le he dicho no te abandono, te regalo. Le he dicho, no te vendo, te regalo. Le he dicho te regalo, ellos te merecen más que yo. No puedo hacer este trabajo, pero te voy a parir, eso sí haré.

Siento que se viene un dolor abismal, más grande que todo, pero siento también que, otra vez, me lo merezco.

Agosto, 28

Tuve una pesadilla horrorosa y me desperté con la sensación del desamparo, una sensación que no deja de golpearme a pesar de conocerla tan bien. El M entró a mi cuarto y me agarró la mano y con lágrimas en los ojos me dijo nunca estarás sola. Lloré y pensé en mis amigas, pensé en mi madre y pensé que hay un amor que me protege. Es tan grande mi barriga, ya no puedo verme la vagina, apenas los pies. Siento que mis muslos están por reventar. Siento que la piel en cualquier momento se rompe. No he comprado absolutamente nada para el niño. Quisiera tejerle algo, pero si hago algo para él no podré dejarle. Seguro los daneses le tienen todo ya. Llaman ahora todas las semanas y el M les tranquiliza, les dice que no me he arrepentido.

Agosto, 29

Mi desgracia es tener necesidad de caricias.

Septiembre, 2

Hoy ha venido una mujer de la fundación a tocarme el cuerpo y a darme instrucciones para el parto. Cosas que voy a sentir. Cuándo ir a la clínica, esas cosas. El M ha estado a mi lado todo el tiempo y se ha ofrecido a entrar a la sala de partos conmigo. Le he dicho que no es

necesario, le he dicho que lo haré sola.

Septiembre, 4

Ojalá que el niño no nazca el día de mi cumpleaños. Sería fatal. En tal caso, será del mismo signo que yo y que mi papá.

Hoy me he bañado largo y me he sacado pedazos de suciedad del cuerpo. Me he restregado el cuerpo y han salido pedazos negros de la piel. Me he cortado el vello púbico sin poder ni ver lo que me estaba cortando. Me he aplastado un poco las tetas, pero no ha salido leche. He visto al niño moverse y he sentido que es un alivio poder dárselo a alguien que lo quiera. Mi corazón es pequeño, he pensado, y luego he pensado que es demasiado grande, y luego me he dicho todo ese asunto del corazón es una idea maldita. Y el asunto del amor también. Pero no, el asunto del amor no es una idea, existe la gente que ama y la gente que no ama. Y existe la gente como yo, que es capaz de hacer las dos cosas con igual facilidad.

Septiembre, 6

Fragmentos del reino de lo vivo. No sé qué soñé, pero amanecí con esa frase y pensé, otra vez, en esa visión: cuerpos entrando por las paredes. También pensé en el momento del retiro, en que las cosas adquirieron una contigüidad, una inmersión deliciosa que me permitió comprender todo. Leo una escena preciosa que me llena de emoción: un hombre ya viejo está puliendo un vidrio mientras su cuerpo pequeño y alegre es atravesado por un rayo de luz, el último rayo de luz de la tarde. La primera noche que estuve con el hombre de la cueva me había pegado éxtasis con mis amigas y sabía que algo inmenso traía la noche. Maldita sea, cuánto extraño a mis amigas y la velocidad que alcanzan mis patines rojos sobre el hielo.

Septiembre, 8

He dibujado un niño. He dibujado la cara de un niño. Estoy lista.

Septiembre, 10

He pensado en la alegría últimamente, en si será posible para mí algún tipo de alegría. Hoy el M ha traído a comer a una mujer hermosa, caderas anchas y ojos verdes. No me ha preguntado nada, pero me ha visto con ternura. Hemos hablado de todo como si mi panza no existiera. Es pianista. Al final me ha preguntado si puede tocarme y lo ha hecho con una dulzura que me ha conmovido hasta las lágrimas. Ella también se ha conmovido, pero no ha dicho ni una sola palabra.

Septiembre, 12

Agonizo. Pero al parecer él no está listo. Las contracciones son espasmos, son las olas de mar, es el hueco que quiere volver a su soledad.

Septiembre, 13

La carne está triste. Eso siento. Mi carne está seca. Todos los días me repito como mantra este niño no es mío, este tiempo va a quedar atrás. Mi carne está seca y manchada y el pelo se me cae. La almohada amanece llena de pelos, yo los recojo y luego los lanzo por la ventana. Mis pelos salen volando, se sostienen en el aire, se van.

Septiembre, 14

Escribo para que, con el pasar del tiempo, mi lectura sobre todo esto no sea amarga e injusta. El embarazo es terrorífico, una se convierte en un ser monstruoso, pero es también de una placidez total, los sentidos tan aguzados. Comer sintiendo mucho gusto y conmoverse por el color hasta las lágrimas, el color que no cesa de venir hacia mí y de emocionarme. Soy, por otro lado, un recipiente al que le falta una sola gota, una gota y me desbordo. Difícil mantener la cordura.

Septiembre, 15

Mi rutina es ahora más sedentaria y los pensamientos ruedan con violencia asesina. La vida no puede ser definida, pero por eso se divide y se rearticula en cada pensamiento y ahora se le impone al cuerpo. Es una imposición que el cuerpo entiende y a la que se entrega. Mis pensamientos no dan tregua, mi cuerpo sí. Mi cuerpo cede. Cada órgano consiente, se retira, se adapta y se acomoda para que el niño viva, pero el pensamiento se obsesiona. Siento venir la locura. Me concentro en la mujer del cuadro, en las ondulaciones de su pelo que son las ondulaciones del vestido y es la del pez sobre el plato, me concentro en la imagen: plegar, desplegar, desenvolver, tejido arrugado, estrujado, replegado sobre el órgano central; el corazón entre los intestinos, el útero hueco. Ahí está el niño.

Septiembre, 18

Hay algo que se ha engendrado en mi cuerpo y que no es el niño. Hay algo que se ha engendrado en mi interior y no saldrá, esto se queda conmigo. Me han engendrado algo que no voy a parir y esa sensación se reafirma cada mañana cuando tomo el jugo de tomate de árbol y recuerdo los testículos del hombre de la cueva, lo que engendraron esos testículos.

Otra vez las mujercitas de la fundación. Les he dicho que

comprendo su miedo, pero no hay nada que temer. El niño es de ellos, no es mío.

Septiembre, 19

Cuando el niño nazca dejaré de comer para que se vaya la leche y vuelva mi cuerpo. No podría amamantar. Vuelvo a pensar que es algo que el cuerpo puede hacer, pero yo no. Dar de comer a otro ser es inhumano de lo bello que es. Quizá le pueda dar de comer una sola vez. No. Si le doy de comer una vez no podré dejarlo. Voy a huir, quiero enterrar mi leche. Me siento como una montaña, con toda la lava adentro. Me siento como una perra. El animal, lo abierto, *todo lo orgánico que sucede privado de consciencia* ahora lo siento de modo brutal, siento la sangre correr, siento la asimilación del alimento, siento la respiración inflar mi cuerpo. Lo animal es lo más íntimo y en ello me recupero, en la manada. En el resto de mujeres. Enterrar mi cuerpo como mi gato entierra su caca. Pienso en mi gato y me sobreviene una tristeza infinita. Regresaré con las manos vacías y podré abrazar a mi gato, sosteniéndolo con ambos brazos, acariciándole la panza, observando sus ojos verdes, acercándome para besarle el hocico apestoso. Me asalta ahora ya no el misterio de todo lo que se junta, sino el misterio de lo que se divide, aquello animal y humano que se divide de manera incesante. Estoy próxima a dar a luz, será en cualquier momento.

El niño se va.

El niño se va de mí.

El niño sale y se lleva todo lo que he podido darle.

36

Viene el parto, llega el día, voy a Madrid, cuarta o quinta vez en la ciudad. Me acompañan dos mujercitas, dicen que si el parto es normal será más difícil. Dicen que hay mujeres que tras el parto se arrepienten, pero yo no me arrepiento y digo parto normal, nada de cesárea, y así se hace.

El dolor es absurdo, pero es un trabajo, me digo, en medio de la locura del cuerpo: mis caderas de perra van abriéndose y mutando hasta hacerse de humo o de polvo o de papel y cual viborita voy sacando mojado al niño, con un dolor que no es dolor, que es el oficio, me repito, dolor de las caderas triturarse, hacerse masa para que las moldee la cabeza del niño. Dolor que es un cuerpo desesperado por respirar que te va abriendo canales, canales pequeños que se hacen gigantes y, en esa dilatación, sentir la cabeza, sentir los hombros, sentir las piernas de la criatura luchar por encontrar el camino, dolor que son troncos de árboles cayendo sobre el suelo que eres tú, sobre la hormiga que sí soy yo, soy todos los animales abiertos, troncos de árboles inmensos de cientos de años que se parten para arrojar la médula, dolor de los órganos que se aflojan y se apuñan hasta desaparecer, órganos aplastados y fracturados hasta que revienta como burbuja de jabón la bolsa, cascada de pus y sangre y líquidos amarillos y yo grito la puta madre, voy a parir y una joven de ojos azules observa lívida el orificio crecido por el que va a salir la vida y me dice vamos a hacerlo juntas, me dice cuenta, empieza a contar uno-dos-tres respira, uno-dos-tres puja y como mantra yo le sigo, son los ojos de una mujer, yo cuento uno-dos-tres, yo me entrego a sus labios que son de hule, que son inflados y negros, los sigo, sigo el mantra, ella y yo y el fantasma de mi hermano que siento rondar en esos ojos, ahora estamos todos pariendo, cuento y las piernas del niño las siento colarse por la vagina, sus dedos me hacen cosquillas el clítoris y yo estallo de la felicidad porque ha salido, ha llorado y se lo han llevado. Alivio que es el único posible, el único que he sentido en la vida, salió. No nos miramos. Se fue.

Luego, en un cuarto frío, con otras paridas, con accidentados y operados, sigo sintiendo alivio y digo cómo puedo hacer esto y, al

mismo tiempo, es lo único que puedo hacer, mientras siento que me salen ríos de sangre por la vagina. Vuelve la sangre.

37

El M me espera en el cuarto y me da la mano y una enfermera me mete dos pastillas en la boca y con ternura me dice para que se te vaya la leche. Yo quiero decirle tráigame al niño o a la niña o a un perro, pero no digo nada y respiro y me impongo en la cabeza la felicidad de los daneses. El M los ha conocido, me jura que son una pareja como uno imagina los daneses, bellos, llenos de corrección y ternura. Se ocupa de alivianar mi pena diciéndome que son buenas gentes y lo aman ya, así han dicho, lo único que tengo que hacer es firmar un papel en el que dice que el danés es el padre de la criatura. El M me dice es guapo, te hubiera gustado, bien podría ser el padre. Trato de reírme, pero no hay manera, solo agarro el esfero y pongo mi nombre, porque no puedo ahora mismo firmar nada. Las señoras de la fundación han pagado todo, o lo han hecho ellos, yo ya puedo irme. Una mujer hermosa de pelo rosado viene y me cambia el pañal gigante y me ayuda a bañarme y me trae ropa caliente y me dice el niño es hermoso, es sano y ellos están felices. Sabía que era un niño, este dolor me mata. Al día siguiente salgo del hospital, camino despacio, miro desde afuera los ventanales y pienso ahí está la criatura de cara redonda y se sale una lagrimita. Me muevo con el dolor de las caderas que regresan a ser materia otra vez, con la sensación de que se me ha salido un árbol y el cuerpo empieza a cerrarse. Cómo sobrevivo esto, le digo al M, siento un dolor inaudito y un alivio solo semejante a ese dolor.

Él me da un beso en la mejilla y me dice el tiempo y el olvido, y luego hace una de sus muecas, pero esta vez no nos reímos.

38

Vamos unos días al mar. No le he dicho al M que el mar me angustia, que el agua me da miedo. Solo me he subido al carro y con los ojos hinchados he accedido. Irme a cualquier lugar está bien. Y en el mar, en la arena, en la ducha de esa cabañita a las orillas del agua, la leche desparece lentamente, las mañanas pesan, las tetas pesan, los rollos de carne vacía que ha dejado el niño pesan, y yo, con suavidad, me exprimo la leche. A veces la entierro, hago figuritas con ella en la arena, la dejo correr en la orilla del mar, junto a esa espuma. A veces lloro imaginando caras o manos o pedazos de algún cuerpo pequeño.

39

Esta mañana he sentido una angustia particular. Los primeros días han sido más fáciles. Ahora, con la carne estriada y más floja, siento que el hueco que ha dejado el niño está a punto de tragarme, una succión interna, una implosión que ocurre en medio de la inmensidad del océano. Con la mirada perdida en la espuma de la orilla, intentando sostenerme sobre mis dos piernas para no sucumbir al dolor, me asaltan unas ansias mortales, unas ganas infame de terminar con todo, pero seguido de ese pensamiento aparece un pescador y camino hacia él. El dolor de las tetas es fuerte, quisiera tragarme todas las pastillitas que me dio la enfermera para que cese la leche de brotar. Duele cuando camino. Mientras voy, en medio del agua me conecto íntimamente con la tristeza de mi carne que quiere huir: *ni los viejos jardines que los ojos reflejan retendrán a este corazón que se templa en el mar*. Esos versos fueron los últimos que leí antes de parir y ahora me acompañan como presagio. Veo la red repleta de pececitos que sostiene la mano del pescador y esa imagen es la misma del cuadro que me ha acompañado en esa habitación ahora lejana. Miro los cuerpitos saltar y agonizar. Es una imagen horrorosa y hermosa a la vez y, claro, me recuerda a las polillas que el hombre de la cueva filmó con su cámara durante horas. Este hombre, ahora, parado cerca de mí, me mira contemplar la imagen y con un gesto me ofrece fumar. Me niego con la cabeza, pero sigo caminando hacia él. Salimos a la arena; prende el tabaco y nos sentamos frente a su red. Me cuenta que es viudo, que su esposa ha muerto hace unos pocos meses y él ha decidido volver a trabajar. Dice algo sobre la brisa, sobre la hermosura de los cuerpos, sobre la imagen de los peces enredados y dice algo también sobre el hambre y sobre sus hijos pequeños. Yo me voy involucrando en la conversación de a poco, agarrando palabras, pero no me atrevo a decirle nada, solo lo escucho. En un momento de silencio me pasa el dedo áspero sobre la mano y me dice alguna frase que se queda resonando en mí, y ese dedo, y esas palabras sencillas, llegan acompañados de una ráfaga de viento que me toca y toca las olas y todas las imágenes que se me vienen de golpe con la caricia: los dedos del M apretándome la mano y los jardines de Bustarviejo, la cara contraída de la mujer del cuadro y su pelo movido por ese mismo

viento. Ese mismo golpe de viento entrando por las ventanas de la cueva y tocando la mejilla de ese hombre, de su hija, de la tortuga de ese jardín y del tablero, mismo viento que roza el pelo rubio de mi madre y las rodillas de la María, los patines reposando en mi cuarto, toca el cuerpo del viejo dando volteretas, y toca el río y al poeta y a mi gato, toca las camisas de mi marido ahora colgadas en otro armario y toca también la hierba que crece sobre la tumba de mi hermano, el mechón de pasto que brota de la grieta, roza el puño de ese niño que ya no es mío, y entonces una gratitud inmensa, inconmensurable, se toma mi cuerpo y miro al pescador y le digo que tengo que irme y me despido después de apretarle la mano con la que me acarició, diciendo mi nombre y guardando, para siempre, su nombre, Antonio, junto a los otros nombres que repito mientras camino de vuelta: Diego. Luis. Mauricio. Moisés. Camino sintiendo un amor genuino por las cosas, el paisaje y por la constancia del color rojo y, sobre todo, un amor genuino por mi dolor. Camino con el peso de mis tetas rebosantes hacia la cabaña.